

México N$3.50
E.U. y Puerto Rico
U.S. Dls. 1.75
Argentina $1.50

Cuando Uzziah, el enigmático príncipe marroquí dedicado a la crianza de magníficos caballos, invitó a Beth a reunirse con él en su remoto palacio en las montañas, ella aceptó de inmediato. ¿Obtendría al fin el caballo de sus sueños? Sin embargo, a la chica la esperaba un amargo despertar... ¿Podría resistirse a ese bárbaro, a quien llamaban "un hombre entre los hombres"?

Novelas con corazón

PASIÓN ÁRABE

MIRANDA LEE

Pasión árabe

Cuando Uzziah, el enigmático príncipe marroquí dedicado a la crianza, de magníficos caballos, invitó a Beth a reunirse con él en su remoto palacio en las montañas, ella aceptó de inmediato. ¿Obtendría al fin el caballo de sus sueños? Sin embargo, a la chica la esperaba un amargo despertar... ¿Podría resistirse a ese bárbaro, a quien llamaban "un hombre entre los hombres"?

CAPITULO 1

¿Es el último? —preguntó Beth, desalentada— ¿Ya no hay más garañones en venta?
Era la tercera caballeriza que visitaba. Había pasado todo el día anterior en el inmenso rancho de Al Badeia, justo en las afueras del Cairo, y antes estuvo en el cercano establecimiento de El Zahraa, administrado por el gobierno y que se jactaba de tener los mejores caballos árabes de pura sangre del mundo. Pero nadie había podido mostrarle un garañón que realmente llamara su atención.
—Eso me temo, **mademoiselle** —respondió el agente francés que Beth contrató en El Cairo—. Pero volveré a preguntar.
Se alejó para hablar con el encargado de las caballerizas, quien le dirigió a Beth una mirada que sugería que resentía perder su tiempo con una mujer tan obstinada y estúpida. Aunque tal vez su actitud se debía a sus prejuicios naturales, que se oponían a hacer negocios con una mujer, decidió Beth. Con **cualquier** mujer. Eso la disgustó, y le sostuvo la mirada. Los ojos oscuros del egipcio lanzaron un destello y los labios carnosos se curvaron con franco desprecio, pero al fin desvió la vista.
Irritada, la joven guardó silencio; no tenía tiempo para los machistas. A decir verdad, no tenía tiempo para la mayoría de los hombres. Todavía no conocía a ninguno... con excepción de Pete, por supuesto quien la trataba con el respeto debido a un igual. Incluso en Australia, su país natal, los hombres parecían albergar la creencia profundamente arraigada de que eran superiores por naturaleza al sexo femenino.
Tal vez esto tenía validez en la época del hombre de las cavernas, reconoció, cuando la fuerza del varón era necesaria para la supervivencia y la mujer se veía obligada a buscar protección. Pero ese argumento no era válido en la sociedad civilizada actual.
Además, con una estatura de casi un metro ochenta, unos músculos bien desarrollados y un peso de alrededor de sesenta kilos, Beth tenía una ventaja física sobre la mayoría de los hombres que conocía. Podía arrojar una paca de heno hacia lo alto de un montón sin siquiera parpadear, y no tenía rival cuando se trataba de controlar a un caballo indómito.
Pero los hombres no apreciaban esa clase de talentos, reconoció con una mezcla de cinismo e ironía. Todo lo que querían era una bella muñequita en sus brazos y en sus camas, o bien, hablando en términos hípicos... una buena yegua en sus establos. Pues bien, ella no era una muñequita, de eso estaba segura. Y debido a que hacía

algunos años descubrió que el sexo tenía muy poco atractivo para ella, tampoco podía verse en el papel de una yegua.

De manera que a los treinta años de edad aún seguía soltera, y lo más probable era que así continuara, decidió satisfecha. No creía perderse de gran cosa. ¿Acaso los caballos no eran como sus hijos? ¿No la amaban con tanta devoción como ella los amaba? ¿Qué necesidad podría satisfacer un esposo en su vida?

Al fin, **monsieur** Renault se apartó del voluble árabe y la llevó a un lado.

—Lo lamento, **mademoiselle** Carney, pero aquí no hay más garañones dentro del precio que usted está dispuesta a pagar. ¿No quiere reconsiderar la posibilidad de comprar ese? —preguntó, señalando el potro gris que erguía orgulloso la cabeza por encima de la valla cercana.

Beth se encogió de hombros, desconsolada. El animal no tenía ese algo especial que ella buscaba y que reconocería de inmediato si lo viera. Introdujo las manos en los bolsillos de su holgado pantalón color caqui y abrió la boca para hablar, cuando un estruendo arriba de su cabeza la distrajo. Un helicóptero negro volaba muy bajo y la enorme hélice levantó una nube de polvo rojo. El encargado de las caballerizas gritó algo en árabe y corrió en dirección de los establos.

—Debe de ser un cliente importante —comentó Beth, tratando de impedir que la arena le entrara en los ojos y alegrándose de no haberse maquillado. Se le habría derretido con ese calor. Febrero, tal vez aún era invierno en Egipto, pero alguien se olvidó de informárselo al sol.

—¿No le importa si la dejo sola un momento, **mademoiselle?** —preguntó el francés— Hay un caballo que van a exhibir y me gustaría verlo.

—Si me dice que un caballo acaba de llegar en helicóptero no le creeré —señaló ella con el ceño fruncido—. Ni siquiera un caballo árabe puede tener un temperamento tan dócil.

—No **—monsieur** Renault rió—. El caballo llegó antes, por carretera. El que acaba de arribar es el propietario. Es un criador de caballos muy rico y excéntrico, hijo de un jeque árabe.

—Oh... otro árabe —dijo Beth con una mueca.

—A decir verdad, sólo es mitad árabe. Su madre era una misionera inglesa.

—¿Una misionera inglesa? ¿No es una combinación muy extraña?

—Los rumores dicen que la dama en cuestión fue capturada por una remota tribu de beduinos, que se la llevaron a su príncipe como un obsequio. El tuvo que aceptarla en su harén para no causar una

pequeña guerra. Entiendo que ella... no lo tomó de buen grado.
—¡Qué desagradable! —Beth movió la cabeza sin poder creer que eso pudiera suceder en estos tiempos. Entonces dedujo que el fruto de ese incalificable acto debía de tener medio siglo de edad o más. Todo eso debió de suceder allá por los años veinte o treinta.
—Me atrevo a decir que la dama no se mostró reacia mucho tiempo —prosiguió el francés—. Ciertamente no se quejó ante la embajada británica cuando la dejaron en libertad un año después. Como usted sabe, a los príncipes árabes les dan clases sobre cómo hacer el amor desde que llegan a la pubertad. Se enorgullecen de su pericia en la cama.
—¡Vaya! —exclamó Beth despreciativa—. No creo que ninguna de esas pobres víctimas aterrorizadas se hubiera atrevido a pronunciar una sola palabra de crítica en esos tiempos. ¡Es probable que en venganza les cortaran la lengua!
—Eso no sucedió hace mucho tiempo. Creo que el hijo tiene alrededor de treinta años. Pero por favor, **mademoiselle,** deseo ver la actuación de ese caballo.
Cuando se dio la vuelta y empezó a caminar por el sendero entre las cercas hacia los establos, Beth se apresuró a seguirlo, pues su curiosidad había despertado.
—¿Qué quiere decir con eso de actuar? ¿Qué clase de caballo es?
—Mitad árabe y mitad de carreras. Por lo visto puede, saltar muy bien. Lo llevarán a la pista para que lo vean algunos posibles clientes y después lo subastarán.
Beth sintió que el corazón le daba un vuelco. Mitad árabe y mitad caballo de carreras pura sangre. ¡Vaya una combinación excitante! Si el criador había logrado mezclar con éxito el vigor y la docilidad del primero con el tamaño y el espíritu competitivo del segundo, habría producido un animal simplemente **hecho** para ganar.
El salto de obstáculos era la pasión de Beth, pero nunca había podido darse el lujo de comprar un caballo capaz de hacer todo lo que ella pedía, que la ayudara a realizar el sueño de toda su vida, de representar a su país en eventos internacionales, ¡tal vez incluso en los Juegos Olímpicos. Por eso estaba allí, con los ahorros de toda su vida, para comprar un caballo pura sangre capaz de engendrar un descendiente así. Pensó que un árabe pura sangre era la respuesta, pero la mezcla que acababa de mencionar **monsieur** Renault podría resultar sorprendente.
—¿Es un garañón? —preguntó sin aliento.
El agente se detuvo y frunció el ceño.
—Sí... es un potro —respondió despacio—. ¿Le interesaría un

caballo así, **mademoiselle?** No es un árabe pura sangre.
—¿Qué importa? Si puede saltar, me interesa. Además, no pierdo nada con verlo, ¿no le parece?
—Ustedes los australianos son muy optimistas —el francés sonrió—. Vamos, entonces. Entiendo que al propietario no le agrada demorarse ni pasar demasiado tiempo fuera de sus **dominios** —siguió caminando con pasos rápidos, pero Beth no tuvo ningún problema para seguirlo gracias a sus largas piernas.
—¿Cómo se llama ese excéntrico criador de caballos? —preguntó—. Supongo que tiene un nombre árabe demasiado largo. ¿El jeque Bahdahrah de Bahdahrahdarah?
—No —el agente rió—, todos lo llaman simplemente Uzziah.
—Uzziah —repitió ella, pensando que no era un nombre desagradable. A decir verdad, tenía una fuerza sutil—. ¿Y en dónde están sus dominios?
—En alguna parte en la costa oeste de Marruecos, no estoy seguro del lugar exacto. Cuida su intimidad como un demonio. Para ser honesto, nunca lo he visto y me interesa conocerlo. Corre el rumor de que es un hombre impresionante.
—A mí me interesa más conocer su **caballo** —replicó Beth, cortante —. ¿Cuánto cree que pedirán por ese garañón? —indagó en seguida, pues no quería albergar demasiadas esperanzas si no podía pagar el precio del animal.
—No tengo idea. Esta caballeriza nunca antes ha presentado a sus caballos en una subasta.
—Tal vez el descenso en el precio del petróleo significa que el hijo del jeque hará una venta de **garage** —comentó la joven con mordacidad, nada impresionada por los opulentos petroleros árabes. ¿Qué hacían para ganar todo ese dinero? ¡Nada! Sólo perforar un absurdo agujero que casualmente hacía brotar uno de los recursos naturales más grandes de la tierra. ¡Era obsceno enriquecerse con esa facilidad!
Los cincuenta mil dólares que ella logró acumular para pagar el deseo de toda su vida eran el resultado de quince años de ahorrar como una obsesa, guardando cada semana una cantidad fija obtenida de un trabajo arduo. Incluso su viaje a Egipto fue el paquete más económico que pudo encontrar. ¡Y ese hijo de un jeque viajaba como un príncipe sólo porque su padre acertó a instalar su tienda en el lugar adecuado! No era justo.
Beth trató de controlarse pues no tenía objeto alterarse por las pequeñas injusticias de la vida. Si no podía comprar ese caballo, no lo compraría y ya. Además, ni siquiera lo había visto; podía ser

patizambo y con el temperamento de una mula obstinada.
El señor Renault no la guió a los establos, sino que siguió un sendero lateral hacia una pista circular, donde ya habían dispuesto los obstáculos. Había un grupo de unos veinte hombres sentados en una pequeña tribuna cubierta que miraba hacia la pista. Algunos vestían al estilo árabe, pero la mayoría usaba costosa ropa occidental.
Uno de los árabes iba vestido de una manera diferente, con una túnica blanca, larga y holgada— Un gorro, con una borla colgando a un lado; cubría la cabeza oscura. Un **fez,** recordó la joven. Era evidente que se trataba del excéntrico Uzziah, y al recorrerlo con la mirada, Beth experimentó una vaga decepción. Supuso que para ser árabe era muy atractivo, de ojos negros y tez aceitunada, pero nada especial. Además, era de corta estatura pues sus hombros eran más bajos que los de los hombres sentados a su lado. Así que ese era el hombre impresionante.
"Otra leyenda exagerada que muerde el polvo—, pensó ella irónica y concentró su atención en la pista... y en los obstáculos. Algunos eran demasiado altos, otros muy difíciles por el espacio entre ellos. Había uno triple que era un reto para el jinete de salto más experto y ante el cual incluso ella podría temblar. ¡Aunque no estuviera dispuesta a reconocerlo!
Por lo visto sí iban a exhibir el caballo ante los posibles clientes. Beth esperaba que el vendedor comprendiera que un caballo criado y entrenado en una apartada caballeriza podía saltar bien en su lugar de origen, pero que después de la tensión de un largo viaje y en un ambiente extraño, su desempeño podría dejar mucho que desear. Ella había descubierto que los potros eran muy sensibles a los cambios de escenario.
—¿Irá a la tribuna para observar? —le preguntó—el señor Renault.
—Yo... prefiero quedarme aquí —respondió ella después de titubear.
—Sentirá mucho calor bajo este sol.
—Soy australiana y no me hará daño un poco de sol. Pero vaya usted. Yo puedo ver mejor desde aquí —declaró. Tal vez esto era cierto, pero la verdad era que le desagradaba la forma en que la miraban los árabes, con una mezcla de burla y lujuria.
Lo último le parecía de lo más sorprendente, pues no albergaba ninguna, ilusión acerca de su apariencia. No era bella y en el mejor de los casos Podría calificarse de atractiva, con su rostro de facciones pronunciadas y su figura imponente. Pero desde que aterrizó en El Cairo, los ojos de los árabes seguían sus movimientos

en todas partes. Lo atribuía a su cabello rubio y su estatura fuera de lo común... algo que no poseían las mujeres árabes. Incluso así, se veía sometida a esas miradas perturbadoras que a veces la hacían desear encontrarse a salvo en su hogar, en Galston Gorge. "¡Pero si estuvieras allí", le dijo una vocecita interna, "no tendrías la oportunidad de comprar un caballo árabe!"
Beth sintió una descarga de adrenalina. Ansiaba que el potro hiciera su aparición para ver si estaba a la altura de lo que ella esperaba. Se adelanto, apoyó un pie en el travesaño inferior de la valla de madera y las manos en el superior, mientras sus azules **ojos** recorrían la pista y sus alrededores.
¡No había un solo caballo a la vista! Frunció el ceño. Para un hombre que no gustaba de perder el tiempo, ese Uzziah ciertamente se demoraba en presentar su caballo, pensó impaciente. Pasó un minuto y luego otro. El señor Renault tenía razón; hacía demasiado calor. La joven bajó el pie del travesaño, cambió de posición y luego alzó la otra pierna, inclinando la cabeza y pasándose una mano por la nuca para asegurarse de que su largo cabello seguía sujeto en el apretado moño.
Un agitado relincho la obligó a alzar la vista y sintió que se quedaba sin aliento. Un caballo negro, de piel tersa como el satén se acercaba a la pista y Beth pensó que nunca había visto un animal como ese. ¡Y quizá jamás volvería a verlo!
—Oh, santo Dios —murmuró moviendo la cabeza con admiración —. ¡Daría cualquier cosa por un caballo así!
El animal entró con pasos laterales a la pista, resoplando y agitando la elegante cabeza. Era un potro con poderosos huesos y músculos que en ese momento resentía que lo tuvieran sujeto. Un esbelto mozalbete lo montaba, sosteniendo las riendas con manos delgadas y nerviosas. El potro era demasiado para el muchacho, decidió Beth, en especial bajo esas difíciles condiciones. Parecía que el inquieto animal estaba a punto de lanzarse a todo galope en cualquier momento.
Pero entonces la joven descubrió que otra persona sujetaba al caballo. Un adulto, no un muchacho. Su cuerpo quedaba oculto por el cuello y el lomo del potro, pero ella podía ver las piernas de un hombre entre las patas del caballo. Eran tan largas y atléticas como las del animal, embutidas en un ajustado pantalón de montar color café claro y unas botas negras que le llegaban a las rodillas. De pronto el potro giró y el hombre quedó a la vista, sujetando la brida con una mano y con la otra la larga crin negra.
Beth dejó escapar un leve jadeo de sorpresa. Allí estaba un hombre

impresionante, decidió. Recorrió la figura con la mirada, desde el cabello negro hasta las puntas de las relucientes botas. Pero aunque admiraba la formidable presencia masculina, que se revelaba de una manera escandalosa con el ajustado pantalón de montar y una holgada camisa negra, abierta hasta la cintura; los años de no dejarse impresionar por el sexo masculino en un sentido físico, le permitieron estudiarlo de una manera objetiva. Como lo haría con un caballo.

A decir verdad, el animal al lado de él la entusiasmaba más que el hombre. Ansiaba el caballo; el hombre no significaba nada para ella. Era sólo un excelente espécimen masculino. Lo examinó con un interés desapasionado. Aproximadamente un metro noventa y ocho de estatura, un peso de unos noventa kilos, hombros anchos, estómago plano, caderas angostas y muslos poderosos.

No era árabe, dedujo, a pesar de su piel aceitunada y el cabello negro como ala de cuervo. Era demasiado alto y su rostro no parecía semítico. La nariz era larga y pronunciada, no aguileña; los pómulos altos y finamente esculpidos; la boca amplia con labios delgados y crueles. Su rostro era enérgico más que atractivo, lleno de ángulos. Un rostro dominante, difícil de olvidar.

El garañón dio una vuelta de trescientos sesenta grados, obligando al hombre a seguirlo. Beth añadió: unas asentaderas firmes a su lista mental de atractivos físicos, para no mencionar el peinado más sorprendente que había visto en un hombre. El cabello no era corto en la nuca, como pensó al verlo de frente, sino muy largo, peinado hacia atrás y sujeto en una cola de caballo con una tira de cuero trenzado.

La joven trató de imaginarse a sus amigos en Australia con un peinado así. Santo Dios, todos se reirían de ellos. Sin embargo, de alguna manera no imaginaba que alguien se atreviera a reírse de ese individuo. Cabello largo o no, exudaba tal poderío que era casi atemorizante. Ciertamente no era un hombre con el que se pudiera jugar o a quien fuera fácil desafiar. Y ella no planeaba hacer ninguna de las dos cosas.

El empezó a hablar con el muchacho encaramado en la silla de montar, dándole órdenes en árabe. En sus oscuros ojos había un destello que era una mezcla de impaciencia y preocupación. Tenía razón para inquietarse, pensó Beth. El potro no estaba de buen humor. Escarbaba el suelo con las patas delanteras, sin dejar de moverse, y en sus ojos había un destello de rebeldía. Tenía las fosas nasales ensanchadas, el cuello arqueado con arrogancia y el hocico cubierto con una ligera capa de espuma. La experiencia le dijo a la

joven que no saltaría bien, en especial en manos de un muchacho tan ligero y con una fuerza en los bíceps como un arbusto en su tronco. Sonrió, deseando que saltara mal. Así el precio disminuiría y entonces tal vez ella podría comprarlo.
Pronto supo que deseaba ese caballo, con tal intensidad que sentía una opresión en el corazón y en el estómago, un tenso nudo de ansiedad y excitada anticipación. Retuvo el aliento cuando al fin dejaron libre al potro; una parte de su ser deseaba que el animal demostrara su magnificencia volando sobre los obstáculos, y la otra parte anhelaba que fracasara, pues así podría realizar su más caro deseo.
De inmediato fue obvio que el caballo no tenía la menor intención de saltar. Se alzó sobre las patas traseras una y otra vez, y luego bajó las delanteras y empezó a girar. Como Beth sospechaba, el muchacho no era jinete para el garañón; lo derribaría en cualquier momento. Cuando el caballerango corrió para sujetar las riendas, el animal lo esquivó y luego emprendió un espeluznante galope por la parte exterior de la pista, acercándose rápidamente hacia el lugar donde la joven se hallaba.
Ella podía ver el temor en el rostro del muchacho. No... era algo más que temor; era pánico y una absoluta desesperación. Metros atrás, el hombre alto les gritaba enloquecido en árabe, al caballo y al muchacho. Beth tuvo la impresión de que pronunciaba obscenidades y pensó que el chico recibiría algo más que palabras cuando terminara el incidente.
—Bárbaro —murmuró.
Su decisión de actuar fue automática y temeraria. Extendió los brazos cuando el caballo pasó frente a ella, arrebatando las riendas de las manos del jinete para atarlas a un poste cercano. La cabeza del potro giró con brusquedad al sentir el tirón y relinchó colérico por el súbito fin de su libertad.
—¡Rápido! —le ordenó ella al muchacho—. ¡Desmonta!
El sólo la miró, con el pecho estremecido, los labios trémulos y los ojos muy abiertos. Beth dedujo que no comprendía el inglés. Jamás se le habría ocurrido que en esa región del mundo las mujeres no les daban órdenes a los hombres, ni siquiera a los de catorce años. Su preocupación inmediata era el gigante que se acercaba a ellos con una expresión amenazadora. Actuando sin pensarlo, se deslizó entre la valla, estiró los brazos, bajó sin ninguna ceremonia al muchacho y lo depositó en el suelo. Ignorando los gritos del caballerango que se aproximaba, saltó a la silla y soltó las riendas.
—Y ahora, mi obstinada beldad —murmuró con voz ronca en la

oreja del caballo, ¡veremos lo que puedes hacer **realmente**! **—**y tirando del freno con un movimiento decisivo y clavando los talones en los costados como si quisiera decirle "será mejor que no intentes nada si sabes lo que es bueno para ti", apartó al animal de la valla y lo guió temeraria hacia el primer obstáculo, que por suerte se encontraba en dirección opuesta del enfurecido caballerango.
Cuando se aproximaban al obstáculo, hubo un momento de titubeo en la masa de músculos debajo de ella, un momento en que si así lo hubiera querido, el potro se habría librado de su desconocida amazona. Pero sólo fue un momento.
Beth poseía un don sobrenatural respecto a los caballos que desafiaba toda descripción. Era una combinación de muchas cosas: temeridad, habilidad, práctica, pero sobre todo, amor... Los caballos sentían su amor por ellos a través de sus manos firmes, pero suaves. Y respondían a eso.
—Vamos, salta hermosura mía —instó al animal—. ¡Vamos, arriba!
El potro libró la barrera con facilidad y Beth le dio una palmada en el cuello, murmurando en su oreja las palabras dulces que en el pasado siempre lograron calmar a muchos caballos rebeldes cuando se aproximaban al siguiente obstáculo. Sabía que no era el lenguaje lo que importaba, sino el tono tranquilizador y también la falta de tensión de sus propios músculos. Todos los animales respondían a un amo confiado y relajado.
Pasaron sin ningún incidente tres obstáculos más, razonablemente difíciles, hasta que al fin se enfrentaron al triple. Beth sabía que si no guiaba bien al caballo para el primero, todo estaría perdido. Tragó saliva para deshacer el nudo en su garganta y se dejó llevar por su instinto, pero tan pronto como se lanzaron a galope supo que su intuición le había fallado. Estaba acostumbrada a competir sobre césped y el terreno arenoso alteró su percepción de la distancia. Incitó al potro a saltar demasiado pronto y caería muy cerca del otro lado. El espacio disponible para saltar el siguiente obstáculo seria inadecuado. Si el animal daba un paso de más, quedaría demasiado cerca y con seguridad golpearía la barrera. Incluso podrían caerse.
Estuvo a punto de lanzar un grito de desaliento cuando cayeron tan cerca como ella temía, pero sujetando con fuerza las riendas, le permitió al caballo un solo trote antes de instigarlo para que saltara como nunca antes lo había hecho, para **no** dar ese desastroso paso de más. Sintió debajo de ella los músculos tensos del caballo y su valeroso corazón casi a punto de estallar cuando saltó. Pero la llevó a salvo al otro lado del segundo obstáculo y después del tercero.

"¡En verdad es un magnífico animal!—, gritó la joven en el fondo de su corazón. "¡Magnífico!"
Pero aunque se percató de la multitud que aplaudía en la tribuna, supo que jamás sería suyo. No compraría ese caballo con cincuenta mil dólares; esa suma ni siquiera alcanzaría para pagar la cola. Los ojos se le anegaron de lágrimas, pero parpadeó para ahuyentarlas. Debía terminar su demostración. Quedaba el muro, más alto que ninguno que hubiera saltado antes. Pero cuando espoleó al caballo no experimentó el más mínimo temor. Libraría ese último obstáculo con facilidad; tales eran su fuerza y su valor, y también su habilidad para saltar.
Con sentimientos ambivalentes, trató de saborear la experiencia, manteniendo a raya su decepción mientras grababa en su memoria la sensación de la poderosa bestia disponiéndose a saltar y después lanzándose hacia el cielo, el epítome de la gracia y el control al caer perfectamente al otro lado y trotar orgulloso delante de la gente que aplaudía.
Sólo un hombre entre los espectadores no aplaudía. Había permanecido inmóvil cerca de la valla durante toda la ejecución. Uzziah jamás había visto una mujer así. Se había sorprendido cuando ella, inesperadamente, se lanzó hacia la montura, y su sorpresa se trocó en admiración al ver la rapidez con la cual la joven logró controlar al rebelde potro. Sintió el corazón en la boca cuando pensó que fallaría en el triple obstáculo, pero ella salió adelante en una forma espléndida. ¡Vaya, podía montar casi tan bien como él!
Fue hasta que Beth tiró de las riendas para sujetar al caballo después del último obstáculo cuando Uzziah se movió, sólo para percatarse de que su cuerpo se encontraba en un estado de aguda excitación sexual. Eso lo desconcertó, pues la mujer no era una gran belleza; de hecho, era el polo opuesto de las mujeres que solía llevar a la cama.
Sin embargo, mientras contemplaba a la rubia amazona que hacía trotar al caballo alrededor de la polvorienta pista, de pronto ansió tenerla encima de él, no de su caballo, verla a horcajadas sobre su cuerpo hasta llevarlo al agotamiento; y no montando a ese remedo de caballo árabe que se vio obligado a criar. Tan grande era el dolor de su necesidad que tomó de prisa una decisión.
Después de darle una breve orden al muchacho de pie a su lado, se alejó apresurado de la pista, haciéndole un ademán impaciente al marroquí que se encontraba en la tribuna. El árabe se acercó de inmediato y la borla de su fez se movió cuando se detuvo para

hacer una reverencia.
—¿Sí, amo?
—Quiero que te encargues de la venta de ese caballo infernal —ordenó Uzziah con tono brusco, y que invites a la mujer a pasar conmigo el próximo fin de semana en Marruecos.
—¿La mujer?—el marroquí irguió la cabeza y la borla de nuevo se movió de un lado a otro—. ¿Se refiere a... **esa** mujer? —señaló a Beth, quien estaba a punto de desmontar en el extremo más alejado de la pista.
—Por supuesto. ¿Ves alguna otra mujer aquí? —en los ojos oscuros de Uzziah brilló un destello de impaciencia—. ¿Crees que aceptará, Omar? Algo me dice que sí. Es una mujer indómita y, además, occidental. ¿Alguna vez ha habido una mujer occidental que me haya negado sus favores? ¿Mi piloto está listo?
—Sí, amo, pero...
—Los espero mañana al anochecer —fue la brusca orden—. No me falles, Omar. Debo poseer a esa mujer.
Omar se ruborizó al notar la evidente excitación de su amo.
—Sí, mi amo —asintió y de nuevo se inclinó.
Uzziah soltó una carcajada y se alejó, levantando, una nube de polvo con sus botas negras.

CAPITULO 2

Beth deslizó la pierna izquierda sobre el reluciente lomo del potro y se dejó caer al suelo, donde esperaba al joven árabe. La expresión de sorpresa en el rostro del muchacho era casi cómica. Sonriendo, ella le entregó las riendas del animal ahora dócil y luego miró a su alrededor para ver cuál era su reacción del caballerango. Se sorprendió al ver que había desaparecido pues esperaba que quisiera estrangularla por lo que acababa de hacer. ¿A dónde diablos se habría ido?, se preguntó.
Recorrió con la mirada la pista y sus alrededores y descubrió que el marroquí vestido con una túnica blanca y el fez rojo, había abandonado la tribuna y ahora cruzaba apresurado la pista en dirección a ella, con una expresión ceñuda en el rostro aceitunado. "Oh", pensó ella, "por lo visto el señor Uzziah no se siente muy feliz con lo que acaba de suceder".
Se mordió el labio inferior y reconoció que se había tomado la libertad de montar el caballo de ese hombre sin su autorización. Esperaba que comprendiera que su intención fue buena. Su agitación aumentó cuando lo vio entrecerrar los párpados para mirarla de arriba abajo en un escrutinio concienzudo. Pero en esa mirada no había lujuria, sólo un extraño desconcierto. Tal vez se preguntaba cómo era posible que una mujer montara con esa habilidad.
Beth se apresuró a defenderse antes que él pudiera hablar.
—Me disculpo por haber actuado como lo hice, señor Uzziah —empezó a decir—, pero vi que su jinete estaba en problemas y me preocupó pensar que tanto él como el caballo pudieran lastimarse. Sé que fue algo presuntuoso de mi parte, pero actué en forma impulsiva y espero que me disculpe —sonrió, esperando que su sonrisa fuese tranquilizadora—. Después de todo, hice lucir a su caballo. Para ser honesta, esperaba comprar ese potro. He recorrido todas las caballerizas de Egipto en busca de un animal así, pero me temo que no dispongo de dinero suficiente para comprar ese magnífico espécimen.
Alentada por el silencio de¡ árabe, Beth siguió hablando.
—Mi nombre es Beth Carney y vengo de Australia, donde poseo una pequeña escuela de equitación, pero siempre he querido tener o criar un soberbio caballo de salto, y cuando vi su potro, señor Uzziah, yo... —su voz se apagó al ver que el árabe fruncía más el ceño y necesitó varios segundos para comprender la situación—, ¡Oh, ya veo! —exclamó—. Usted no habla inglés. ¡Qué tonta soy!

Escuche, iré a buscar al señor Renault. El puede…
—Sí hablo inglés, señorita Carney —replicó el árabe con un sorprendente acento británico—. Pero no soy Sidi Uzziah, sino su humilde servidor Omar.
Beth se quedó mirando cuando el hombre hizo una reverencia.
—¿Usted no es Uzziah? ¿Entonces… quién…?
Gimió en silencio. ¿En dónde tenía el **cerebro?** Era evidente que uno de los hombres más altos sentados en la tribuna era Uzziah, vestido con un traje ordinario. ¿No le comentó el señor Renault que era mitad inglés? Miró hacia la tribuna, pero todos se habían dispersado. Algunos estaban de pie en grupos y otros se acercaban a la valla para ver más de cerca al caballo. No tenía idea de cuál de ellos podría ser Uzziah.
—Mi amo ya se fue —le informó Omar, siguiendo su mirada.
—¿Se fue? —Beth sintió que un hormigueo le recorría la columna.
Sólo un hombre se había ido. ¿Quería decir Omar que ese bárbaro, ese caballerango, era en realidad el **propietario** del garañón?
—Así es —el marroquí señaló hacia el cielo, donde el helicóptero negro que ella había visto antes, era apenas un punto en el horizonte.
Beth se volvió a mirar al árabe.
—¿Trata de decirme que el… hombre que guió al caballo hacia la pista era el señor Uzziah? El… individuo alto de hombros anchos y…
Omar asintió con una sonrisa disimulada al ver el desconcierto de Beth.
—Mi amo es, en verdad, un hombre entre los hombres.
Beth abrió la boca y luego la cerró; no podía rebatir esa afirmación. Uzziah era en verdad un hombre entre los hombres, por lo menos por su estatura. Dudaba que pudiera decir lo mismo de su carácter, puesto que era evidente que insistía en que ese pobre hombre lo llamara **amo.** ¿En dónde creía vivir ese patán, en la Edad Media? ¿No sabía que ya habían abolido la esclavitud?
—Mi amo me pidió que le diera las gracias por montar su caballo de manera tan espléndida —prosiguió Omar con voz lisonjera, pero no porque pensara que en realidad fuera necesario. Sidi Uzziah tenía razón, como siempre. La mujer parecía tan impresionada por él que se había quedado sin habla.
Ahora el árabe se sentía confiado, pensando en que triunfaría en la tarea que le encomendó su amo. El deseo de esa mujer de comprar un caballo era una ventaja adicional, una excusa que le daría una capa de respetabilidad a su aceptación de la invitación que él estaba

a punto de hacerle. El trato de Omar con muchas mujeres occidentales le había enseñado a apreciar el orgullo de una mujer liberada, a quien le agradaba pensar que ella decidía con quién se acostaba, no al contrario. Sin embargo, él no dudaba que una vez que llevara a esa mujer al hogar de su amo, éste no tendría ningún problema para persuadirla de que compartiera con él su dormitorio.
—Mi amo también me pidió que la invitara a pasar el próximo fin de semana en su hogar, como su invitada de honor. Desea darle las gracias personalmente y también quiere mostrarle algunos de sus magníficos caballos. Tal vez, señorita Carney, sí piensa que no puede pagar lo que vale ese potro, podrá negociar la compra de otro. En los establos de mi amo hay muchos caballos magníficos.
Beth apenas pudo contener su excitación. Le importaba un comino ir a visitar al arrogante amo de Omar, pues cualquier hombre que tratara a sus empleados como esclavos la dejaba fría, pero si en las caballerizas de Uzziah había muchos caballos como el que montó ese día, estaría loca si no aceptaba el ofrecimiento. A menudo había escuchado que los árabes demuestran su gratitud con valiosos regalos. ¿Quién sabía? Tal vez Uzziah le obsequiaría un caballo como ese potro negro, o por lo menos le permitiría comprar uno por mucho menos dinero.
—Su amo es muy amable —dijo ella, eligiendo con cuidado sus palabras.
Si quería conseguir una ganga, no debía herir los sentimientos de nadie. Por lo que había visto, Uzziah era un hombre orgulloso y susceptible. Tendría que disimular su antagonismo hacia él durante su trato con esa gente—. Me gustaría ir, pero debo estar de vuelta en el Cairo para abordar mi avión de regreso a casa el próximo martes. ¿Podré ir a Marruecos y estar de regreso para entonces? El día de hoy ya no cuenta y mañana es viernes.
Omar sonrió complacido. ¡Vaya! Así que la mujer sabía en dónde vivía su amo. Sin duda había hecho algunas averiguaciones porque le interesaba conocerlo—, era evidente que la reputación de Uzziah como amante se había extendido. El triunfo estaba asegurado.
—Yo me encargaré de hacer los arreglos. La entregaré a salvo con mi amo mañana al anochecer y regresará al Cairo a tiempo para abordar su vuelo el martes.
¿Entregarla a salvo? ¡Vaya una frase extraña! Ese árabe la hacía sentirse como un paquete enviado por correo expreso.
—Pero antes —añadió él—, debo encargarme de la subasta del caballo de mi amo.
—Oh, sí, casi lo había olvidado —como se había olvidado de

monsieur Renault, aunque éste parecía estar muy ocupado hablando con un grupo de personas cerca de la tribuna. Tal vez eran otros agentes, o algunos posibles clientes.

Cuando Omar la dejó sola, Beth se dirigió a la sombra de la tribuna. El señor Renault se acercó a ella de inmediato, la felicitó por su magnífica actuación al montar el caballo y comentó que era lo bastante brillante para competir en las próximas Olimpiadas.

—Me gustaría hacerlo —respondió ella—, pero antes necesito el caballo adecuado, como el que acabo de montar.

—Me temo que su exhibición ha puesto a ese animal fuera de su alcance, **mademoiselle** —comentó el francés frunciendo el ceño.

Cualquier esperanza que Beth hubiese podido albergar de comprar el potro se desvaneció cuando la subasta inició. Las ofertas **empezaron** en cincuenta mil dólares y muy pronto llegaron al doble. Cuando al fin se cerró el trato en casi doscientos mil dólares, Beth se sintió decepcionada, pero no del todo desalentada. ¿Acaso no tenía una excitante segunda posibilidad?

—No parece tan decepcionada como pensé que estaría —observó el agente.

—Debo contarle algo increíble —Beth sonrió.

El señor Renault escuchó en silencio mientras ella le hablaba de la invitación del criador de caballos.

—¿Y piensa ir? —preguntó al fin con una expresión preocupada.

—¡Por supuesto! ¿Por qué no?

—Como usted sabe, Uzziah es un hombre soltero.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Bien... es sólo que...

La repentina aparición de Omar le puso fin al titubeo del francés.

—Discúlpeme, **monsieur**—dijo el árabe con otra reverencia untuosa. El tiempo apremia si queremos llegar mañana al anochecer. Mi automóvil espera para llevarla de regreso a su hotel.

—Oh, pero yo pensaba regresar al Cairo con **monsieur** Renault.

—Estoy seguro de que él no objetará que venga conmigo —replicó Omar con amabilidad— Tengo un teléfono en mi auto y así podremos empezar a hacer los arreglos de inmediato.

Beth le dirigió al francés una mirada suplicante y lo vio fruncir el ceño, pero no hacia ella, sino a Omar.

—¿Puedo confiar en que cuidará bien de **mademoiselle** Carney?

El marroquí pareció ofendido.

—La hospitalidad árabe siempre ha sido incomparable, **monsieur.** Le brindaremos a la señorita Carney todas las comodidades y

consideraciones.
—No lo dudo, pero eso no garantiza que...
—Por favor, **monsieur** Renault —lo interrumpió Beth, riendo— Le agradezco su interés, pero tengo treinta años y soy capaz de cuidarme sola. Me siento muy feliz por la invitación y no albergo ningún temor por mi seguridad.
¡Santo Dios! Por la actitud de él cualquiera pensaría que ella estaba a punto de que la secuestraran para llevarla al mercado de los tratantes de blancas. ¿O se preocupaba él pensando que, igual que la infortunada madre de Uzziah, la retendrían en un harén en contra de su voluntad? Ese pensamiento la divirtió. Tal **vez monsieur** Renault no vio a Uzziah. Una mirada a ese hombre le habría bastado para convencerse de que un individuo así podía tener a las mujeres que quisiera; no necesitaría secuestrar a una joven de aspecto ordinario, demasiado alta y sexualmente retardada para satisfacer deseos.
—¿Nos vamos, señorita Carney? —preguntó Omar, dirigiéndole una mirada complacida.
—Sí, Omar. Adiós, **monsieur** Renault, y gracias por su ayuda —le ofreció una mano para que él se la estrechara, pero en vez de ello el francés se acercó para besarla en ambas mejillas, según la costumbre de su país.
—Tenga cuidado —murmuró al darle el segundo beso.
Ella se estremeció al escuchar su advertencia, pero hizo a un lado la preocupación del agente, pensando que carecía de fundamento. Tal vez estaba acostumbrado a tratar con mujeres menos capaces, del tipo que siempre se mete en problemas con los hombres. Si la hubiera visto en acción en la taberna local a donde iban Pete y ella todos los viernes por la noche para tomar una cerveza y donde en ocasiones la importunaba algún hombre, no se preocuparía por su bienestar. Beth tenía un impresionante gancho derecho y una lengua que podía hacer pedazos a un hombre a cincuenta pasos de distancia. Sonrió irónica. Si Omar o Uzziah trataban de propasarse, se arrepentirían.
—Vamos, señorita Carney —la instó de nuevo Omar cuando monsieur Renault se alejó—. Debemos apresurarnos. Sidi Uzziah la espera mañana a la hora de la cena y no me atrevo a decepcionarlo.

El viernes al amanecer hacía calor, pero en la recepción le informaron a Beth la noche anterior que la costa del Atlántico marroquí era más fresca que Egipto, en especial por las noches. Le sugirieron que llevara un abrigo ligero que pudiera quitarse y

ponerse según fuese necesario.
La joven se puso su conjunto clásico de chaqueta y pantalón de lino blanco y una blusa de seda roja de manga corta. Se sujetó el cabello en lo alto de la cabeza, esta vez en un estilo más femenino, y se dio un ligero toque de maquillaje, algo de rubor en las mejillas y su nuevo lápiz labial rojo. Todo eso, incluyendo el lápiz labial, fue su única extravagancia para ese viaje. Lo menos que podía hacer, pensó, era salir y regresar con estilo.
Omar entró en el vestíbulo del hotel justo a tiempo. Su comentario de lo "bien" que la veía denotaba cierta sorpresa que resultó ligeramente insinuante, pero eso la tranquilizó. Tal vez la advertencia que monsi**eur** Renault murmuró a su oído había sembrado en su mente una semilla de inquietud de que Omar o su amo pudieran albergar alguna mala intención respecto a ella. Pero el ambiguo cumplido del árabe revelaba que el día anterior no se había sentido muy impresionado por su apariencia física. Y sin duda tampoco su amo; de lo contrario, se habría quedado para invitarla personalmente, en vez de enviar a un emisario.
A partir de ese momento, Beth se relajó, decidida a disfrutar de su buena suerte de poder pasar un fin de semana gratis en Marruecos, sin importar si podía comprar un caballo o no. Aceptó con tranquilidad que la transportaran al aeropuerto en la misma limosina negra de la noche anterior, y luego en primera clase en el **jet** que los llevó del Cairo a Casablanca. Tenía un asiento a un lado de la ventana y no apartó los ojos de ella cuando el avión se elevó.
Durante largo tiempo se contentó con mirar hacia abajo, fascinada por los contrastes de la tierra allá abajo: grandes extensiones de desierto árido que de cuando en cuando le cedían el paso a angostas fajas fértiles, por lo común con un pequeño río o un oasis. Después de mucho tiempo dejaron atrás las dunas y volaron sobre una cordillera con picos nevados, cuyas laderas estaban cubiertas por densos bosques de coníferas.
—Dígame, Omar —preguntó Beth cuando al fin se cansó de contemplar el escenario—. ¿Cuánto tiempo hace que trabaja para su... amo? —¡santo cielo, la palabra se le atoraba en la garganta!
—Yo no trabajo para Sidi Uzziah —fue la solemne respuesta—. Vivo para él.
—¿Quiere decir que **es** un esclavo? —exclamó Beth desconcertada.
—No... soy su fiel servidor. Sidi Uzziah me salvó la vida en una ocasión y ha salvado mi honor muchas veces. A cambio de ello, juré consagrar mi vida en servirlo.
—¿El le salvó la vida? ¿Cómo?

—Lo siento, señorita Carney, pero no puedo decirle nada más — respondió él con el ceño fruncido—. Mi amo no aprobaría que hable con una mujer de sus asuntos personales.
Ella se irritó. Cuando empezaba a pensar que Uzziah podría tener algunas cualidades que lo redimieran, resultaba que era más machista de lo que ella creía. ¡Era evidente que su mitad árabe— dominaba a su parte inglesa! Ese hombre era un anacronismo en el mundo actual. ¿No sabía que varios países eran gobernados por una mujer? Tal vez por eso se recluía en su apartado dominio, para ignorar el progreso y vivir como un señor feudal.
Pues bien, se llevaría una pequeña sorpresa. Ella no se arrodillaría delante de un hombre, aunque fuera el hijo de un jeque árabe que podía ofrecerle el caballo de sus sueños. Por supuesto, tampoco sería descortés, ya que eso la perjudicaría. No... sería muy cortés. Sólo esperaba que él no hiciera ningún comentario que la obligara a atacarlo. Beth no toleraba a los machos condescendientes.
—¿Cuánto falta para que lleguemos a Casablanca? —le preguntó a Omar después de unos momentos de silencio.
—Llegaremos a la hora de la comida.
—¿Y qué tan lejos está de allí el dominio de su amo?
—A otro par de horas en helicóptero. Llegaremos antes de la puesta del sol.
—¿Y cómo deberé llamar a su amo? ¿Sidi Uzziah, como usted lo hace?
—Mi amo deseará que lo llame simplemente... Uzziah.
"Debe de ser una broma", pensó ella, sorprendida. "¡En este mundo nunca cesarán las maravillas!"
Transcurrió otra media hora. La joven empezaba a dormitar en su asiento cuando su acompañante habló.
—¡Mire, señorita Carney! El Atlántico... y Casablanca... . Ella parpadeó y miró hacia abajo, reteniendo el aliento ante la vista de la vasta ciudad blanca y plateada, extendida allá abajo. Era imponente, pero también extraña, como el Cairo. Todos esos techos planos, para no mencionar las incontables mezquitas con sus domos y sus esbeltos minaretes que proyectaban hacia el cielo.
El avión se ladeó y trazó un arco sobre el océano antes de iniciar el descenso. Beth retuvo automáticamente el aliento hasta que el aparato aterrizó y empezó a correr por la pista. Al asomarse por la ventana, divisó un grupo de mujeres cubiertas con velos en una azotea cercana y de pronto añoró lo lugares y las personas que le eran familiares. Echaba de menos las llanuras cubiertas de hierba verde de su país natal, el olor de los caballos y el heno. Ansiaba

cabalgar por el campo, sintiendo el viento agitar su cabello.
—Omar —habló con cierta brusquedad.
—Sí, señorita Carney?
—¿Tenemos que detenernos aquí a comer? ¿No podemos ir directamente a los dominios de su amo?
—Sus deseos son órdenes —asintió él con gravedad.
Beth suspiró y se apoyó en el respaldo del asiento.
Omar sonrió para sí. Era muy satisfactorio que la mujer estuviera tan ansiosa por ver a su amo. ¡Muy satisfactorio en verdad!

CAPITULO 3

HACIA poco más de una hora que Beth y Omar volaban en el helicóptero que seguía el litoral al sur de Casablanca, cuando de pronto ella se inclinó hacia el frente en su asiento.
—Santo Dios, ¿qué es eso? —exclamó, señalando hacia una vasta estructura que parecía surgir de los riscos un poco más adelante.
—Eso —explicó Omar, satisfecho—, es el hogar de mi amo.
Los ojos azules de Beth parecieron agrandarse. ¿Eso era un hogar? ¿Esa construcción con aspecto de fortaleza?
La contempló incrédula mientras el helicóptero se acercaba cada vez más. Gradualmente, la residencia de Uzziah adquirió una forma menos amenazadora y aparecieron a la vista varios domos moriscos. Pero todo el lugar estaba rodeado por altos muros de piedra que sólo podían describirse como almenas. Beth frunció el ceño.
—En realidad es un castillo, ¿no es cierto?
—Así es —acordó Omar y empezó a explicarle su historia.
Construido en el siglo dieciséis por un osado pirata morisco, el castillo dominaba una pequeña bahía y un estuario, desde donde su temible propietario enviaba sus barcos para saquear a, los galeones mercantes que se acercaban demasiado a la costa del Atlántico. En lo alto de un estratégico promontorio, los cañones cuidadosamente colocados acababan con los buques de guerra enviados por británicos y portugueses, mientras que los barcos más pequeños del pirata permanecían escondidos a salvo, río arriba,
A medida que el helicóptero se acercaba, Beth pudo ver las troneras en los muros, donde debieron de estar instalados los cañones. ¡Qué fascinante! Pete no le creería una palabra cuando ella le contara todo eso. Beth deseó haber llevado consigo su cámara.
De pronto el helicóptero se elevó sobre las almenas y los domos y de nuevo la joven se quedó boquiabierta. Justo a la mitad de la formidable estructura había un patio en forma de anfiteatro, hacia el cual descendió, con rapidez el aparato. Ella lo recorrió todo con la mirada y pudo ver las terrazas que rodeaban el patio circular y los arcos moriscos semejantes a bocas desdentadas en los austeros muros encalados. Incontables escalones de piedra ascendían de todos lados para llegar a la primera de las terrazas y en todos ellos había hileras de macetas de barro rebosantes de geranios color de rosa y blancos.
El helicóptero volaba ahora justo encima del patio, el cual era adoquinado; tal vez por eso el piloto se tomaba su tiempo para el descenso, porque el suelo no estaba perfectamente nivelado. Al fin

se sintió una leve sacudida y los motores se apagaron. Habían aterrizado. Beth exhaló un largo suspiro y sólo entonces se percató de su tensión durante el espeluznante descenso.
—Mi amo vendrá a recibirla personalmente, señorita Carney —le informó Omar mientras ambos se desabrochaban los cinturones de seguridad—. Usted puede adelantarse con él y yo me encargaré de llevar su equipaje a sus habitaciones.
—Por favor, no es necesario que lo haga, Omar —respondió ella, jovial—. Yo puedo llevar mi equipaje.
—Estoy seguro de ello, señorita Carney —Omar sonrió irónico—. Pero usted conoce la máxima: "Cuando estés en Roma, haz lo que los romanos". Ahora usted está en Marruecos. Por favor, mientras esté aquí, trate de olvidarse de sus puntos de vista liberados de Occidente y permítanos mimarla un poco. Es la costumbre en estos lugares.
—Muy bien, Omar —Beth suspiró—, pero sólo lo haré porque no quiero causarle problemas. No estoy acostumbrada a todo esto. Allá en casa...
—Ah, pero ahora no está en casa, ¿no es cierto, señorita Carney? —la interrumpió él con suavidad.
Ella miró a través de la ventana el extraño escenario que se desplegaba delante de sus ojos y asintió despacio.
—Tiene razón, Omar, es... —su voz se apagó al ver algo todavía más extraño. El hombre que guió al potro a la pista el día anterior descendía por los escalones para dirigirse hacia el helicóptero, ataviado con la ropa más exótica que ella hubiera visto jamás.
—¡Santo cielo! —exclamó la joven y los ojos casi se le saltaron de las órbitas al recorrer la figura de su anfitrión y su increíble vestimenta. ¡Parecía salido de una película de las Mil y una **Noches!**
—Vamos, señorita Carney —le dijo Omar— A mi amo no le agrada que lo hagan esperar.
Beth se levantó de su asiento, aún moviendo la cabeza. ¡Definitivamente Pete **no** creería todo **esto** cuando se lo contara!
La puerta del helicóptero se deslizó, dejando entrar una bocanada de aire fresco. Con su bolso rojo colgado del hombro, Beth se acercó a la puerta abierta, sólo para encontrarse con el par de ojos negros más impresionante que jamás hubiese visto. Para no mencionar el rostro tan impactante. En Egipto tuvo la impresión de que Uzziah no era atractivo; tal vez no lo era en una forma convencional. Pero de cerca era posible admirar esos rasgos vigorosamente esculpidos.
—Bienvenida a mi hogar, señorita Carney —pronunció él con una

voz modulada y refinada que habría enorgullecido al príncipe Carlos. Y estirando los brazos, deslizó las manos bajo las axilas de ella y la alzó para luego depositarla sobre el suelo adoquinado, como si no pesara más que una pluma. Durante un segundo, Beth se quedó confundida. Ningún hombre la había hecho sentirse nunca tan diminuta y femenina como acababa de hacerlo ese hombre. Recuperó la compostura después de experimentar algo semejante al pánico y pensó que ya sabía que él era la reencarnación de Hércules. ¡Incluso se parecía un poco a Hércules, ataviado con esa llamativa ropa!

Incrédula, lo recorrió una vez más con la mirada. ¿Cómo era posible que no se viera ridículo con ese holgado pantalón de seda negra y la ornada chaquetilla corta trenzada? Por lo menos debería parecer un tanto afeminado, en especial con esa llamativa faja ancha color púrpura alrededor de la cintura y el cabello peinado hacia atrás con la misma cola de caballo extravagante que lucía el día anterior.

Beth tuvo que reconocer que Uzziah le parecía más masculino que cualquier hombre que conociera y su pecho apenas cubierto atrajo una reacia mirada de admiración. En los brazos y el torso semidesnudo se adivinaban unos músculos poderosos y su piel tenía un brillo que insinuaba que le habían dado masaje con alguna clase de aceite. De pronto ella percibió un aroma a madera de sándalo y lo aspiró, apreciando el embriagador perfume al mismo tiempo que admiraba el magnífico cuerpo de Uzziah.

"Santo Dios, ¿qué estoy haciendo", se reprendió. "Si sigo así, empezaré a pensar que me siento atraída hacia él". ¡Vamos, no se sentiría atraída hacia alguien que permitía que otro ser humano lo llamara amo, aunque fuera el último hombre sobre la faz de la tierra!

Aún molesta por contemplarlo con la adoración de una adolescente, Beth se controló, irguiéndose a toda su estatura. Por desgracia, aún así le faltaban varios centímetros para alcanzar la enorme estructura de su anfitrión, lo que la obligó a echar el cuello hacia atrás para mirarlo.

—Fue muy amable al invitarme a pasar aquí el fin de semana —expresó con helada cortesía.

Su anfitrión la miró un momento y Beth se preocupó pensando que su voz sonó demasiado seca. No quería ofender a ese hombre; su intención fue sólo corregir cualquier falsa impresión que hubiese podido darle al mirarlo de esa manera. De pronto, su esperanza de obtener un caballo a un buen precio o regalado empezó a desvanecerse. Desesperada, sonrió y se sintió aliviada al ver que él

sonreía a su vez.
—Ah... pero usted fue más amable al salvar mi reputación como criador de caballos con un comportamiento impecable —respondió él, de nuevo con su buen acento británico.
Debió de pasar un tiempo considerable dentro de los sagrados muros de una refinada escuela inglesa para adquirir un acento así, se dijo Beth. Ciertamente no lo educaron en las arenas del desierto de Arabia, de eso estaba segura. Ni en Marruecos, para el caso.
—Le estaré eternamente agradecido por eso —terminó él con una ligera reverencia galante.
"Eso no es necesario", pensó ella, apesadumbrada. "Sólo obséquiame uno de esos caballos de comportamiento impecable y la cuenta quedará saldada a los ojos de Alá.
—Confió en que Omar la haya atendido bien —continuó él.
—Ha sido muy amable. Y por favor, llámeme Beth —invitó ella con otra sonrisa cortés. Nadie podía decir que no se esforzaba.
—Será un placer...
—Omar me dice que debo llamarlo Uzziah. ¿Está bien que lo haga?
—No aceptaría que me llamaras de otra manera Beth. Sígueme... vayamos al interior para tomar una taza de té. Omar me comentó que te negaste a comer en Casablanca y que parecías ansiosa por venir directamente aquí.
Beth miró ceñuda por encima de su hombro hacia donde estaba Omar, pero éste se hallaba muy ocupado encargándose de su equipaje. Por lo visto había hecho una llamada desde el aeropuerto de Casablanca, lo que era razonable, pero ella deseó que no la hubiera hecho parecer como una tonta mujer ansiosa de estar en compañía de ese hombre. No porque eso fuera inusual, pensó irónica. Con toda probabilidad muchas mujeres encontrarían muy atractivo el aspecto de macho de Uzziah. Además, ahora él hacía gala de un encanto civilizado que no mostró en Egipto.
Tal vez fingía esa voz sedosa y esos modales igual que vestía ese pantalón de seda, pensó la joven con cinismo, ya que nada borraría su primera impresión de que en el fondo de su corazón era un bárbaro. Beth sospechaba que debajo de esa fachada engañosamente mundana había un individuo primitivo, un hombre que no siempre seguía las reglas de la sociedad.
Recordó la advertencia que **monsieur** Renault murmuró a su oído. Tal vez su anfitrión tenía fama de mujeriego. Ella no creía ser objeto de cualquier intención sexual de parte de él, pero para estar a salvo, decidió no sonreír demasiado.
—El té me parece una idea excelente —respondió con viveza.

—¿Entramos entonces? —sugirió Uzziah, tomándola del brazo.

Ella sabía que era un gesto caballeroso, sin embargo, mientras Uzziah la guiaba, con la palma de la mano sobre su piel, experimentó una vaga inquietud y tan pronto como llegaron a la terraza se apartó de él.

—¡Oh, jamás había visto algo tan bello! —exclamó y se inclinó para ver más de cerca el suelo de mosaico de la terraza. En verdad era algo muy bello; pequeños mosaicos de mármol en tonos de azul, formando intrincados diseños geométricos.

—Aquí podrás admirar muchos ejemplos maravillosos del arte y la arquitectura moriscos —anunció su anfitrión—. Mañana te llevaré a un recorrido más extenso, pero ahora creo que necesitas una taza de té y una siesta antes de cenar. El vuelo debió de dejarte exhausta.

En realidad Beth se sentía agotada ahora que sus pies pisaban el suelo firme y se había olvidado de su deseo de cabalgar. Tal vez mañana...

—Creo que tienes razón —respondió, sofocando un bostezo.

—Vamos, entonces...

Esta vez él no trató de tomarla del brazo y ella lo siguió más relajada. Dejaron atrás la terraza y entraron en un inmenso vestíbulo de techo alto y tan opulento como el interior de un castillo francés. Una alfombra persa de vívidos colores cubría parte del suelo de mármol negro y unos grandes faroles de filigrama de bronce iluminaban su paso. Beth dirigió una breve mirada a los sorprendentes murales eróticos que adornaban las paredes. Puso los ojos en blanco ante la exagerada desnudez y las posiciones y actividades eróticas de los cuerpos desnudos. Tal vez a ciertas personas esas imágenes les parecerían fascinantes, pero a ella le resultaban tediosas.

Como decía Pete de las películas pornográficas: "¡Si has visto una, las has visto todas!" Además, ella estaba segura de que los artistas habían exagerado ciertas partes de la anatomía masculina. ¡Típico! En su opinión, todo lo que concernía al sexo era exagerado.

—¿No apruebas el desnudo en las pinturas? —preguntó Uzziah mientras caminaban bajo los arcos intrincadamente adornados del corredor.

Beth miró de soslayo a su anfitrión, quien la observaba con fijeza. ¡Vaya! Lo último que quería era ofender su sentido artístico. Era evidente que a él le agradaban esas pinturas, de lo contrario no estarían allí. Sin embargo, ella las contempló desdeñosa.

—Oh, sí me agrada —mintió con descaro—. El desnudo es muy natural, ¿no te parece?

—Es lo que yo pienso —Uzziah sonrió—. En el mundo hay demasiados tabús en lo que concierne al sexo.
Beth parpadeó. ¿Sexo? Pensó que sólo hablaban de desnudos. Por fortuna, llegaron ante un par de pesadas puertas de manera y eso le puso fin a la charla. "Justo a tiempo", pensó ella. Odiaba hablar del sexo.
Uzziah hizo girar las dos perillas de bronce y abrió las puertas. Beth contuvo una exclamación de asombro. La habitación que quedó a la vista era tan amplia como un salón de baile. Frente a la puerta se extendía un amplio espacio libre, con un brillante suelo de mármol blanco y un ornado techo del cual colgaban unos enormes candelabros de cristal. Unos frisos de yeso cubrían las paredes, y a lo largo de ellas, a intervalos, había grandes macetas de barro, como silenciosos centinelas. En medio de la habitación había una plataforma, con varios escalones que conducían a ella.
Allí estaba instalado el mobiliario. Había varios divanes bajos forrados de terciopelo, con mullidos cojines, agrupados alrededor de mesas bajas de madera tallada y sobre una alfombra de dibujo exótico. Más allá, la habitación se prolongaba hacia un amplio espacio semicircular, donde las ventanas con vidrios curvos estaban cubiertos por intricados dibujos de hierro forjado. A través de las aberturas en los arabescos apenas se podía vislumbrar el cielo, lleno de nubes que bloqueaban el sol poniente. Sin embargo, en el interior del castillo no hacía frío, y Beth pensó que todo el lugar debía de contar con aire acondicionado; había visto los ventiladores muy bien disimulados en los muros y en los techos.
Ese hombre debía de ser multimillonario para permitirse todos esos lujos, decidió, pero no por ello lo admiraba; sin duda su padre se lo proporcionaba todo. Uzziah sólo tenía que retirar dinero de las rebosantes cuentas bancarias de su padre para comprar todo lo que quería, desde castillos históricos hasta caballos pura sangre. El único consuelo de la joven al pensar en esa irritante situación era que había ciertas cosas que no se compraban con dinero, como el amor y el respeto. Pero tal vez Uzziah no quería nada de eso; quizá lograba sobrevivir con los sustitutos del sexo y los esclavos.
—De nuevo tienes el ceño fruncido—observó el objeto de sus pensamientos—. A la mayoría de las mujeres les agradan mis aposentos privados.
Una vez más Beth trató de controlarse y sonrió con amabilidad.
—A mí también —respondió, veraz—. Son excepcionalmente bellos. Pero acabo de recordar que olvidé mi cámara en el hotel en el Cairo y me habría gustado tomar algunas fotografías para mostrárselas a

mis amigos cuando regrese a casa —comentó, pensando que el mentir empezaba a convertirse en un hábito y no sólo eso, sino que ahora parecía una experta.
—¿Eso es todo? —preguntó él, amable—. Estoy seguro de que Omar podrá prestarte una durante tu estancia aquí —diciendo eso, se acercó a un lado de las puertas abiertas y tiró de un cordón dorado que colgaba del techo.
No fue Omar quien respondió al llamado, sino una bellísima jovencita de largo cabello negro y tez del tono de las almendras doradas. No usaba velo e iba vestida con una falda con dibujos de flores y una blusa blanca bordada. De su cabello colgaban varios collares de oro y llevaba en las orejas unas grandes arracadas, que la hacían verse más como una española que como marroquí. Debió de saber que su amo quería que sirviera el té, pues llevaba una bandeja en las manos. No era una bandeja ordinaria, como tampoco lo era el servicio de té; parecía de plata sólida, y podría pagar el rescate de un rey.
La jovencita le dirigió una sonrisa tímida a Beth y se inclinó frente a Uzziah antes de cruzar con movimientos agraciados el suelo de mármol y depositar la bandeja sobre una mesita baja.
—Eso es todo por ahora, Aisha —le indicó Uzziah—. Te veré después...
—Oui, monsieur —respondió la chica en francés. Era obvio que comprendió su deseo de verla después. Se ruborizó y mantuvo la vista baja al retirarse.
Beth también comprendió las intenciones de su anfitrión, pues éste no disimuló su lujuria al ver a la jovencita. Su mirada penetrante había seguido todos los movimientos de Aisha y la plenitud de sus senos debajo de la blusa blanca.
Beth no podía disimular su desagrado. Tal vez la chica estaba bien dispuesta o quizá no, pero no creía que él le pidiera opinión. Sin embargo, ella no debía juzgar la decadencia de su anfitrión, pues él lo adivinaría en su rostro. Tensó la mandíbula y asumió una expresión vaga justo cuando la mirada de Uzziah retornó a ella. Por un momento, Beth habría podido jurar que la miraba con deseo. Pero la lógica le dijo que el destello hambriento en los ojos negros era un residuo de la visita de la voluptuosa Aisha, y se lo confirmó la mirada de irritación de él. ¿O era de frustración?
—Bien, querida Beth —dijo él, brusco— El té está listo...

CAPITULO 4

EN la bandeja que Aisha llevó había una tetera, una jarra con tapa, dos cajitas de plata que hacían juego, delicados tarros de cristal, un platón rebosante de pastelillos y otro de frutas frescas.

Después de instalarse en un mullido sofá, Beth observó con cierto grado de curiosidad a su anfitrión, quien se dispuso a hacer los honores y preparar él mismo el té. Eso la sorprendió, pues pensó que le pediría a Aisha que se quedara para encargarse de eso. De alguna manera, el hecho de verlo preparando el té no se ajustaba a la imagen mental que ella tenía de él. Pero era evidente que Uzziah lo había hecho muchas veces, pues sus movimientos no eran torpes. Apartó las tapas de las cajitas y con una cucharita vació parte del contenido de cada una en la tetera; primero el té, después las hojas de menta y en seguida unos cubos de azúcar... **muchos** cubos... luego más té, más hojas de menta y todavía **más** azúcar.

Beth, que tomaba el té negro y sin endulzar, abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla; el instinto le advirtió que se trataba de una especie de ritual y si decía algo, tal vez volvería a ofender a su anfitrión. La bebida sería demasiado dulce. ¿Y qué importaba eso? Podría soportarlo un día o dos si con eso lo complacía.

Por último, lo vio añadir el agua hirviente y un intenso olor a menta invadió la habitación.

—¿Alguna vez has tomado té de menta? —le preguntó él.

—No —negó ella.

—Te agradará. A las mujeres siempre les resulta agradable —de pronto se sentó, pero no como Beth esperaba. Tomó un cojín de un sofá cercano, lo dejó caer al suelo y se sentó sobre él, al estilo yoga. Esto logró que los penetrantes ojos oscuros quedaran al mismo nivel de los de ella. Esta cercanía le resultó perturbadora a la joven, pues le agradaba tener un espacio personal y se sentía casi claustrofóbica con él sentado frente a ella. El pensamiento de que no podría alejarse de él, aunque quisiera, la inquietó un poco. Pero bajo las circunstancias, tenía que mantenerse en su sitio, así que disimuló su incomodidad y aceptó uno de los pastelillos del platón que él le acercó.

"¡Si después de todo esto no obtengo un buen caballo, me suicidaré! ", refunfuñó en silencio.

—También te agradarán estos —pronosticó Uzziah en su refinado inglés.

"No estés muy seguro—, pensó ella irónica, pues no le gustaba que

le dijeran lo que le agradaría o no. Hacía años que no probaba un pastel y su afición por los dulces era algo que pertenecía al pasado. Pero por cortesía tendría que probar uno, así que eligió el más pequeño.
—Gracias—respondió y probó un pequeño bocado, preguntándose si seria una experiencia tan difícil como beber el té.
Pero el pastelillo no era demasiado dulce y tenía un sabor a especias y almendras.
—Tenías razón, sí me agrada—
—¿Acaso dudaste de mí? —él sonrió con un dejo sardónico que la sorprendió. En verdad era un hombre enigmático y misterioso.
Por primera vez, ella pensó en sus extraños antecedentes. Podía ver en él el lado inglés y el árabe. ¿Quién lo habría criado realmente, su padre o su madre? ¿O ambos tuvieron que ver en esa extraña mezcla de hombre salvaje y mundano? Por supuesto, ella no se atrevía a hacerle ninguna pregunta personal; Omar le advirtió que Uzziah defendía mucho su intimidad.
—Marruecos se enorgullece de sus pastas y pastelillos —le informó su anfitrión y empezó a servir el té en los tarros de cristal con asas de plata.
Esto dejó un espacio entre su pecho semidesnudo y las rodillas de ella.
—Imagino que también de sus caballos árabes —comentó Beth, decidida a guiar la conversación a un tema seguro, además de que era el propósito primordial de su visita.
—Sí, por supuesto —replicó él, mirándola de soslayo— El caballo árabe tal y como se conoce hoy día, fue criado aquí, en las regiones de Berbería; en el norte de África, por lo menos unos mil años antes que empezaran a criarlo en Arabia, así que de hecho es más marroquí que árabe.
—¿Es cierto eso? No lo sabía. Siempre pensé que originalmente las tribus beduinas los habían criado en Arabia.
—A los beduinos les gustaría que eso fuese cierto, pero no es así —le entregó el tarro del aromático té y luego tomó el suyo—. Así que te agradan los caballos árabes. Omar me comentó que estuviste en Egipto y que esperabas comprar un garañón para tus caballerizas.
Beth se echó a reír y de inmediato su anfitrión frunció el ceño.
—Por favor, no se ofenda... —ella volvió a reír divertida— Fue sólo que me pareció gracioso oírlo calificar de caballerizas a mi pequeño establo. Lamento decir que sólo es una pequeña escuela de equitación, donde no hay un solo caballo árabe a la vista.
—¿Es cierto eso? —él bebió un sorbo de té y la estudió por encima

del borde del tarro. Cuando apartó el recipiente de sus labios, una línea mas profunda apareció en la amplia frente—. ¿Por qué entonces deseas comprar un garañón árabe? ¿Por qué no uno criado en Australia?
—Siempre me ha fascinado el salto de obstáculos —le explicó ella —. Me presento en las principales exhibiciones montando los caballos de un acaudalado vecino mío, pero, por supuesto, sólo me permite montar los de calidad inferior. No obstante, he observado que sus mejores caballos son de sangre árabe. He ahorrado un poco de dinero para comprar un potro capaz de saltar bien y que todos me envidien.
—¿En especial ese... acaudalado vecino?
Beth se sorprendió al sentir que se ruborizaba bajo la mirada conocedora de su anfitrión. ¿Habría adivinado algo acerca de Vernon? No, eso no era posible, se dijo.
—Tal vez —replicó con admirable indiferencia.
Pero en su interior volvió a experimentar esa vieja amargura... y el mismo arrepentimiento. ¿Cómo **pudo** irse a la cama con Vernon después de todo lo que sabía de él? Ese hombre prácticamente había seducido a todas las mujeres disponibles en el ambiente de aficionados a la equitación en todo Sydney y sus alrededores. ¡Y se jactaba de ello! La capitulación de Beth demostró lo fácil que era que cualquier mujer perdiera la cabeza por un rostro atractivo y algunos halagos, en especial cuando se trataba de una mujer que durante tantos años no recibió nada de los hombres, excepto burlas por su apariencia.
Beth sabía que de no ser porque bajó mucho de peso, Vernon ni siquiera la habría mirado dos veces. Cinco años antes, ella descubrió que tenía un problema con el colesterol y su alimentación sufrió un cambio drástico, ¡y por consiguiente, ella también! Perdió los kilos que le sobraban y de pronto apareció en el baile anual de la asociación ecuestre muy esbelta y vestida con elegancia. Vernon le dirigió una mirada a su cambiada vecina y de inmediato se dedicó a seducirla.
Lo que aún irritaba a Beth era que se dejó seducir, igual que muchas mujeres antes que ella. ¡Y ni siquiera encontró el menor placer en ello! Y puesto que la reputación de Vernon como amante no tenía rival, la joven llegó a la infortunada conclusión de que ella era un absoluto fracaso en lo concerniente al sexo. ¡Aunque para entonces ya había decidido que no le agradaban mucho los hombres, en especial los ricos! Después de eso, logró salvar su orgullo y siguió montando los caballos de Vernon como si nada

hubiera sucedido. Y Vernon... ¡esa rata!... se sintió muy feliz de volver a su relación anterior con ella.
Beth aún seguía molesta al pensar en los hombres como Vernon Van Horn cuando se llevó a los labios el tarro rebosante de té de menta y bebió un sorbo, olvidándose de que se suponía que no le agradaría. De manera que se sorprendió al descubrir que sí le gustaba.
—¡Oh! También está delicioso —declaró aún más sorprendida.
—Por supuesto que sí —manifestó su anfitrión con un destello de diversión en la mirada—. ¿No te aseguré que te gustaría? Aprenderás a confiar en mi juicio mientras estés aquí, mi querida Beth. Me atrevo a decir que este fin de semana te esperan muchas nuevas experiencias.
—Sí, eso supongo —respondió ella amable y se juró que haría el intento de comer cualquier cosa que le ofrecieran, por muy extraña que le pareciera si eso significaba regresar a Australia con un caballo como el magnífico potro negro.
Al pensar en el potro, de inmediato volvió a concentrarse en su anfitrión quien seguía observándola. Con una sonrisa fija, se llevó el tarro a los labios y bebió otro sorbo.
—Cuando termines tu té —le indicó—, deberás decirme en dónde aprendiste a montar tan bien. Nunca había visto a una mujer capaz de montar con tal fuerza y habilidad. Mañana deberíamos salir a cabalgar juntos.
—Oh, eso me fascinaría —respondió ella y esta vez su sonrisa fue genuina— Durante el vuelo pensé que echo mucho de menos a mis caballos, y salir a montar... —suspiró añorante.
—No hay necesidad de que eches de menos ninguno de tus placeres mientras estés aquí —señaló Uzziah con voz profunda y bien modulada —para mí será un placer satisfacer todos tus deseos.
Beth sintió que un hormigueo de excitación le recorría la espalda. ¡Por lo visto las cosas iban muy bien!
—Eres muy amable —murmuró.
—Eso me han dicho —él rió burlón—. Pero sólo ocasionalmente, pues muchos les dan una interpretación errónea a mis motivos. Mi madre me dice que soy el hombre más egoísta del mundo.
Beth se desconcertó al oírlo mencionar a su madre. Después de la advertencia de Omar, no esperaba que Uzziah hiciera algún comentario personal. Pero no desperdiciaría la oportunidad de satisfacer su curiosidad acerca de ese hombre tan enigmático.
—¿Tu madre vive contigo? —le preguntó con tono inocente.
—No —fue la brusca respuesta.

Beth guardó silencio y comprendió que no podría seguir con ese tema de conversación. Aunque podía ser dura si la provocaban, jamás era deliberadamente descortés.
—Es la típica madre entrometida —informó al fin su anfitrión con tono irritado.
Ella no dijo nada, pero el comentario la irritó. ¿No sabía él cuán afortunado era por tener a su madre? La de ella falleció de cáncer hacía muchos años y aún lamentaba esa pérdida.
—No hablemos de las madres —rezongó Uzziah— Los caballos son criaturas mas dóciles. Dime, Beth, ¿qué edad tenías cuando montaste por primera vez?
—No tengo idea—contestó ella y se encogió de hombros—. Monto desde que tengo memoria. Supongo que desde los dos o tres años de edad.
—Lo imaginaba... para ti montar es algo tan natural como caminar.
—Más bien como respirar —corrigió ella, emocionada— Vivo para mis caballos y creo que sin ellos moriría —de pronto sintió un nudo en la garganta al pensar en lo que sería la vida sin sus caballos— Lo lamento, —se disculpó, tragando saliva—, me he dejado llevar por mis emociones.
El la miró un momento y luego movió la cabeza despacio.
—No... no lo creo. Con frecuencia yo he sentido lo mismo. Los caballos se meten en la sangre. ¡A veces pienso que preferiría poseer un magnífico caballo más que una mujer!
Beth trató de no mostrar sorpresa al escuchar esa frase, aunque no difería mucho de su propio punto de vista. ¿No eran sus caballos un sustituto del matrimonio y los hijos? Sostuvo con firmeza la mirada centelleante de él y replicó con frialdad.
—¡No puedo decir que yo haya pensado algo semejante!
—Ciertamente espero que no —él rió con un dejo divertido—. Vamos... prueba un pastelillo diferente y bebe un poco más de té. Después te mostraré tus habitaciones, donde podrás descansar durante un par de horas. La cena se servirá a las ocho.
De nuevo Beth tuvo que contener una protesta. Las palabras de Omar resonaban en su mente. "Cuando estés en Roma, haz lo que los romanos...Por lo visto tendría que soportar que la mimaran, lo quisiera o no.
Cinco minutos después Uzziah la guió de regreso por el amplio corredor y se detuvo frente a una pesada puerta de madera tallada, a unos veinte metros de las habitaciones de él.
—Creo que Omar ya se encargó de que prepararan tu dormitorio —manifestó él con tono formal—. Confío en que disfrutarás de una

buena siesta y despertarás descansada. Espero disfrutar de tu compañía durante la cena —dicho esto, le tomó una mano y se la besó.

Ella habría querido retirar la mano, pero no podía hacerlo sin riesgo ofenderlo. Se puso rígida al sentir los labios de él sobre su piel, pero lo más extraño fue que el beso no le pareció desagradable como esperaba. Vio los labios de su anfitrión deslizarse como la seda sobre el dorso de su mano, fascinada y a la vez consternada por el hormigueo que experimentó en el brazo y la espalda. Luego retiró la mano. El alzó la cabeza y por un momento la miró ceñudo, pero luego sonrió irónico. Se volvió sobre sus talones y se alejó.

Beth entró en la habitación, cerró la puerta y se apoyó en ella, estremecida. Cerró los ojos y gimió desalentada al sentir que las mejillas le ardían. Oh, Dios, se había puesto en ridículo al reaccionar de esa manera, Debía recordar que no se encontraba en Australia y que tal vez en Marruecos un beso en la mano era de lo más común. Sin embargo, su falta de experiencia no explicaba satisfactoriamente su reacción física al contacto de su anfitrión.

¿No era entonces tan inmune a él como pensaba?

No... eso no era posible. Era una tonta sin mucho roce social y se alteraba por un gesto que no significaba nada para un hombre como Uzziah. Por lo visto a él le agradaba representar el papel de un caballero. Al menos no se mostró ofendido por la absurda conducta de ella. Había sonreído, ¿o no? Sí, pero luego frunció el ceño. Durante la cena ella trataría de recuperar el terreno perdido, pues Uzziah no vería con buenos ojos que una invitada suya lo desdeñara. Primero fueron sus murales y ahora sus modales.

La joven suspiró, pensando que su visita estaba resultando más complicada de lo que sospechó. Mas cuando al fin abrió los ojos, olvidó sus inquietudes al contemplar la habitación y su sorprendente decoración. No era de estilo marroquí, sino totalmente victoriana, con una cama de cuatro postes, pesados muebles de roble, lámparas de bronce y una alfombra persa de diseño floral sobre el suelo de **parquet.** En el extremo más alejado había una acogedora salita con dos pequeños sofás de brocado, y entre ellos una mesita, un escritorio junto al muro y un librero lleno de ediciones forradas de piel.

Beth se apartó de la puerta y recorrió la encantadora habitación, y luego quiso ver qué había detrás de las dos puertas frente a ella. Una daba a un amplio guardarropa, donde ya estaba colgada su indumentaria; la otra protegía un anticuado baño victoriano, aunque ella sospechó que la plomería era moderna. Era obvio que

Uzziah se había esmerado en la decoración y Beth infirió que esa era la habitación que ocupaba su madre cuando iba de visita. Era lo que correspondía a una dama inglesa.
La joven frunció el ceño. Le resultaba difícil imaginar a Uzziah con una dama inglesa como madre, y sin embargo, no tenía ningún problema para verlo como el hijo de un jeque árabe. Aún así, debía reconocer que si ignoraba su ropa y su peinado tan fuera de lo común, su voz y sus refinados modales correspondían a los de un distinguido caballero inglés, vestido con un traje a rayas en su oficina en Fleet Street, con una casa de campo y unos caballos de polo en sus establos. Tal vez se dejaba llevar por sus prejuicios al creer que era un bárbaro sólo por su forma de vestir y su apariencia.
Fue hasta mucho después, cuando descansaba recostada en la amplia cama, que recordó a Aisha y de inmediato se tensó. ¡Si en ese momento Uzziah le estaba haciendo el amor a esa jovencita en sus habitaciones privadas, entonces sí era un completo bárbaro!
¿Lo **es**?—, preguntó la voz de la lógica. ¿En qué forma esa conducta era diferente de la de los nobles ingleses que se acostaban con sus doncellas? O para el caso, ¿en qué era diferente de la de Vernon? Vernon, que usaba el poder de su riqueza y su atractivo para seducir a todas las mujeres que le interesaban, sin amarlas y eludiendo cualquier compromiso.
Bien, decidió Beth, magnánima. Tal vez Uzziah no era un bárbaro. ¡No obstante, era otro Vernon, lo que resultaba casi tan malo! "Ya basta", la reprendió la irritante vocecita. "No estás segura de que Uzziah haya querido ver a esa chica por razones sexuales. Tal vez sólo quería discutir con ella algún asunto relacionado con su trabajo —. Luego rió desdeñosa. "¡Vamos, Beth! ¿Cómo puedes ser tan ingenua?"
Pero jamás sabría la verdad. Difícilmente podía inclinarse hacia él a la hora de la cena y comentar: "A propósito, Uzziah, ¿pasaste un buen rato con Aisha? ¿Es buena en la cama? Mejor que yo, te lo aseguro".
Rió irónica. Se alegraba de no ser miembro de la servidumbre en ese lugar. No podría conservar mucho tiempo su empleo si las habilidades sexuales formaban parte de las obligaciones. Volvió a sonreír al imaginarse en el lugar de Aisha, obedeciendo con humildad las órdenes de Uzziah de que se quitara la ropa y se reuniera con él en la cama. No creía que él se lo pidiera más de una vez. Vernon no lo hizo.
"Simplemente no estás hecha del material de una cortesana,

querida", señaló con rudeza. "Será mejor que te dediques a lo que sabes hacer mejor: montar a caballo".
Con un bostezo, Beth se acurrucó y se cubrió con el edredón. Sería mejor que tratara de descansar un poco pues no quería quedarse dormida a la hora de la cena. "¡Te agrade o no Uzziah, será mejor que sonrías en su presencia! " De lo contrario, regresarás a casa antes de lo previsto".

Beth despertó sobresaltada. ¿Oyó que una puerta se cerraba? ¿Su puerta?
Se irguió, bajó los pies y los apoyó en el suelo. Luego tomó su bata de felpa de color de rosa y se dirigió a toda prisa a abrir la puerta para asomarse al largo corredor. Estaba desierto. En el extremo más alejado se hallaban las puertas dobles de las habitaciones privadas de Uzziah. Beth se preguntaba si Aisha estaría allí, en ese momento la puerta se abrió y la chica salió, cerró la puerta sin hacer ruido y luego se volvió, apoyando la espalda contra ella.
Lo que hizo en seguida asombró a Beth: se cubrió el pecho con las manos y cerró los ojos en una actitud de sensual abandono. Se quedó así durante varios segundos, antes de lanzar una exclamación de deleite y echar a correr.
Beth retrocedió, sintiendo que el corazón le latía apresurado. ¡Vaya! Ahora no podía dudar de lo que acababa de suceder en las habitaciones privadas de Uzziah. Y por lo visto, Aisha lo había disfrutado. Beth jamás había visto una exhibición tan franca de placer sexual. ¡Vamos, esa jovencita no tenía vergüenza, orgullo ni moral! Sólo era una... una...
Tratando de encontrar una palabra apropiada, Beth cerró la puerta con violencia. Giró sobre sus talones, cruzó la habitación y se dirigió al baño, donde contempló en el espejo su rostro ruborizado y colérico. Eso la hizo detenerse. ¿Por qué estaba tan agitada por lo que acababa de ver? Si Aisha estaba dispuesta a irse a la cama con su jefe... ¿y quién podía dudarlo después de lo que acababa de ver?... eso no debía molestarla.
¿No estaría celosa de esa joven? Ceñuda, contempló su imagen. Tal vez, decidió con honestidad. Sólo tal vez... No era posible que deseara a Uzziah. ¿Cómo podía desear a algún hombre, si el sexo le parecía tan tedioso?
Sin embargo, era evidente que a Aisha no le sucedía lo mismo. Esa chica disfrutaba del sexo, de su cuerpo de mujer.
Beth siempre reconoció que quizás ella fue la culpable de no encontrar ningún placer con Vernon, pero nunca lo comprendió con

tanta intensidad como hacía un momento. Ya no podía engañarse diciéndose que las demás mujeres exageraban cuando hablaban del placer que experimentaban al hacer el amor. Ya no podía hacerlo.
Hizo una mueca ante su imagen. "En realidad eres una mujer frígida, Beth Carney. ¡Esa es la verdad y tendrás que aprender a vivir con ella! "
Aún contemplaba el rostro de expresión desdichada en el espejo, cuando alguien llamó con suavidad a la puerta de su habitación.

CAPITULO 5

BETH consultó su reloj. Eran las siete y la cena no se serviría sino hasta las ocho; era extraño que fueran a buscarla. Se anudó el cinturón de la bata y fue a abrir la puerta. Era Aisha, sosteniendo en una mano una cámara Polaroid y varias prendas de vestir en la otra. Al verla, hizo una breve reverencia.
—Siddi Uzziah... me pidió que le trajera esto, **mademoiselle** —declaró y le entregó la cámara, que Beth aceptó.
—Gracias—dijo un tanto rígida, pero trató de controlar el irrazonable resentimiento que aún experimentaba hacia esa jovencita, que era más mujer de lo que ella sería jamás. Logró sonreír con frialdad y estaba a punto de cerrar la puerta cuando Aisha volvió a hablar.
—Pero, **mademoiselle...** esto también es para usted —le indicó y un gesto de preocupación apareció en su encantador rostro cuando le tendió los tres ganchos con ropa que llevaba colgados de un brazo.
Beth se quedó mirando las prendas. La primera era un caftán largo de seda color esmeralda, con hilos plateados y bordado alrededor del escote, en las mangas y en el borde. Las otras dos eran similares, una en color negro y la otra dorada, ambas con los mismos hilos plateados.
—Para que las use a la hora de la cena, **mademoiselle** —le explicó la marroquí— Es la costumbre aquí.
Beth se sintió frustrada. ¿Tendría que soportar las **costumbres** de Uzziah durante todo el fin de semana? "Haz lo que él te pide, pequeña cobarde", le indicó la voz del sentido común. "¡No tienes nada que perder y sí mucho que ganar!"
—Bien —suspiro y aceptó la ropa, pensando que tal vez se vería ridícula con esa ropa. ¡Con seguridad no esperarían que se pusiera los tres vestidos al mismo tiempo! Moviendo la cabeza, estaba a punto de encerrarse por segunda vez en su habitación cuando Aisha

la detuvo.
—Mademoiselle… yo… también debo entrar para ayudarla a bañarse y vestirse. Sidi Uzziah se molestará conmigo si no lo hago.
La ansiedad y la súplica en su rostro borraron el resentimiento de Beth. Además, era difícil no sentir agrado por esa chica dulce con ojos de cierva, sin importar la forma en que pasaba sus tardes.
—Bien, no queremos disgustarlo, ¿verdad? —sonrió apesadumbrada y Aisha dejó ver una sonrisa de alivio—. Pero deja de llamarme **mademoiselle. Si** yo puedo llamarte Aisha, entonces tú me llamarás Beth, ¿de acuerdo?
—Beth —repitió la joven, insegura— Es un nombre muy bonito.
—También lo es el de Aisha. Y tú eres muy bella.
La chica se sonrojó y se llevó una mano al oscuro cabello.
—Non, soy demasiado menuda y morena. Me gustaría ser rubia y alta… como tú.
Ahora Beth rió. ¿Acaso las mujeres nunca estaban satisfechas con su apariencia? ¿Cómo era posible que esa deliciosa criatura quisiera ser diferente? Vaya, era todo lo que Beth imaginaba que debería ser una mujer. Menuda y agraciada y al mismo tiempo voluptuosa y sensual. Pero era grato saber que Aisha no creía ser perfecta. Eso hacía a Beth sentirse mejor consigo misma.
—Y a **mí** me gustaría ser menuda y morena —confesó con una sonrisa divertida—. Pero somos como somos¡ Aisha, y nada cambiará eso. Vamos, entra y dime, ¿cuál de estas hermosas prendas crees que me quedará mejor?
—Oh, mademoiselle —exclamó la chica, olvidándose de llamarla Beth—. No hay… ¿cómo dicen ustedes… duda? ¡El dorado… le quedará **très magnifique!** —y le lanzó un beso con la mano en un típico alarde francés.
Très magnifique —volvió a exclamar Aisha cincuenta minutos después .
Beth no creía que fuera para tanto, pero debía reconocer que se veía mejor de lo que pensaba. El color dorado hacia juego con su cabello y, aunque nada podía disimular su estatura, el largo y volátil vestido le daba a su atlético cuerpo un aire de suave femineidad del que por lo común carecía. Extendió los brazos, admirando la forma en que brillaban los hilos plateados. Nunca antes había usado un caftán, pero era una prenda muy cómoda; las amplias mangas y las líneas fluidas le daban a su cuerpo gran libertad de movimiento. Por fortuna no permitía ver si llevaba o no ropa interior, lo que anuló el argumento de Aisha de que el sostén y las bragas producirían unas líneas desagradables debajo de la seda.

La boca de Beth se curvó en una sonrisa irónica al recordar los intentos de Aisha para que se quitara la ropa interior. Pero la afirmación de la jovencita de que allí "no se acostumbraba" que una mujer usara esas prendas debajo de un caftán cayó en oídos sordos. ¡Beth nunca había prescindido del, sostén, y mucho menos de las bragas, y no iba a hacerlo ahora!
La marroquí hizo un puchero de desaprobación cuando Beth cubrió su cuerpo recién bañado con las bragas y uno de los sostenes deportivos que siempre usaba. Pero la australiana no estaba dispuesta a ceder más, y Uzziah jamás se enteraría. No le alzaría el caftán para ver si llevaba algo debajo, ¿o sí?
Sin embargo, cedió permitiendo que la chica le cepillara el largo cabello y la maquillara. Al principio se sorprendió ante la cantidad de maquillaje que Aisha le aplicó, mas cuando estaba a punto de protestar, recordó las palabras prudentes de Omar. "Cuando estés en Roma...
No obstante, había algo que empezaba a inquietarla.
—¿Qué me dices de los zapatos? —preguntó al fin contemplando sus pies descalzos— ¿O aquí se acostumbra andar sin calzado?
Aisha movió las manos en señal de negación. Salió a toda prisa del baño, cruzó la habitación y se dirigió al guardarropa, de donde salió con un par de sandalias plateadas sin talón, lo bastante grandes para los pies no tan menudos de Beth. Mientras ésta se las ponía, pensó que si eran de la madre de Uzziah, la mujer no era más menuda que ella.
—¡Me ajustan a la perfección! —anunció.
—Sidi Uzziah se sentirá muy complacido con **mademoiselle** —Aisha sonrió.
Beth se preguntó, preocupada por un segundo, si Uzziah creería que se había engalanado para él. Odiaba imaginar que al verla reaccionaría como lo hizo Vernon aquella noche en el baile. El fin de semana terminaría de una manera desastrosa si él se propasaba; tal vez Beth quería un caballo, pero no se rebajaría tanto por conseguirlo.
Sin embargo, sólo tenía que ver a Aisha para descartar la posibilidad de que Uzziah se propasara con ella. La jovencita era muy atractiva y sensual. ¡Ningún hombre buscaría algo más después de pasar unas horas con **ella,** de eso estaba segura! Lo que desconcertaba a Beth era que Aisha no parecía celosa, ¿No le importaría que otra mujer fuera a cenar con su amante? ¿O confiaba tanto en sus poderes femeninos que sabía que Uzziah jamás buscaría nada en otra parte?

Sí, reconoció Beth, sin duda era eso. Además, ella no era una competencia real. Incluso engalanada como estaba, no era un regalo de Dios para los hombres. Sus irónicos pensamientos fueron interrumpidos por alguien que llamaba a su puerta y alzó las cejas al escuchar los golpes impacientes. Si era alguien que llegaba para guiarla al comedor, quería asegurarse de que ella oyera los golpes. Sólo al ver la expresión confundida de Aisha comprendió que algo anormal sucedía. Decidida a averiguarlo, cruzó la habitación con pasos rápidos y abrió la puerta.
Uzziah estaba de pie allí, metiendo la misma camisa negra que usó el día anterior, en la pretina del mismo pantalón de montar. Sus movimientos atrajeron la mirada de Beth hacia la impresionante mitad inferior de su cuerpo y, horrorizada, ella sintió que se ruborizaba. Alzó la vista y sus ojos se detuvieron en el rostro de su anfitrión, quien fruncía el ceño.
—Lo lamento, mi querida Beth, pero no podré cenar contigo. Surgió algo urgente en los establos que requiere mi atención inmediata.
—¿Algo urgente en los establos? —Beth se sintió aliviada al poder concentrar su atención en algo que no fuera el formidable físico del hombre—. ¿Qué sucedió? ¿Puedo ayudar en alguna forma?
Uzziah sonrió irónico cuando recorrió el caftán dorado con una mirada centelleante.
—No creo que no —convino ella cortante, aún más sonrojada bajo la mirada burlona de él. Jamás se había sentido más molesta consigo misma, y además, estaba decepcionada porque él no le dirigió el menor cumplido.
—Debo irme. Aisha —llamó al ver a la joven en el fondo—, tráele a **mademoiselle** una bandeja a su habitación y sírvele lo que desee. Me disculpo de nuevo, Beth.
—No te preocupes por mi —respondió ella a toda prisa— Estaré bien.
El se inclinó ligeramente y sonrió.
—Entonces te veré a las siete de la mañana, para ir a cabalgar. Supongo que aún deseas acompañarme.
—No me lo perdería por nada del mundo —replicó ella, sincera.
—Bien —volvió a sonreír irónico —giró sobre sus talones y se alejó.
Beth se quedó mirándolo unos segundos, perturbada por esa sonrisa de despedida; "fue irónica", pensó, como si ella hubiese dicho algo divertido. Se encogió de hombros y luego se volvió hacia Aisha, que parecía abatida.
—Oh, **mademoiselle...** ¡es una lástima! Tantas molestias para nada.
—Así es la vida, Aisha —filosofó Beth, sintiéndose decepcionada

por algún motivo inexplicable. Debería alegrarse de no tener que soportar más de lo necesario la perturbadora compañía de Uzziah. Vamos, él ni siquiera tuvo la amabilidad de decirle que le quedaba bien el caftán. ¡El típico macho egoísta!
Le dirigió a Aisha una mirada compasiva. Pobrecita, verse obligada a soportar a ese hombre. No obstante tal vez estaba enamorada de él, y en ese caso era todavía más digna de compasión. Enamorada... ¡vaya una palabra detestable!
Beth movió la cabeza desconcertada al ver el trato que soportaban algunas mujeres en busca de eso que llaman amor. Tal— vez Aisha pensaba que Uzziah se enamoraría de ella sí dormía con él; quizás incluso esperaba que su amo se casara con ella. La experiencia le enseñó a Beth que eso jamás sucedería. Conocía muy bien a los Vernon de este mundo y definitivamente Uzziah era uno de ellos, sólo que vestido de una forma diferente. Pero ella no podía esperar que Aisha escuchara sus consejos. La jovencita pertenecía a un mundo y a una cultura diferente, donde los hombres mandaban y enseñaban a las mujeres a pensar que sólo existían para servirlos y complacerlos.
"¿Y tú crees que la sociedad australiana es diferente?", se preguntó Beth, cínica. ¿O que los hombres australianos son diferentes?
—Vamos, Aisha —suspiró— Será mejor que me ayudes a quitarme esto.
—Oui, mademoiselle —respondió la chica y se acercó apresurada.
—¡Vamos! ¿No te pedí que me llamaras Beth?
El ceño fruncido de Aisha era casi tan encantador como sus sonrisas. Beth comprendía que Uzziah se sintiera atraído hacia ella. ¿Pero eso le concedía el derecho de usarla de una manera tan desvergonzada? Le gustaría decirle lo que pensaba de él y era una lástima que jamás iba a tener esa oportunidad.
—Oui —convino Aisha— Pero si Sidi Uzziah me oye, tal vez no le agrade.
—¡Oh, al diablo con Sidi Uzziah! —exclamó Beth y empezó a desnudarse.

Cuando oyó un llamado a su puerta unos minutos después de las: siete de la mañana, Beth ya estaba lista; a decir verdad, lo estaba desde hacía algún tiempo. Pero al caminar hacia la puerta, se sorprendió pues sus sentimientos de excitada anticipación se habían convertido en una rara tensión. Le extrañó esa repentina opresión en su pecho. ¿Estaría nerviosa pensando que, iba a cabalgar en compañía de Uzziah?

Pero pronto se olvidó de su nerviosismo al abrir la puerta y ver la ropa que su anfitrión usaba esta vez. Debía de ser su disfraz de bucanero, decidió ella, mordaz, cuando superó la sorpresa inicial. El vestía un ajustado pantalón de montar hecho de suave piel, una camisa de manga larga de seda blanca y un ancho cinturón de cuero con una hebilla de plata. ¡Todo lo que necesitaba era un machete colgando a un lado, o un parche en un ojo, y podría pasar por el Capitán Sangre!
Ese hombre era un exhibicionista incorregible, pero aun así ella debía reconocer que se veía bien con esa ropa exótica, sin parecer cohibido.
—Buenos días —saludó él, revisándola con la mirada; desde el cabello sujeto en un moño y el rostro sin maquillar, pasando por la blusa— roja y gris y el desteñido pantalón de mezclilla, hasta las botas de montar.
No hizo ningún comentario, aunque ella tuvo la impresión de que estaba ligeramente desconcertado. ¿Qué esperaba? ¿Que fuera a montar a caballo maquillada y con el cabello suelto? Beth supuso que estaba acostumbrado a que las mujeres trataran de mostrarse atractivas para él, incluso a las siete de la mañana, ¡pero ella no era una de esas mujeres!
—Buenos días —murmuró con una sonrisa rígida.
El no pareció percatarse de nada y su sonrisa dejó ver unos dientes tan blancos como su camisa. Sus ojos brillaban.
—Confió en que Aisha te atendió bien anoche.
Beth apartó la mirada, consciente de la opresión en su pecho.
—Sí, gracias —respondió, tratando de parecer natural. Pero en su interior experimentaba una extraña inquietud.
—¿No te aburriste demasiado?
—No. Leí uno de tus fascinantes libros.
—Ah, sí... —miró por encima del hombro de ella hacía el librero, Los hice traer para mi madre. Yo no soy muy aficionado a la lectura; prefiero las actividades físicas.
Ella estaba segura de que no lo dijo con doble intención, sin embargo, por su mente cruzaron algunas imágenes muy claras de las actividades físicas a las que él se entregaba. Se ruborizó y se dio la vuelta para cerrar la puerta. Cuando se volvió de nuevo hacia él, había recuperado la compostura, pero su confusión interna iba en aumento. ¿Qué me sucede?, se preguntó desconcertada. "No acostumbro albergar esta clase de pensamientos tan eróticos".
—Estoy lista, declaró con una sonrisa de disimulo.
—Entonces, sígueme.

La guió por un laberinto de corredores y una escalera de caracol que terminaba frente a una pesada puerta. El grueso pestillo de hierro cedió con cierta renuencia y la puerta crujió al abrirse, revelando un angosto sendero adoquinado que se extendía entre dos altos muros encalados. El cielo estaba despejado y el aire era fresco. Cuando Beth salió, sintió un leve estremecimiento, tal vez de frío, pero sospechaba que más bien era un síntoma de la tensión que la embargaba desde que abrió la puerta de su habitación. Y no lo ayudó el hecho de que Uzziah guardó un silencio inquietante durante su recorrido a través del castillo. Ella decidió hacer algo para mitigar esa sensación.
—Todo resultó bien anoche? —preguntó con tono tranquilo mientras caminaban, pero su tensión aumentó cuando él tardó mucho en contestar.
—Si te refieres a la yegua y el potrillo —dijo él al fin— sí... después de algún tiempo. Pero fue un parto difícil.
Beth trató de controlar su creciente irritación. Por supuesto que se refería a la yegua y su cría. ¿Qué pensaba él?
—¿Dices que fue un potrillo?
—Así es.
—Ah... son mis preferidos.
—¿Es cierto eso? Yo prefiero las potrancas.
Ella le dirigió una mirada aguda. ¿Trataba de bromear o de flirtear con ella?
—Sólo puedo usar un número limitado de garañones de la misma sangre le explicó él y Beth suspiró aliviada— Lo que significa que debo vender algunos. Detesto deshacerme de mis amados caballos árabes, mas, por supuesto, debo hacerlo.
—Pero un establo se mantiene vendiendo los caballos que cría —Observó ella, sensata, antes de recordar que Uzziah no necesitaba ganar dinero vendiendo sus caballos. Sus riquezas eran abundantes.
—Eso es muy cierto, por supuesto, pero aun así, odio venderlos.
—¿Odiaste vender el potro que monté el otro día?
—¡Ese demonio! —exclamó él, desdeñoso— Con gusto lo habría regalado.
Beth sofocó un jadeo de sorpresa. **¿Regalar** esa magnífica bestia? Se detuvo y se le quedó mirando.
—¿Pero por qué? Ese potro es el mejor saltador de obstáculos que jamás he visto.
—No es árabe puro —informó Uzziah— Aquí yo sólo crío caballos árabes pura sangre.
—¿De veras? Pero yo pensé... esperaba que... —confundida, se

encogió de hombros— ¿Cómo criaste entonces ese caballo?
En el rostro de Uzziah apareció una expresión de disgusto.
—Es una larga historia y no me agrada, en especial a primera hora de la mañana. Vamos, quiero ver al potrillo del que hablábamos, antes de salir a cabalgar. ¿No te importa una pequeña demora?
—Por supuesto que no.
—Entonces sígueme, es por aquí.
Beth lo siguió cuando él empezó a andar. Apresuró el paso y casi lo había alcanzado cuando de pronto terminaron los altos muros y se encontraron en la ladera de una colina que descendía hacia un fértil valle. El sendero ahora estaba cubierto de hierba y había una serie de patios rodeados de vallas blancas a los lados. En cada uno había una esbelta yegua árabe, gris o baya, la mayoría con sus potrillos y algunas todavía preñadas.
La joven se volvió para mirar por encima del hombro el castillo. Desde la parte baja se veía enorme, "vía más formidable que desde el mar.
—¿Sucede algo malo? —le preguntó Uzziah, volviéndose a mirarla.
—No, sólo admiraba tu increíble hogar. Omar me contó algo de su historia. Es extraordinaria, ¿no te parece?
—Sí, y también muy privado; tanto como es posible en estos tiempos. ¿Ves esas montañas allá, en la distancia? Forman un lindero natural en forma de herradura alrededor de mis dominios. No hay ninguna carretera o paso que las atreviese así que este lugar sólo es accesible por aire o por mar.
Beth contempló admirada las montañas. ¿El poseía todo eso? ¡Era increíble! Sabía que era un hombre rico, pero le resultaba difícil comprender esa clase de riqueza.
—Por aquí —le indicó él, dando vuelta hacia la derecha, en dirección de una construcción semejante a un establo en la falda de la colina.
Había varias estructuras del mismo estilo en las verdes laderas de las colinas y una serie interminable de corrales con caballos. Beth habría dado cualquier cosa por uno de ellos.
—Hemos llegado —le informó Uzziah y se hizo a un lado para dejarla entrar al establo.
La yegua y el portillo estaban en la tercera casilla a la izquierda.
—¡Oh, es un encanto! —exclamó Beth al ver al potrillo recién nacido recostado sobre la paja y a su madre tratando de ayudarlo a levantarse.
Uzziah se metió para ayudarla, hasta que el potrillo empezó a mamar.

—Vamos, amiguito —él le habló en voz baja al animalito, sosteniéndolo con suavidad—. Sí, así se hace... eres un buen chico...
La joven se conmovió al ver esa escena. Uzziah era tan tierno con el potrillo, tan... cariñoso. No era lo que esperaba de él.
Vernon siempre era duro con sus caballos, igual que muchos de los hombres que ella conocía, pero por lo visto Uzziah era diferente, al menos con sus caballos. No podía decir lo mismo de su forma de tratar a las mujeres, pues en ese aspecto era igual que todos los hombres.
—Estará bien —declaró él cuando salieron del establo cinco minutos después.
—Es muy hermoso.
—Lástima que sea un potro.
—Puedes dármelo si no lo quieres —bromeó Beth y Uzziah rió.
—Es demasiado pequeño para que puedas montarlo. Creo que Flashy será más adecuado.
—¿Flashy? —repitió ella.
—La madre del potro negro, la yegua que vas a montar ahora. Esa...
Beth retuvo el aliento al ver a la yegua negra que en ese momento sacaban de otro establo a menos de cincuenta pasos sendero abajo. Era muy parecida a su hijo, con la misma piel satinada, y se movía en forma semejante danzando y corveteando; pero también era diferente. Era decididamente un animal nacido para correr, con patas más largas y elegantes y una expresión en los ojos que revelaba su deseo de ganar, de ser le mejor.
—¡Es la yegua más bella que jamás he visto! —exclamó la joven.
—Y tal vez la más veloz —comentó Uzziah con tono seco—. Ha batido récords en varias pistas de carreras en Inglaterra y Francia, en especial en las carreras de una milla.
—¿Así de buena es? ¿Cuál es su nombre en las competiciones?
—Tormenta.
—Muy apropiado. ¿Puede saltar? —preguntó ella, ansiosa.
—Muy bien, **desafortunadamente.** Tiene la costumbre de patear y morder, así que mantente alejada de sus extremidades.
Beth le dirigió una mirada de sorpresa.
—¿Y tú la elegiste para que yo la monte?
—Quiero ver si puedes controlar a la madre tan bien como al hijo —respondió él con una sonrisa desafiante—. ¿Estás dispuesta a intentarlo?
—Sólo obsérvame —indicó ella, alzando la barbilla con un gesto de reto.
—Oh, lo haré, querida —la sonrisa de él se hizo más amplia—.

Créeme… lo haré.

CAPITULO 6

BETH se sentía muy excitada cuando detuvo a la briosa yegua negra en la cima de la colina y se volvió a mirar a Uzziah, que apenas llegaba a la base de la pendiente en su robusto caballo castrado color gris. Aunque era obvio que era un jinete hábil, su caballo no pudo mantenerse a la par con Flashy durante su galope a través de las suave planicie cubierta de hierba que se extendía desde los establos hasta las distantes montañas nevadas.

La joven aspiro varias bocanadas de aire y pensó que no había un placer mayor que montar un caballo veloz, una experiencia que la hacía sentir una descarga de adrenalina.

—No sé quién está más loca de las dos —declaró Uzziah con una mueca burlona cuando al fin la alcanzó— ¡Tú o esa yegua!

—Flashy no está loca —objetó Beth—. Sólo es un animal rebosante de energía. ¿No es cierto, encanto? —murmuró, inclinándose hacia delante para darle unas palmadas en el reluciente cuello.

La yegua relinchó impaciente, como si resintiera la inmovilidad; aunque en realidad no estaba quieta, pues no dejaba de mover las patas traseras y su grupa golpeaba sin cesar la del caballo de Uzziah.

—¿Qué me dices de ti? —prosiguió él, alejando un poco a su caballo para que no resultara lastimado—. ¿Estás loca?

—Sólo por los caballos.

—¿Por ellos nada más? —indagó él, alzando una ceja.

—No que yo recuerde. A menos que cuentes los malvaviscos. Hubo una época en que casi eran mi único alimento —para no mencionar otras golosinas, pensó apesadumbrada. ¡Pero esos tiempos ya habían pasado!

El echó la cabeza atrás y rió.

—Eres una delicia, Beth Carney de Australia. Una verdadera delicia.

Beth se sorprendió al escuchar el inesperado cumplido.

—Dime —continuó él, aún sonriendo—. ¿Qué piensas de mi **domaino**?

—Es algo fuera de este mundo —respondió ella, incapaz de encontrar las palabras apropiadas.

—Eso espero; fue mi idea al comprarlo. ¿Sabes? Somos relativamente autosuficientes. Cultivamos la mayor parte de nuestros alimentos.

—Sí, vi muchos campos cultivados al pasar.

—También tenemos un extenso huerto y un viñedo. Incluso elaboramos nuestro propio vino. Por supuesto, hay ciertas cosas que

no es posible cultivar, pero nos esforzamos al máximo.
Ella se sorprendió al descubrir que le agradaba saber que Uzziah no permanecía ocioso, representando el papel de hijo de un hombre rico.
—Por lo visto, trabajan mucho —comentó pensativa.
—Así es. Pero ya basta de charla seria. Te desafío a una carrera hasta lo alto de esa colina —expresó de pronto, lanzándose a todo galope antes que Beth colocara siquiera su yegua en la dirección a la persecución, demostrando lo que era y para lo que se había criado: Para correr.
Pero Uzziah les llevaba una buena ventaja y no fue sino hasta que iban a la mitad de la colina cuando Beth lo rebasó, lanzando un grito de triunfo. El galope fue casi tan estimulante como la experiencia de saltar el imponente muro; el otro día. Pero infinitamente más agotador, tanto para la yegua como para su jinete. Beth desmontó tan pronto como detuvo al animal en la cima de la colina, deslizándose al suelo con las piernas temblorosas y jadeando para recobrar el aliento.
Uzziah llegó unos segundos después.
—Pudiste dejarme ganar —le reprochó, sonriendo irónico al detener a su cansado caballo.
Ella sonrió a su vez, con las mejillas aún sonrojadas y con mirada chispeante.
—Lo siento —declaró, nada arrepentida— No pude resistir la tentación de ganarte.
Uzziah la miró un momento antes de deslizar una pierna sobre la silla y desmontar, tan cerca de ella que casi la hizo tambalearse. Beth alzó la barbilla para mirarlo a la cara y sus miradas se encontraron, como atraídas por una fuerza magnética.
—Tampoco yo puedo seguir resistiendo la tentación —señaló él con voz ronca—. Tampoco soy capaz...
Beth se quedó tan sorprendida por la siguiente acción de él, que permitió que todo sucediera sin protestar siquiera. Uzziah deslizó los brazos alrededor de su cintura, estrechándola con fuerza, y se apoderó de su boca en un beso pleno de intensa pasión. Si se percató de la sorprendida sumisión de ella, no hizo ninguna concesión. O tal vez estaba acostumbrado a que las mujeres cedieran y le permitieran imponer su voluntad. Ella no tenía la menor idea acerca de **nada. Su** cerebro y su fuerza de voluntad de pronto le parecieron inútiles, mientras su cuerpo se abandonaba en una forma que normalmente la habría consternado.
El hundió los dedos en su cabello, tirando de las horquillas para

dejarlas caer sobre sus hombros. Luego le enmarcó el rostro entre sus poderosas, manos, mientras seguía besándola apasionadamente.
Poco a poco, ella se percató de que ya no era un helado recipiente del deseo masculino. El corazón le latía alocado y un intenso calor la invadió. Se sentía arder y sin aliento. Y totalmente cautivada. La idea de que estaba respondiendo a los besos de Uzziah con entusiasmo y pasión era tan perturbadora que Beth la rechazó de inmediato. Era una reacción a sus halagos, decidió aturdirla. Se sentía halagada al ver que Uzziah **deseaba** besarla, que la encontraba deseable.

Una vez se había dejado engañar por eso. Con Vernon. Indignada, retrocedió y miró colérica el sorprendido rostro masculino,
—¿Qué diablos crees que estás **haciendo?** —estalló furiosa al ver que temblaba sin poder controlarse.
—¿Haciendo? —repitió él desconcertado, con una expresión de franca extrañeza tanto por la actitud de ella como por su tono acusador.
Ella se ruborizó, consciente de que había permitido que los besos se prolongaran demasiado para fingir ahora que era una víctima inocente. Aun así no tenía intención de perder el terreno después de haber aclarado su posición.
—Tú... no tenías derecho a besarme de esa manera, No estoy dispuesta a soportarlo, ¿me entiendes?
El alzó las cejas y se cruzó de brazos, pero su mirada no era de cólera, sino más bien de irónica diversión.
—Vamos —respondió despacio—, ¿no crees que este juego ya se ha prolongado demasiado?
—Juego? —preguntó ella desconcertada—. ¿Cuál juego?
Ahora Uzziah si pareció molesto y en sus ojos brilló un destelló de exasperación.
—Ya basta, querida... deja de actuar. Eso ha dejado de divertirme.
Cuando descruzó los brazos y trató de abrazarla de nuevo, Beth se defendió y lo abofeteó con una fuerza que sólo la furia podía producir. El se puso rígido y por primera vez en su vida la joven experimentó verdadero temor.
—Yo... lo lamento —exclamó sofocada, sintiendo una opresión en el pecho, tan atemorizante como el hombre que la miraba colérico. Aspiró una bocanada de aire y alzó una mano para frotarse la enrojecida mejilla.
—¿Lo lamentas? Lo dudo, querida.
—Es cierto —gimió ella al ver que su sueño de que ese hombre le

vendiera o le obsequiara uno de sus caballos se desintegraba delante de sus ojos—. De veras lo lamento —movió la cabeza, incrédula y desesperada.
Jamás comprendería al sexo masculino, aunque viviera cien años. ¿Por qué él lo arruinó todo al besarla? ¿Y por qué pensaba que ella estaba jugando con él? Todo era muy confuso.
—Entonces dime —exigió él, brusco—. ¿Por **qué** aceptaste la invitación de Omar de venir aquí, si no tenías intención de acostarte conmigo? Una mujer no acepta pasar un fin de semana con un hombre de mi reputación pensando que él sólo quiere salir a montar a caballo con ella y cenar en su compañía.
Beth abrió la boca y volvió a cerrarla después de recuperarse de la sorpresa que le causaron las palabras de él. Sin embargo, en cierta forma todo tenía sentido. ¿No se lo advirtió **monsieur** Renault? Pero ella no quiso escucharlo, porque estaba segura de que un hombre como Uzziah jamás la deseada sexualmente. Pero **él** sí la deseaba, por lo visto desde el principio. El beso no fue un impulso del momento; todo el tiempo tuvo él la intención de hacerle el amor.
La joven sintió la boca reseca y lo recorrió con la mirada, lo que hizo que su corazón de nuevo latiera apresurado. Era como todos decían: un hombre entre los hombres. Rico, poderoso, atractivo. Podía tener a cualquier mujer que quisiera. Sin embargo, la deseaba a ella; la misma Beth, Carney que durante sus primeros veinticinco años de vida sólo recibió de los hombres insultos, retos y burlas. Una mezcla de emociones le invadió una extraña alegría, seguida de un intenso desaliento.
"Lo estoy haciendo de nuevo", gimió en su interior. "Fui vulnerable a un halago que en realidad no fue tal cosa. Uzziah no me desea a mí, sólo busca algo diferente de sus acostumbradas parejas sexuales, una mujer alta y rubia, en vez de menuda y morena". Sintió que su corazón se helaba al comprender esa cruel verdad que desvaneció todo el placer de pensar que Uzziah la encontraba deseable. Volvió a erigir sus defensas y lo miró a la cara.
—Me parece que ambos sufrimos un malentendido —declaró con frialdad—. Yo pensé que me habías invitado como un gesto de gratitud porque hice lucir tu caballo. Acepté porque esperaba tener la oportunidad de comprar uno de tus potros a un precio reducido. Cuando tú te mostraste tan amable conmigo, pensé... esperé que... —sintió que se le cerraba la garganta y trató de controlarse—. Ahora veo que tu amabilidad sólo fue parte de tu juego —lo acusó desdeñosa—. Los dos cometimos un error de juicio: yo pensé que

eras un caballero... y tú que yo no era una dama —alzó la barbilla y lo miró desafiante— Debí confiar en mi primera impresión de ti.
—¿Cuál fue esa impresión?
—¡Qué eres un bárbaro!
Lo oyó retener el aliento, indignado, y vio que su pecho se expandía y que erguía los hombros. Pero estaba demasiado encolerizada para sentir temor de lo que él pudiera hacer.
—Deseo regresar a El Cairo —declaró—. ¿Puedo confiar en que harás los arreglos necesarios?
Durante un tiempo interminable, él no dijo nada. Sólo la miraba como si quisiera adivinarle el pensamiento o adentrarse con la mirada hasta el fondo de su alma. Esto la puso nerviosa, pero él orgullo le exigió mantenerse firme.
—Todavía no quiero que regreses a El Cairo —respondió él al fin.
Beth sintió un nudo en el estómago. ¿No pensaría retenerla ahí en contra de su voluntad? Pero él la seguía mirando con una expresión inescrutable.
—Te obsequiaré la yegua... si pasas la noche conmigo.
Beth lo miró, demasiado sorprendida para decir una palabra.
—Bien —él suspiró—, también te daré un potro árabe, pero a cambio de eso deberás quedarte dos noches —sonrió sardónico— No obtendrás una oferta mejor, en especial de un bárbaro.
—¡Tú... debes estar bromeando!
—¿Eso crees? Omar te dirá que no soy famoso por mi sentido de¡ humor.
—Pero... lo que me propones. ¡Eso se llama prostitución!
—Yo prefiero llamarlo... trueque. Tú tienes algo que yo quiero y yo tengo algo que tú quieres, así que llegamos a un acuerdo amistoso. Debes creerme, querida. Si deseara una prostituta, podría encontrar una por mucho menos de lo que te estoy ofreciendo.
—No puedo creerlo...
—¿Por qué no? Ahora que has superado tu sorpresa inicial, ¿en realidad te parece desagradable mi proposición de irte a la cama conmigo? Vamos... no eres una tímida virgen. Me atrevería a asegurar que has tenido varios amantes a lo largo de los años y que no has permanecido al lado de ninguno, de lo contrario no andarías sola por el mundo. ¿Qué te dejaron esos hombres, excepto quizá un recuerdo agradable? Está vez obtendrás unos caballos que valen casi medio millón de dólares.
Beth se sintió a la vez sorprendida y consternada, porque estaba tentada a aceptar. Y el perdedor sería él, ¿o no? Era evidente que pensaba que pasaría el fin de semana con una mujer experimentaba,

una mujer de mundo que sabría satisfacer todas sus exigencias. ¡En vez de eso, la obtendría a ella! Le fue difícil disimular su perversa diversión. El no podía saber el motivo principal por el que rechazaba su oferta. No era el aspecto moral… aunque en parte había algo de eso, sino el temor de parecer a los ojos de él como una tonta inexperta.
—Me temo que debo rechazar tu generosa oferta —respondió, cáustica.
Era difícil interpretar esa leve sonrisa enigmática que él dejaba ver en ocasiones.
—Pensé que lo harías, lo que me lleva a mi siguiente oferta. A ustedes los australianos les agradan las apuestas, ¿no es cierto?
Beth lo miró sorprendida. ¿A dónde quería llegar él ahora?
—Veo que estás intrigada, así que te hablaré de mi oferta. Te propongo una carrera a caballo… tú y yo seremos los jinetes. Tú podrás elegir primero entre todos mis caballos y yo elegiré el mío entre los restantes. La distancia será de una milla. Si ganas, obtendrás los dos caballos que antes mencioné y te llevarán de inmediato a El Cairo. Si pierdes… pasarás el resto del fin de semana conmigo, como mi amante. Te vestirás para complacerme, te mostraras atenta y bien dispuesta, no me negarás nada…
—¡Pero… eso es una locura! ¿Por qué harías tú una apuesta tan desigual? Sabes que no puedo perder si elijo a Flashy.
—Se sabe que los jinetes pueden caer del caballo —apuntó él.
—No yo.
—En ese caso, deberías aprovechar la oportunidad —replicó él, encogiéndose de hombros.
Beth frunció el ceño. Pete tenía dos máximas favoritas: no hay nada como algo seguro, o como una comida gratuita. Ella fue allí pensando que la última era cierta, sólo para descubrir que no. Ahora su anfitrión la retaba a averiguar si la primera era veraz.
Pero Pete hablaba en términos generales, empezó a razonar, cautelosa. Flashy **era** algo seguro, se dijo. Preocupada, se mordió el labio inferior. No… **siempre** había riesgo con un caballo de carreras. ¿Pero una yegua campeona contra un caballo árabe? No era una verdadera competencia y ella lo sabía. El único misterio era por qué Uzziah estaba dispuesto a hacer una apuesta tan absurda. ¿Qué podía saber que ella no supiera?
—Supongo que no piensas montar ese caballo —comentó Beth, entrecerrando los párpados con desconfianza.
—No.
Eso explicaba mucho. Con toda seguridad él tenía un garañón con

aptitudes de corredor; pero no tan rápido como una yegua cuya especialidad era la carrera de una milla, pensó la joven. Debía haber otro factor del cual ella no estaba enterada y que haría que la competencia fuese más pareja.
—Ya hice galopar dos veces a Flashy esta mañana —argumentó—. No estará tan descansada como el caballo que elijas.
—Déjala descansar. Programaremos la carrera para las tres de la tarde.
—¡Sí que estás loco! —exclamó ella, frustrada.
—¿Apuestas o no? —preguntó él, dando al fin muestras de impaciencia.
Beth titubeó. La lógica le decía que aprovechara esa oportunidad, pero la experiencia le advertía que a un hombre no le agrada perder con una mujer, en especial cuando esta acaba de insultarlo. Uzziah actuaba como un tonto, se dijo. Pero no lo era... Aún seguía meditando cuando él pareció adivinar sus dudas y las expresó en voz alta.
—Piensas que no tengo ni la más mínima posibilidad de vencerte y te preguntas cuál es la trampa, ¿no es así?
—¿No lo harías tú en mi lugar?
—Naturalmente —se acercó a ella y se detuvo con los pies separados y las manos en las caderas, con una típica arrogancia masculina. Su voz, cuando habló, fue condescendiente, casi burlona —. Digamos sólo que siempre estoy dispuesto a apostar por mi habilidad de jinete contra la de cualquier mujer.
¡Eso la convenció!
—De acuerdo —asintió—. Acepto tu apuesta.
El sonrió de inmediato Beth supo que había cometido un grave error. Uzziah había logrado distraer su atención, desafiando su orgullo femenino, y, como una tonta vanidosa, ella se dejó engañar.
—Uzziah... yo...
El rostro de él se endureció.
—Es un trato, Beth. Ahora ya no puedes retroceder. Si pierdo, pagaré mi apuesta, y tú pagaras la tuya si te gano. Ahora, creo que será mejor que regresemos a los establos. La mañana transcurrió muy rápido y no quiero que digas que tu yegua no descansó lo suficiente. Tal vez también tú deberías descansar. Tengo la premonición de que está noche te desvelarás mucho...

CAPITULO 7

¿LISTA? —preguntó Uzziah, mordaz.
Beth tragó saliva y lo miró colérica. Tuvo razón al pensar que él se

presentaría con un formidable garañón; era un magnífico bayo, un poco más grande que el caballo árabe normal, con patas largas y fuertes y unos cuartos traseros poderosos.

—Todavía no —murmuró ella.

Flashy estaba de un humor caprichoso y de nuevo giró para colocarse en dirección opuesta. Por lo menos no había sedado a la yegua, pensó la joven, furiosa, que no dudaba que Uzziah fuera capaz de eso y más. Era evidente que haría cualquier cosa para salirse con la suya; no tenía conciencia ni el menor escrúpulo.

—Concédeme un momento para colocar bien a mi yegua —pidió ella, decidida a que ese demonio no se adelantara está vez. Le causaría un gran placer que Flashy saliera a toda velocidad, y después de eso Uzziah tendría que tragarse el polvo durante el resto de la carrera. No confiaba en que él no tratara de derribarla, en especial en las dos vueltas pronunciadas en la pista, misma que había elegido para la carrera.

Era un simple camino sin pavimento que seguía la margen del río, lo bastante ancho para que los dos caballos corrieran al parejo. Uzziah había marcado una milla aproximada; trazó la línea de partida con una vara y colocó una bandera roja en un árbol para indicar la meta. Beth le advirtió que no quería espectadores. Su salida a cabalgar juntos ese día provocó algunas sonrisas de los hombres que trabajaban en los establos, de manera que la carrera tendría lugar a cierta distancia.

—Maldición —murmuró ella cuando la yegua se negó a colocarse bien. Nada le daba resultado, ni siquiera cuando tiró con fuerza de las riendas y le dio un talonazo al animal en los flancos.

—¿Algún problema? —le preguntó Uzziah, acercándose más—¿Quieres usar mi látigo?

Beth estaba apunto de responder cuando Flashy de pronto se encabritó.

—¿Qué le hiciste a mi yegua? —preguntó la joven mirándolo furiosa.

—Nada —aseguró él, alzando una ceja con un gesto sardónico—Absolutamente nada, te doy mi palabra.

—¿Tu palabra? i Vamos! ¿Cuánto puede valer?

—Será mejor que creas que vale una pequeña fortuna, que te pagaré con mis caballos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, volviéndose a mirarlo.

Uzziah se encogió de hombros despreocupado.

—Si mi palabra no vale nada, entonces no importará que ganes o pierdas querida. De cualquier forma serías mía.

—¡Tú.. . no harías eso!
—¿No? Soy un bárbaro, ¿recuerdas? Los bárbaros no siguen las reglas de la sociedad civilizada. Toman lo que quieren por la fuerza si no lo pueden obtener de otra manera.
—Si intentas algo así, te mataré —amenazó Beth, palideciendo.
—Estoy seguro de que lo intentarías —respondió él, riendo.
—Uzziah —gimió ella—. Tú no querrás decir que...
—No te preocupes —la tranquilizó él y su risa se convirtió en una mueca sardónica—. Esa situación no se presentará. Voy a ganar y después... —acercó más su caballo y se inclinó hacia ella—. Después... —repitió en un murmullo ronco— reclamaré mi premio.
Beth se quedó sin aliento, invadida por el pánico al contemplar ese rostro atractivo, cruel y arrogante. ¿Y si perdía? ¿Si sucedía lo impensable? Oh, Dios...
"Pero no vas a perder", le aseguró la voz del sentido común. "Eres tan buena para montar como él y tu yegua es más veloz que su caballo".
De pronto se desató un infierno. El caballo de Uzziah se encabritó y Beth no supo si se debía o no a que su jinete lo había instigado. Flashy reaccionó mal y también se encabritó; luego empezó a volver la —cabeza de un lado a otro, tratando de morderla. Beth se hartó. La espera en su habitación le había parecido interminable y tensó sus nervios al máximo. Y ahora tenía que soportar la actitud poco escrupulosa de Uzziah. Era evidente que trataba de alterar a la yegua y también a ella.
Decidida, entornó los párpados. El no podía saber que se desempeñaba mejor cuando se sentía acorralada, pensó, en especial por un integrante del sexo opuesto. Rechinó los dientes, controló a la rebelde yegua y la obligó a colocarse más o menos en la dirección correcta.
—¡Lista! —gritó, añadiendo de inmediato—. ¡Adelante!
Lanzó a la yegua a todo galope y Flashy obedeció, pero no con su acostumbrada energía explosiva. A Beth no le llevó mucho tiempo comprender que algo andaba mal. La yegua no estaba poniendo todo su corazón en la carrera y el garañón bayo de Uzziah la seguía muy de cerca. Era desesperante. Beth apremiaba a su cabalgadura con manos vigorosas, gritándole en la oreja con el mismo tono que usaba con un par de caballos recalcitrantes que tenía en casa y Flashy respondió de una manera similar; la ignoró por completo y siguió a su propio paso, que habría enorgullecido a un caballo cualquiera, pero no a uno de carreras acostumbrado a batir récords.
Llegaron al primer recodo, dejando atrás una estela de polvo rojo.

Flashy aun iba a la delantera, lo que preocupó a Beth. Cualquier caballo árabe digno de su nombre le habría tomado la delantera a esa velocidad, en especial uno tan grande y poderoso como el bayo de Uzziah.
Tal vez él quería esperar hasta la recta final, razonó la joven, o quizás ella iba más rápido de lo que creía. Probablemente empezaba a acostumbrarse a la velocidad de la yegua, como sucedía después de algún tiempo de conducir un soberbio automóvil. Los movimientos de Flashy eran fluidos y sus largas patas recorrían el terreno con rapidez. Beth no tuvo tiempo de seguir pensando, pues se acercaban al último recodo y la bandera roja estaba a unos doscientos metros de distancia. De pronto, la ventaja de un cuerpo que llevaba ya no fue suficiente. Por el rabillo del ojos podía ver la cabeza y la crin del garañón que se acercaba cada vez más. Sintió que la bilis le subía a la garganta ante la posibilidad de perder la carrera.
—Más rápido —siseó en las orejas de Flashy—, ¡Más **rápido!**
La bandera roja estaba cada vez más cerca. Aun iba a la delantera. ¡Iba a ganar! El júbilo hizo que el pulso de Beth latiera apresurado, pero su triunfo fue de corta vida. A unos cincuenta metros de la meta, oyó el chasquido del látigo y luego vio desesperada que Uzziah y su bayo se lanzaban hacia adelante justo para ganar por una nariz en el momento de cruzar veloces frente a la bandera roja.
Beth se sintió invadida de una variedad de emociones cuando detuvo a la yegua, pero la más poderosa era la cólera. El le había hecho algo a Flashy, lo sabía. Obligó al animal a darse vuelta y se acercó al lugar donde Uzziah trataba de controlar a su caballo. La yegua se acercó ansiosa y acarició al potro, lo que hizo que Beth al fin comprendiera lo que sucedía.
—¿Santo cielo, esta yegua está en celo! Tú... me engañaste deliberadamente —lo acusó con vehemencia— No ocultaste que era difícil controlar, pero sólo era una artimaña para distraerme a fin de que no me enterara de la verdad, ¿no es cierto? No eres más que un tipo despreciable, vil, solapado, perverso ...
—¿Y un bárbaro? —terminó él por ella.
Enfurecida por su tono burlón, ella se inclinó y le arrebató el látigo.
—¿No, un **cerdo!** —gritó y empezó a golpearlo en el pecho y los hombros.
Cuando él se apoderó del látigo y trató de quitárselo, Beth lo sujetó con fuerza. Era incapaz de razonar y su temperamento estalló con una fuerza que no sabía que poseía. Con el rostro enrojecido y la respiración agitada, lucho por la fusta como si su vida dependiera

de ello. Al fin los dos se deslizaron de la silla y cayeron al suelo, donde siguieron luchando. Beth acabó de espaldas y Uzziah a horcajadas sobre sus caderas, ella aún tenía los brazos y las manos libres y no estaba dispuesta a entregarle el látigo. Pero él era mucho más fuerte. Despacio, pero inexorable, le abrió los dedos y se lo arrebató.

—¡Bastardo ! —profirió ella con un sollozo de derrota.

—¡Eso es muy cierto! —Uzziah rió. Arrojó el látigo a un lado y la hizo voltear, sujetándola por los hombros, inclinándose sobre ella. Sólo entonces vio Beth las marcas rojas en su pecho, debajo de la camisa abierta.

Pero no se arrepentía en lo más mínimo. Lo único que lamentaba era no haberlo golpeado en la cara, para borrar esa expresión ufana.

—Permíteme levantarme —le pidió con voz trémula.

—Después de que me hayas escuchado.

Ella apretó la mandíbula, con una expresión rebelde en el rostro.

—No tengo alternativa, ¿no es cierto? —se burló, mirando furiosa las manos que la sujetaban y los muslos duros que la tenían aprisionada contra el suelo.

—Eres muy astuta. Ahora, hablemos antes que nada de tu acusación acerca de que te engañé. Permíteme recordarte que **tú** decidiste montar a Flashy. Si fueras la jinete tan maravillosa que obviamente crees ser, esta mañana debiste darte cuenta de que está en celo.

Beth no estaba dispuesta a reconocer que nunca antes había tenido nada que ver con una yegua en celo. En su escuela de equitación sólo había mansos caballos castrados e incluso Vernon sólo compraba potros y caballos castrados y jamás se interesó en la cría de equinos. Su método era esperar hasta que su caballo demostrará su habilidad para saltar y entonces lo compraba, para venderlo si se lesionaba o no daba buenos resultados.

—Esta mañana tú no montaste un garañón —argumentó ella.

—Es cierto, pero estoy seguro de que viste todos esos potrillos y esas potrancas. Se acerca la primavera y casi todas las yeguas están en celo. ¿No estas familiarizada con su comportamiento en esta época? Se inquietan cuando están cerca de los caballos y es difícil controlarlas. No debiste elegir una yegua si en realidad querías ganar la carrera, y ciertamente, no a Flashy —añadió con una mueca diabólica—, que siente una pasión que ya es legendaria por Amir, mi garañón. Tal vez en otro momento te contaré esa historia. Pero volvamos a tu elección para la carrera. Puedo atreverme a sugerir que quizá no estabas tan desesperada por ganar: ¡Tal vez te agrada la fantasía de que un bárbaro te convierta en su juguete!

Beth se mortificó al sentir que se ruborizaba.

—¿Sabes? —continuó él con una sonrisa satánica—. Creo que es cierto y no quieres reconocerlo, mi dulce salvaje. Tal vez a mí me corresponda descubrir hasta qué punto es verdadero.

Despacio, empezó a inclinarse sobre ella.

—¡No te atrevas! —estalló Beth, con una mirada centelleante.

El se irguió, una acción que desafortunadamente le recordó a la joven la posición de la mitad inferior del cuerpo masculino. Era inquietante sentir sus partes íntimas oprimiéndole el abdomen. Inquietante y embarazoso. Era casi como si él le estuviera...

—¿A qué no debo atreverme? —preguntó él despacio—. Perdiste la carrera, ¿lo recuerdas? No hay razón alguna para que no empiece a cobrarme de inmediato. ¿O acostumbras negarte a pagar tus apuestas?

Ella se puso rígida al escuchar el tono burlón y su rostro se contorsionó en una mueca de disgustó. No esperaría que ella pagara esa ignominiosa apuesta, ¿o sí?

—¿Qué me dices de tu palabra? —la retó él—. ¿Acaso no vale nada?

Beth entrecerró los párpados y lo miró furiosa. ¡Oh, Dios, era odioso! Se encogió al pensar en lo que podría hacerle en la cama. ¿Pero cómo evitarlo? Sospechaba que si se negaba a acostarse con él, la poseería por la fuerza con salvaje satisfacción. Sería mejor actuar como una pareja sumisa, fría, aburrida e indiferente. Entonces, igual que Vernon, él se alegraría de deshacerse de ella por la mañana. ¡Sí, eso haría! Tal vez perdió la carrera y sus sueños, pero Uzziah también resultaría perdedor.

Con un gran esfuerzo de voluntad, relajó su tenso cuerpo y sorprendió al hombre que la tenía cautiva al dirigirle una fría mirada impasible.

—Por supuesto que mi palabra vale —replicó con, tono helado— Y por supuesto que no me negaré a pagar la apuesta. Pero si bien recuerdo, dijiste que sería tu amante durante el fin de semana. En mi mundo los hombres tratan a sus amantes con toda consideración y les brindan comodidad, y no esperan que ellas estén dispuestas a hacer el amor en un sendero cualquiera.

La sorpresa inicial de él al escucharla se convirtió en una sonrisa divertida.

—¿Debo entender entonces que no será necesario que te ate y te ponga una mordaza para obtener tu cooperación? ¿Te vestirás para complacerme esta noche durante la cena y después te irás a la cama conmigo, sin discutir ni armar un alboroto?

—Tienes mi palabra.
—Me parece que tu sumisión no va de acuerdo con tu fogosa personalidad —comentó él y en sus ojos apreció una expresión cautelosa.
—No confundas mi cooperación con una actitud sumisa, Uzziah —le advirtió ella, cortante— Resiento con amargura el verme obligada a poner mi cuerpo a disposición de un hombre que trata a las mujeres con el más mínimo respeto. ¡Fuiste muy presuntuoso al pensar que el hecho de aceptar tu invitación significaba que estaba dispuesta a acostarme contigo! Tu arrogancia es impresionante. Pero reconozco que me encuentro en esa posición nada envidiable debido a mi codicia. Ambicionaba poseer uno de tus magníficos caballos y arriesgue mi orgullo y mi dignidad por ello. Ahora debo pagar por mi pecado y espero hacerlo con la cabeza en alto y un espíritu indomable. ¡Pero que Dios te ayude, Uzziah, si esta noche sufro algún daño físico! Ahora, te sugiero que me permitas levantarme para que podamos iniciar el regreso —alzó la barbilla con un gesto digno—. Los caballos están agotado y el sol se está poniendo.
Uzziah, la miró ceñudo durante unos segundos, antes de hacer lo que ella le pedía. Una vez que estuvo de pie, le tendió la mano para ayudarla, pero ella sólo lo miró desdeñosa y se irguió sin su ayuda, sacudiéndose el polvo de la ropa con movimientos bruscos.
—Hay algo más —añadió, olvidándose de su control—. No me gustaría que te preocuparas cuando no me sienta transportada al paraíso durante... el tiempo que pasemos juntos —le informó con sarcasmo—. Me doy cuenta de que crees ser un don de Dios para las mujeres, pero a decir verdad, mi querido Uzziah, el pensamiento de tener contigo una relación sexual me parece tedioso. De hecho, la idea del sexo en cualquier forma me resulta increíblemente tediosa. ¿Me he explicado con claridad?
La única reacción visible de él fue seguir mirándola pensativo. Después de varios segundos, Beth empezó a inquietarse. ¿qué había detrás de esa expresión pensativa en los ojos negros? ¿Estaría desconcertado? ¿Furioso? No parecía molesto. Daba la impresión de estar casi... ¿intrigado? Irritada al ver que él no reaccionaba como ella esperaba, Beth giró sobre sus talones y empezó a caminar en dirección de los establos.
—En mi mundo —señaló Uzziah a su espalda, con tono galante pero frío—, una amante no se aleja colérica como una niña mimada. Espera a su hombre y camina a su lado, tomada de la mano de él, y actúa con amabilidad.

Beth se detuvo, aspiró una bocanada de aire y adoptó una expresión calmada antes de volverse a mirarlo.
—No abuses de tu suerte, Uzziah —le advirtió, mordaz.
El se acercó despacio, con una expresión implacable.
—Y tú no abuses de la tuya. ¡Ya es hora de que alguien te controle, **madame, y yo** soy el hombre indicado para hacerlo! —la tomó de la mano sin mucha delicadeza—. Ahora podemos seguir adelante, aunque te sugiero que adoptes una expresión más feliz, querida. ¿O quieres que Omar y los demás piensen que tuvimos una disputa?

CAPITULO 8

AISHA se presentó para ayudar a Beth a bañarse y vestirse, como lo hizo la noche anterior, por lo visto sin que le importara ayudar a otra mujer a engalanarse para disfrutar de una noche de intimidad con su propio amante. No dejó de charlar mientras la convertía en una mujer muy presentable... incluso deseable... desconcertando a Beth con su actitud impasible.

Tal vez en ese lugar era algo aceptado que un hombre tuviera relaciones con vanas mujeres a la vez, pensó la australiana, pero a **ella** le parecía algo detestable. Si hubiese podido encontrar una forma de no pasar la noche con Uzziah, con gusto la pondría en práctica, pero nada se le ocurría, a pesar de que trató de pensar en algo desde que él la dejó en su habitación y cerró la puerta. Luchar físicamente contra él sería inútil; huir era imposible. El suicidio le parecía demasiado dramático. Se estremeció al recordar la forma en que él la besó al despedirse, sonriendo.

—Por esta vez disculparé tu falta de cooperación —murmuró al sentir que ella apretaba los labios bajo su beso y luego brillo en sus ojos un destello de advertencia—. Pero sólo por esta vez. ..

Apesadumbrada y llena de amargura, Beth estudió su imagen en el espejo de cuerpo entero. El caftán dorado le quedaba bien, igual que el extravagante maquillaje y la forma en que Aisha la peinó, con el largo cabello rubio rizado y sujeto con una banda dorada en una cola de caballo. Por fuera parecía una mujer en un harén, pero en su interior...

Tuvo que sofocar un ataque de risa nerviosa, pero era difícil no experimentar una irónica diversión ante la imagen mental del rostro de Uzziah cuando viera su pudorosa ropa interior.

"Te vestirás para complacerme", le había indicado él.

Pues bien, que se fuera a paseo, pensó ella, furiosa. ¡Si por un momento pensó él que ella satisfaría cada capricho suyo, le esperaba una sorpresa! Además, se dejaría el sostén. Tal vez eso sería su salvación. Una mirada a su casta ropa interior apagaría de inmediato el voraz apetito sexual del hombre.

—¿Sucede algo malo, Beth? —le preguntó Aisha—. Esta noche está muy hermosa. Sidi Uzziah se sentirá muy complacido.

—Apuesto a que sí —murmuró Beth, desconcertada por enésima vez al ver que la joven no parecía celosa.

—No te pongas nerviosa —le aconsejó la doncella, tomándole una mano con suavidad—. Sidi Uzziah... dicen que es muy buen amante. Muy... tierno. No te decepcionará.

Beth se quedó mirando a la joven.
—¿Qué quieres decir con eso... **dicen** que Uzziah es un buen amante? ¿Acaso tú no lo **sabes?** Quiero decir, pensé que tú y él son. ..
Aisha era una joven muy intuitiva y pronto llegó a la conclusión correcta.
—¿Pensaste que somos amantes? ¿Sidi Uzziah y yo? —la jovencita rió con suavidad—. **Non.** Nunca. Yo estoy enamorada de Omar. Es mi hombre y muy pronto será mi esposo. Sidi, Uzziah así lo decretó ayer. Verás, se dio cuenta de que estoy embarazada. Mis senos han... —con un ademán, le indicó que eran más grandes—. Sidi Uzziah adivinó la verdad y le ordenó a Omar que se case conmigo tan pronto como sea posible.
—Oh —fue todo lo que pudo decir Beth. ¿Así que fue por eso que Uzziah miró con tanta fijeza a Aisha el día anterior y le indicó que quería verla después? Eso también explicaba por qué la chica salió de las habitaciones de Uzziah con una expresión triunfante. Y el hecho de llevarse las manos al pecho... fue más una acción maternal que sexual.
—Yo... lo siento, Aisha. Pensé... —Beth se sonrojo avergonzada, al comprender lo equivocada que estuvo. También se sorprendió, y en cierta forma se desconcertó, al descubrir que se sentía complacida sabiendo que Aisha no era la amante de Uzziah. ¡Eso era una locura! ¿En qué cambiaba eso la forma tan detestable en que él la trató esa tarde? Pero aun así... **era** una actitud bondadosa de parte de él preocuparse por el bienestar de Aisha. Le habría sido fácil ignorar la situación.
—Creo que a **mademoiselle** le agrada mucho Sidi Uzziah —comentó Aisha con una sonrisa conocedora—. Esta noche hará de él un hombre feliz. Hace mucho tiempo que él no lleva una mujer a su cama.
Beth se volvió a mirarla, sorprendida al sentir que el corazón le daba un vuelco debido a ese comentario. ¿Tendría razón la chica? ¿Sería posible que debajo de todas sus protestas ella se **sintiera** atraída hacia Uzziah? ¿O aún sufría el viejo problema de vulnerabilidad ante los halagos de un hombre? La lógica le recordó que si hacía tiempo que Uzziah no se acostaba con una mujer, el hecho de elegirla a **ella** con toda probabilidad era el resultado de su frustración, no de un deseo real por ella como una mujer especial.
—¿Y cuánto tiempo hace que una mujer no comparte la cama de su seño ría?—preguntó con tono cortante, que era evidente de... ¿de qué? ¿Sería de **celos?** Eso implicaría que deseaba encontrarse en la

cama de Uzziah por su propio placer, lo cual no podía ser, razonó. Considerar atractivo a un hombre no significaba forzosamente para ella que encontraría placer en su cama. Sin embargo. . . cuando Uzziah la besó, ¿no se sintió desfallecer en sus brazos? Y después, cuando la acusó de que en realidad quería perder la carrera, ¿no sintió ella que un extraño calor corría por sus venas?

—Oh, hace mucho tiempo —decía Aisha— Creo que casi un mes.

Beth se olvidó de sus desconcertantes pensamientos y miró a la joven.

—¡Un **mes**! —exclamó.

—Sí, hace mucho tiempo —repitió la doncella, muy seria.

Beth apenas podía creer lo que oía. ¿Aisha pensaba que un mes era demasiado tiempo sin sexo para un hombre? ¡Santo Dios! Sin la joven se recordó que estaba en territorio de los musulmanes, donde todos tenían un harén y un hombre podía tener hasta cuatro esposas, y donde el placer del varón era la preocupación primordial de la mujer. ¡Pero aun así! Frunció el ceño cuando le vino a la mente un pensamiento.

—¿Uzziah es musulmán?

Aisha pareció consternada y movió la cabeza en forma negativa.

—¿Entonces es cristiano? —quiso saber Beth.

La chica pareció sentirse todavía más consternada.

—Sidi Uzziah… no tiene religión. Por favor, no mencione ese tema en su presencia. ¡La religión es uno de los dos temas que pueden hacerlo… estallar! —alzó las manos en un ademán expresivo.

—¿Y cuál es el otro? —preguntó Beth con los ojos muy abiertos.

—El matrimonio.

—¿Pero qué tiene en contra del matrimonio? Quiere que Omar y tú se casen, ¿no es cierto?

—No es fácil de entender… —replicó la joven y se encogió de hombros.

—De eso sí estoy segura.

—Pero es un buen hombre. Es muy bondadoso.

¿Bueno? ¿Bondadoso? ¿A quién trataba de engañar Aisha? ¡Ese hombre era un licencioso, un libertino, un bribón! Pero también era el hombre con quien ella estaba a punto de pasar la noche, el segundo con quien lo haría. ¿Y si se reía de ella?, se preguntó Beth, inquieta. ¿Si su frigidez le parecía una tontería? Podría soportarlo todo, menos el desprecio.

—Aisha —habló con brusquedad y luego titubeó—. Yo… creo que después de todo debo quitarme la ropa interior…

La jovencita sonrió aprobadora.

Beth acababa de terminar y se estaba poniendo de nuevo el caftán cuando alguien llamó a su puerta.
—Debe de ser Omar. El la acompañará —le informó Aisha—. Espere, déjeme arreglarle esos mechones de cabello que se han escapado de la cinta Vamos... ahora ya está lista.
¿Lista? Beth tragó saliva y se miró por última vez en el espejo. ¿Así se sentiría Gigi la noche en que estaba a punto de debutar como amante de Gastón? De ser así, ahora comprendía sus nerviosas plegarias. Ella misma se sentía enferma de nervios. Gigi había orado pidiendo que si esa noche iba a ser su Waterloo, entonces ella quería ser Wellington. Eso estaba bien para Gigi pensó la joven apesadumbrada; una mujer apasionada y bella tenía esperanzas de ser Wellington. Pero Beth sabía muy bien quién sería ella esa noche: ¡Napoleón!
Esos pensamientos revivieron en su mente el recuerdo de lo que sintió después de pasar la noche con Vernon. Al despertar, lo vio de pie en el marco de la puerta de su suite, secándose el cabello y sin molestarse siquiera en disimular su desnudez. Ni su decepción con respecto a ella.
—No eres una mujer apasionada, ¿verdad, querida? —comentó—. Tal vez tardaste demasiado en empezar. Escucha, será mejor que te vayas a casa. Se hace tarde y espero una. .. visita?
Se dio media vuelta y regresó al baño. Beth se deslizó fuera de la cama, se vistió y regresó humillada a su hogar. Ese día juró que ningún hombre volvería a pisotearla. Ahora recordó ese juramento y de nuevo la invadió una oleada de cólera. Uzziah no tenía derecho a engañarla para que aceptara esa denigrante apuesta, ni a exigirle que la cumpliera. ¡Pero ese hombre no tenía escrúpulos!
Trató de endurecer su corazón mientras caminaba al lado de Omar hacia donde su anfitrión la esperaba, y se olvidó de sus anteriores sentimientos de simpatía por este último. La expresión de Omar al verla pudo parecerle halagadora, si hubiera estado de humor para los halagos, pero no era así.
—¡Señorita Carney! —exclamó él—. Está encantadora. Sidi Uzziah... se sentirá ...
—Sí, lo sé, muy complacido. Eso mismo me dijo Aisha.
Su brusquedad provocó que el hombre frunciera el ceño.
—¿Todo está bien, señorita Carney?
—Por supuesto —replicó ella con frialdad—. ¿Qué podría estar mal?
La expresión del marroquí era de un absoluto desconcierto. El recorrido por el largo pasillo sólo sirvió para recordarle a Beth que

no usaba nada debajo del caftán. El delgado material se adhería a sus muslos, y sus senos, libres del sostén, se movían bajo la seda dorada. Cuando llegaron frente a las puertas talladas de los aposentos de Uzziah, el corazón le latía agitado en el pecho y la fricción había endurecido sus pezones, haciendo que irguieran orgullosos contra la tela. ¡Y pensar que imaginó que un caftán era una prenda excepcionalmente modesta!
Exasperada por toda esa embarazosa situación, Beth miró colérica las puertas cerradas y un amargo cinismo invadió su corazón cuando Omar llamó. Por supuesto, no había duda de en dónde tendría lugar la cena. No era una ocasión para el grandioso comedor, ni para el salón de baile que Uzziah le mostró durante su tensa caminata a través del castillo esa tarde. La cena se serviría cerca de la cama del amo.
Omar esperó unos segundos y abrió las puertas y la joven se sorprendió al ver que había fallado en sus suposiciones acerca de la velada. Por lo visto, no estarían solos. Un pequeño grupo de músicos afinaba sus instrumentos en un rincón alejado de la suntuosa sala, y tanto los instrumentos como sus sonidos le resultaron extraños a Beth. Había una serie de tambores de aspecto extraño, una especie de pandero, una gruesa guitarra redonda y un instrumento de viento semejante a una flauta; pero más pequeño.

—Tome asiento, señorita Carney —le indicó Omar—. Debo ir a ver si mi amo me necesita.
La guió hasta un diván color púrpura, detrás de una mesa larga y baja. Al desplomarse sobre los mullidos cojines, Beth trató de contener una exclamación ante la vista de la mesa puesta delante de ella. Santo Dios, jamás había visto una vajilla y una cuchillería tan bellas. Los platos eran de delicada porcelana, ribeteados de lo que parecía verdadero oro. La cuchillería también era de oro; auténtica o no, era magnífica, con un elegante diseño en los mangos. En cuanto a las copas de vino y las garrafas... eran impresionantes, del cristal más delicado, de un intenso color malva en la base, que se desvanecía gradualmente hasta el borde.
Beth se sintió impresionada, a pesar de su irritación, hasta que se recordó que eso no significaba nada para el hijo de un jeque enriquecido gracias al petróleo. "¡Quizá toda su vida había comido en platos de oro!", pensó. Alzó la barbilla, desdeñosa, y recorrió con la mirada la opulenta habitación, en busca de más pretextos que instigaran su antagonismo hacia Uzziah. Si se hubiese detenido a pensar, se habría preguntado por qué necesitaba tantas razones para

sentir un intenso desagrado por él.
—Oh —exclamó cuando una figura oscura apareció de pronto bajo un arco a su derecha.
Sólo necesitó un momento para percatarse de que era Uzziah. Al reconocerlo y verlo contemplándola, el corazón le empezó a latir apresurado. No quería mirarlo, pero lo hizo.
El también vestía un caftán, pero de color negro y muy sencillo, y se cubría la cabeza con la capucha, que ocultaba su cabello y proyectaba sombras sobre su rostro. Tenía un aspecto enigmático, misterioso y en extremo peligroso. Se quedó allí durante lo que a ella le pareció una eternidad, contemplándola con los párpados entrecerrados. Al ver que no se movía, Beth se irritó. ¿Se trataría de una practicada técnica de seducción?, se preguntó., cáustica. ¿Pensaría que esa mirada haría que el corazón le latiera apresurado y los muslos le temblaran de anticipación? Furiosa, guardó silencio,
Luego alzó una ceja en un gesto sardónico y decidió darle una dosis de su propia medicina; despacio, recorrió con la mirada su —astro semioculto, deteniéndose en la boca cruel antes de inspeccionar indiferente el resto del cuerpo. Aunque, para ser honesta, no podía ver gran cosa. El escote del caftán era alto, con una abertura en el centro, que dejaba ver el pecho aceitunado y sin vello, más nada de la impresionante estructura muscular. Sin embargo, ella debía reconocer que ni siquiera la ropa podía disimular el fuerte pecho y los anchos hombros. Pero el resto estaba oculto por las mangas largas y amplias y por la túnica que llegaba hasta los pies, calzados con sandalias.
De pronto, él movió las manos para alzarse las mangas y luego se echó la capucha hacia atrás. Al mismo tiempo comenzó a cruzar la habitación, indicándoles a los músicos que empezaran a tocar. Beth se le quedó mirando... ya no llevaba el cabello atado, sino que éste caía sobre sus hombros en suaves ondas que brillaban bajo las luces del candelabro que colgaba del techo. pero no fue sólo el cabello suelto de Uzziah lo que atrajo su atención. El acto de caminar, igual que le sucedió a ella con su propio caftán, hacía que el lino negro se pegara a sus muslos, realzando su fuerza y su poder. La joven sintió un nudo en el estómago al percatarse de que no era la única que no llevaba ropa interior.
Apenas logró controlarse... y cerrar la boca... antes que él llegara a su lado. Pero seguía confundida y tuvo que reconocer que Uzziah era uno de esos hombres en extremo viriles y con una intensa carga sexual, capaces de provocar una reacción física primitiva en cualquier mujer, incluso en una que había aprendido a reprimir sus

deseos debido a que no podía realizarlos. Eso la tranquilizó un poco y pudo contemplar a su anfitrión, que se sentó a su lado en el diván, sin sentirse invadida de pánico.

"Por lo menos en esto soy normal", pensó con cierta satisfacción. "Aún puedo sentirme sexualmente atraída hacia un hombre; el único problema es que no soy capaz de transferir esa atracción de mi mente a mi cuerpo. En alguna parte hay una interrupción en mis circuitos".

—Estás encantadora esta noche, mi querida Beth —manifestó Uzziah con su suave acento inglés, y, antes de que ella pudiera evitarlo, se apoderó de su mano y se la llevó a los labios. Ella no trató de disimular su estremecimiento un tanto ambivalente, aunque él lo ignoró, reteniendo la mano contra su boca unos segundos más; la miró en tanto entreabría ligeramente los labios y deslizaba la punta de la lengua sobre su piel.

Beth apretó los dientes en un vano intento de refrenar las tempestuosas sensaciones que amenazaban con hacer erupción en su interior. Cuando al fin él le soltó la mano, ella se sorprendió al sentir que temblaba y eso la aturdió. De pronto ese hombre la hacía sentir y esperar cosas que ningún hombre la había hecho experimentar y desear durante muchos años. Una parte de su ser deseaba ceder a esos extraños sentimientos, averiguar a dónde podrían conducirla; pero la otra mitad, donde residían su orgullo y su dignidad, le exigía controlarse, no darle a ese maldito la satisfacción de saber que podía despertar sus instintos en contra de su voluntad.

"¿Pero es en contra de tu voluntad?", murmuró una burlona vocecita interior. "Si de cualquier forma Uzziah te hará el amor, ¿por qué no te relajas y disfrutas de la experiencia?"

"Porque no lo amo", argumentó Beth para sí misma. "¡Ni siquiera me agrada!

Al pensar en eso, retiró la mano y Uzziah dejó ver una sonrisa exasperante.

—Creo que ya es hora de cenar —declaró y dio una palmada.

A ella le habría gustado negarse a cenar, decir altanera que no tenía apetito, que se le había disipado al pensar en lo que tendría que soportar más tarde. Pero en el momento en que les sirvieron el primer platillo, una humeante y aromática sopa tradicional de Marruecos llamado **harira,** según le informó Uzziah, su estómago la traicionó. Además, no había comido nada en todo el día y literalmente se moría de hambre.

La deliciosa sopa fue seguida de un suculento plato de **matisha**

mesla, una antigua receta marroquí de pollo cocido a fuego lento en una salsa de jitomate, miel, jengibre y canela. Por lo menos eso fue lo que le explicó Uzziah cuando lo sirvieron.

—Qué bien —respondió ella con helada cortesía.

El sólo sonrió y Beth sintió deseos de arrojarle a la cara la copa de vino tinto. Pero en vez de eso, tomó la copa y bebió un sorbo.

—Cuidado—le advirtió su anfitrión, — ese vino se prepara en la localidad y tiene un alto contenido alcohólico.

—¿Ah, si? —ella sonrió con falsedad y, dejando su copa sobre la mesa, volvió a llenarla— Es espléndido —pero cuando quiso llevarse la copa a los labios, una mano de él se cerró sobre su muñeca, impidiéndoselo.

—Me temo que no puedo permitir que hagas eso —declaró él en voz baja y firme— La intoxicación embota los sentidos y te quiero bien despierta cuando te haga el amor, querida; bien despierta y plenamente consciente —y quitándole la copa, llamó a uno de los sirvientes—. Llévate esto y tráele a **mademoiselle** un poco de agua mineral —le ordenó.

—¿Cómo te atreves? —estalló ella una vez que el sirviente se alejó —. Tengo derecho a beber lo que quiera.

—Esta noche no tienes ningún derecho —replicó él con frialdad—. Ni durante el resto del fin de semana. Los perdiste esta tarde. Eres mía todo este tiempo, para que yo haga contigo lo que quiera. Y no te quiero ebria.

—Y si decido no pagar la apuesta? —preguntó ella, enfurecida por su tono indiferente—. ¿Si me levanto de la mesa ahora mismo y me retiro?

—Inténtalo. No llegarás muy lejos.

—¿Qué harías? Vamos, habla con claridad. ¿Qué hace un bárbaro cuando una mujer lo rechaza y le dice en su cara que le repugna, que se le revuelve el estómago ante el solo pensamiento de que él la toque?

—No tengo idea de lo que haría un bárbaro —respondió él y en sus ojos brilló un destello de diversión—. Puedo decirle lo que haría **yo** en el caso de cierta mujer que ahora está sentada delante de mí, tan deseable y atractiva que apenas puedo mantener las manos lejos de ella y que, por cierto, se engaña diciéndose que no quiere que yo le haga el amor.

Sorprendida, Beth retuvo el aliento y abrió mucho los ojos.

—Por supuesto, me sería muy fácil alcanzarla —continuó él, mirándola a los ojos con una expresión penetrante y perversa—. Luego la llevaría a mi habitación, donde la sujetaría a mi cama con

unos pañuelos muy suaves para no lastimar su encantadora piel clara. Luego la desnudaría y la acariciaría despacio, hasta que temblara de deseo bajo mis manos. Entonces, sólo entonces, dejaría que mi propio cuerpo expresara su anhelo de ser uno con ella. No actuaría apresurado, ni sería cruel. La amaría con ternura, sin dejar de besarla, y le hablaría de la pasión que me invadió desde la primera vez que la vi. No me apartaría de ella sin oírla suspirar de placer debajo de mi cuerpo, una y otra vez...

Beth sólo pudo mirarlo, consciente de que tenía la boca y la garganta resecas y una opresión en el pecho, donde su corazón latía apresurado, y de que él aturdía su mente con las eróticas promesas que le hacía.

De pronto él apartó la vista, rompiendo el hechizo. Cuando sus ojos se detuvieron de nuevo en el rostro de ella, su expresión era decididamente sardónica.

—Supongo que no querrás que te suceda nada de eso, ¿o sí? —la retó con suavidad.

Beth sólo pudo tragar saliva.

—Eso pensé prosiguió él— ¿Podemos continuar con el siguiente platillo, menos el vino? ¿No tratarás de huir? ¿No?... eso pensé... Es una lástima... Empezaba a disfrutar de la posibilidad...

Y volvió a dar una palmada.

CAPITULO 9

BETH ya no tenía apetito. Tomó un pastelillo y trató de ignorar al hombre sentado a su lado. Era imposible. Incluso si cerraba los ojos, percibía su presencia física debido al incitador aroma de madera de sándalo que emanaba de su piel y que evocaba su imagen, desnudo en su cama, mientras las doncellas frotaban aceite perfumado en su cuerpo recién bañado.

La joven trató en vano de impedir que otras imágenes cruzaran por su mente, pero no podía evitarlo; en especial, el erótico pasaje que Uzziah acababa de describir con todos sus detalles. La invadía una oleada de calor al pensar en ello y sentía que todo el cuerpo le ardía. ¿Sería posible deducir sólo con palabras?, se preguntó.

No, fue su respuesta inmediata. Esa noche Uzziah no había usado sólo el poder de sus palabras para lanzarla a una jornada sexual. Todo lo que había organizado lo hizo pensando en su entrega final. La forma en que ella vestía, la manera en que él iba vestido, la exquisita cena, la música, todo estaba programado para llevar las terminales nerviosas de la joven a una sensibilidad que clamaba por

encontrar alivio. Era evidente que ella había desafiado a su ego masculino, al declarar esa tarde que el sexo le parecía algo tedioso y él estaba decidido a demostrarle que se equivocaba:
Beth gimió en silencio. ¡Qué hombre tan astuto y taimado! Y qué débil y tonta era ella. ¿En dónde estaba ahora su justa cólera? ¿Y su orgullo femenino? ¿Su decisión de no cooperar con Uzziah cuando él tratara de cobrarse la apuesta? Habían desaparecido, reconoció desalentada. ¿Pero quién podía condenarla por eso?, argumentó ante sí misma. Tal vez era su única oportunidad de demostrarse que podía sentir y actuar como una verdadera mujer. De alguna manera, ese hombre... ¡ese demonio!... estaba logrando lo imposible. La estaba obligando a desearlo, no con su mente, sino con su cuerpo. Su carne clamaba para que él la tocara, la besara, la excitara más. Tal vez no encontraría el éxtasis con él, eso sería esperar demasiado, pero no sería algo tedioso. No, reconoció con amargura. Uzziah jamás sería tedioso en la cama. Se estremeció y eso hizo que su tenedor golpeara con el plato. Su acompañante miró de soslayo.
—Apenas probaste el postre. ¿Quieres algo más?
—No, gracias —respondió ella, haciendo a un lado el plato—. No podría comer nada más —se volvió hacía él y lo miró tensa, pero sus ojos fueron inexorablemente atraídos a su boca. Era tan cruel, pensó; no obstante, quería sentirla sobre la suya en ese momento. Esa aceptación encendió lo que quedaba de su orgullo herido. ¿Por qué debería él obtener su buena disposición? Eso resultaba en extremo mortificante.
No, decidió resuelta. No, había nada que compensara el hecho de tener que presenciar el ufano triunfo de ese bruto. ¡Nada? "Cerraré mi mente a esos sentimientos y no responderé", decidió "¡No lo haré!"
—¿Es necesario que prolongues tanto todo esto? —estalló—. Prefiero acabar pronto.
—¡Vaya tacto! —él rió divertido—. No te aconsejaría que eligieras la carrera de odalisca, —mi querida Beth. No tienes talento para eso.
—Es verdad, pero lo siento por ti. Si te decepciono, no podrás decir que no te lo advertí.
—¿Decepcionarme? ¿De ti? Jamás, Este fin de semana he disfrutado la, vida más que, en años. Desde el momento en que te vi montando ese potro negro supe que eras una mujer con quien un hombre podría disfrutar hasta el enésimo grado. Ahora lo único que debo hacer es **convencerte** de ello,
Antes que Beth pudiera hablar, Uzziah volvió a dar una palmada.

De inmediato, la suave música de fondo cambió a un ritmo frenético y apareció una bailarina que cruzó la habitación con pasos rápidos y se arrodilló delante de los escalones, frente a ellos, arqueando la espalda hasta que el largo cabello negro se extendió sobre el suelo de mármol blanco. No sólo era muy joven, sino también muy bella y su voluptuoso cuerpo estaba provocativamente vestido con una diáfana falda de velos sujetos a una banda de lentejuelas plateadas que rodeaba sus caderas; un diminuto sostén que hacía juego, apenas cubría sus opulentos senos.

Beth no pudo apartar la vista cuando la joven empezó a mover el vientre, atrayendo la atención hacia la joya que brillaba en su ombligo. Sus movimientos eran increíblemente sensuales y las caderas giraban en círculos lentos. Cuando al fin se puso de pie y empezó a bailar por toda la habitación, la australiana suspiró aliviada, sintiendo un intenso calor en las mejillas ante esa actuación tan francamente erótica. Sin percatarse de que Uzziah la observaba a ella y no a la bailarina, Beth no disimuló su incomodidad. Cuando volvió la cabeza y se percató de qué él la miraba con fijeza, sintió un agudo bochorno.

—La bailarina es fantástica, ¿no crees? —comentó él, indolente—. Muy... estimulante.

El rubor de Beth se intensificó.

—Eso espero —replicó mordaz—. Necesitarás toda la ayuda que puedas obtener.

—No creo que tenga muchos problemas —Uzziah rió.

—¿Sabes que eres un bastardo? —estalló ella.

—Por supuesto —él se encogió de hombros—. Por desgracia, mis padres nunca se casaron.

—¡Oh, sabes que no me refería a eso!

—Naturalmente —él rió y eso irritó más a Beth—. Ahora, deja de dirigirme cumplidos y disfruta de la variedad. Lalla es una de las bailarinas de danzas orientales más solicitadas de Marruecos.

—No lo dudo —replicó Beth con tono ácido—. Los hombres son iguales en todo el mundo. Sólo desean lo más obvio.

Uzziah se inclinó hacia ella hasta que su boca casi le rozó la oreja.

—De ser así, mi pequeña gruñona, —murmuró—, ¿qué es lo que deseo entonces de ti?

Beth se volvió para mirarlo a los ojos, consciente de la boca masculina muy cerca de la suya.

—Yo... no lo sé —tartamudeó— ¿Qué es lo que quieres?

Sus miradas se cruzaron, la de ella confundida y la de él revelando su propio desconcierto momentáneo.

—Hablas demasiado —dijo él al fin, desviando la mirada—. Observa a Lalla y aprende lo que significa ser mujer —luego murmuró algo en voz baja, y ceñudo se dedicó a admirar a la bailarina.

El ritmo de la música iba en aumento y los movimientos de la joven eran cada vez más frenéticos. Primero sacudía los hombros y los senos, con la cabeza y caderas inmóviles, y luego empezaba a mover la mitad inferior de su cuerpo. Cada vez que eso sucedía, se quitaba uno de los velos y lo arrojaba a un lado, hasta que al fin quedó con un diminuto bikini. Era obvio que se acercaba al clímax de la danza, ya que la música cambió de nuevo y la bailarina se acercó despacio a ellos. Los ojos oscuros se dirigieron automáticamente a Uzziah y el rostro exótico asumió una expresión voluptuosa. Con los párpados entrecerrados y sonriendo, Lalla arqueó la cabeza hacia atrás hasta que su larga melena se apartó de su cuello. Sus caderas empezaron a agitarse cada vez más rápido y su enjoyado ombligo parecía tener vida propia.

Los tambores sonaron con más fuerza y Beth sintió que el ritmo se adentraba en su cabeza, que empezaba a marcarla, y su respiración se tornó más agitada. Quería que terminara la danza, que todo terminara, que Uzziah dejara de atormentarla y sólo la llevara a la cama. Ya no le importaba saber qué vio en ella o por qué estaba allí. El hecho era que se encontraban allí y que él tenía la intención de poseerla. ¡De eso no había la menor duda!

De pronto se escucharon los címbalos y la bailarina se dejó caer boca abajo en el suelo, en un dramático final. Uzziah aplaudió, pero Beth sólo se quedó allí, rígida, con la frente perlada de sudor. Al fin Lalla alzó la cabeza, le dirigió a Uzziah una sonrisa tímida, se puso de pie, hizo una reverencia y se alejó, recogiendo a su paso los velos que se había quitado. Casi de inmediato, los músicos también se retiraron, igual que los sirvientes, que cerraron las puertas con discreción.

De pronto Beth vio cumplido su deseo. Estaba a solas con Uzziah. El silencio parecía cargado de electricidad, hasta que él lo interrumpió.

—Creo que debemos retirarnos a la alcoba —anunció con tono formal y le tendió la mano.

Ella miró esa mano, sintiendo un nudo en el estómago. Al fin había llegado el momento.

¿Fue el temor de sufrir otra humillación lo que la obligó a actuar como lo hizo? ¿O sólo era temor? Beth no tenía la menor idea. Todo lo que sabía era que no podía seguir adelante.

—¡No! —grito y se puso de pie de un salto, con una mirada de desafío—. ¡No! —volvió a gritar y corrió hacia la puerta.
Casi logró llegar, aunque no sabía de qué le había servido. La lógica debió decirle que no podía huir, a menos que planeara arrojarse al mar desde las almenas.
—¡Así que esto es lo que querías! —estalló Uzziah después de cerrar la puerta con el pie y aprisionarla contra ella— Casi adiviné tu juego querida, aunque no comprendí hasta qué extremo llegarías. En realidad creí cuando me aseguraste que el sexo te parecía algo tedioso —río cínico—. Mi ego masculino me llevó a pensar que yo podría ser el primer hombre que te enseñara los placeres de la carne, que te mostrara la belleza de hacer el amor. ¡Pero no! No era eso lo que querías, ¿verdad? Te agrada fingir que no estás dispuesta, porque quieres que el hombre actúe como un salvaje. ¿No es cierto que te excita representar el papel de una mujer difícil, incitar a un hombre hasta que no piense en otra cosa que no sea poseerte? Y cuando lo rechazas y huyes, como acabas de hacerlo, esperas que él pierda el control y te posea por la fuerza.
—No —gimió ella, consternada ante sus acusaciones— ¡Eso no es cierto!
—¿No? —se burló él, acercándose tanto que ella sólo podía ver su mirada centellante— ¿Por qué no te creo> Dios, he oído hablar de mujeres como tú, pero nunca había conocido a una; lo cual es extraño, pues me he encontrado con toda clase de arpías perversas y manipuladoras. Por lo común las detecto a una gran distancia. ¡Pero tú... me hiciste bajar la guardia, maldita sea! Por mucho que quisiera enviarte de regreso, no puedo... —gimió y, oprimiendo su cuerpo contra ella, la besó apasionado, dispersando hasta el último vestigio de razón de la joven. Su boca era como un horno lleno de metal fundido que la convertía en un objeto maleable bajo la invasión de su lengua. Beth dejó escapar un gemido, sintió que las rodillas se le doblaban y de pronto sus bocas se apartaron cuando. ella se deslizó hacia el suelo.
El la obligó a levantarse y la retuvo contra la puerta, mirando colérico sus labios hinchados, y luego rió con dureza.
—¿Cómo puedo despreciarte y desearte al mismo tiempo? ¡Debo de estar loco! ¿De manera que te agrada que te posea por la fuerza? ¡Pues así será! —y diciendo eso, la alzó en sus brazos y caminó apresurado hacia su dormitorio.

CAPITULO 10

LITERALMENTE, la arrojó sobre el lecho, donde Beth cayó sobre un montón de cojines de satén de muchos colores. No tuvo tiempo de ver la amplia cama semicircular con su enorme cabecera tallada, ni las colgaduras de seda que caían en pliegues exóticos desde el dosel. Tampoco pudo admirar en ese momento las delicadas lámparas de oro y cristal que salpicaban las paredes, ni las paredes mismas, cubiertas de mosaicos de un intrincado diseño. Tenía la mirada fija en el enfurecido Uzziah, que en ese momento se quitaba el caftán por encima de la cabeza para arrojarlo a un lado y revelar su cuerpo desnudo y excitado.
—Oh, santo Dios —gimió ella, y la realidad de la inminente violación la paralizó en la cama, en un helado limbo de sorpresa y horror.
—¿Plegarias? —se burló él y se inclinó hacia ella; su negro cabello cayó alrededor de su rostro como una cortina, de manera que lo único que ella podía ver eran los ojos centellantes— No te servirán de nada ahora —murmuró. Y sujetando el caftán dorado con ambas manos, lo desgarró y la destrozada prenda fue a reunirse con su propio caftán en el suelo de mármol negro.
Beth reaccionó instintivamente y su afrenta ante esa violación la hizo salir de su estado de trance. Tomó un cojín y empezó a golpear a Uzziah con él.
—¡Aléjate de mí, bastardo! —gritó— ¡Aléjate! ¡Yo... prefiero morir antes que permitir que me toques!
—Escribiré esa frase en tu epitafio —replicó él, quitándole el cojín para arrojarlo contra la pared.
Beth se defendió con las manos y las uñas, clavándoselas en el cuello sin sentir ni el más mínimo remordimiento cuando vio las gotitas de sangre que brotaron de los largos rasguños. Uzziah se llevó una mano al cuello y cuando vio la sangre en sus dedos, sus mejillas se ruborizaron de cólera.
—¡Pequeña arpía! —gritó— ¡Me aseguraré de que no vuelvas a hacerlo!
Le sujetó ambas muñecas con una mano encima de la cabeza. Beth siempre pensó que era físicamente fuerte, pero no en comparación con ese hombre. Era débil como una gatita y sus esfuerzos para soltarse fueron en vano.
Con un grito de triunfo, él la oprimió contra los cojines y tiró de las colgaturas de seda. Respirando con agitación, le enredó las largas tiras color crema alrededor de las muñecas y luego las ató a la cabecera. Beth estaba fuera de sí y cuando su atacante se deslizó de

la cama lo pateó y acertó a golpearlo en la ingle. El lanzó un gemido de dolor y la miró furioso.
—Así que no sabes darte por vencida, ¿verdad?—con una mueca desdeñosa, se colocó a horcajadas sobre las caderas y los muslos de ella, como lo hizo antes ese día, y el peso y la posición de su cuerpo le impidieron todo movimiento a Beth—. Ahora patea todo lo que quieras, arpía. Tal vez incluso yo podría disfrutar de esa sensación.
Beth lo miró airada, mientras sus senos desnudos subían y bajaban por una desconcertante mezcla de odio y espontánea excitación, pero él rió.
—¡Qué buena actriz eres! —exclamó—. ¡Cualquiera diría que no estás disfrutando! —y volvió a reír—. Pero sí lo disfrutas, ¿no es cierto? —prosiguió y su voz se convirtió en un ronco murmullo cuando se inclinó para acariciar los senos plenos y cremosos, rozando con los pulgares los tiernos pezones hasta que se tensaron bajo el contacto.
—¿Lo ves? —la retó—. Tu cuerpo no puede mentir. Está desnudo delante de mí en más de una forma. Le fascina todo esto...
La sujetó por la cintura y se inclinó para deslizar la lengua sobre los endurecidos pezones, haciendo que Beth lanzara un gemido. Ella no podía negar el insidioso placer que corría por sus venas cada vez que la lengua de ese demonio encontraba su blanco.
¡Oh, Dios... si tan sólo él se detuviera! Pero no lo hizo, sino que siguió atormentándola y produciendo en Beth las sensaciones más deliciosamente excitantes que ella jamás había experimentado. Un estremecimiento sensual recorría toda su piel y de sus labios brotó un gemido de inconsciente entrega. Uzziah alzó la cabeza y la miró con una expresión de triunfo.
—¿Lo ves? —jadeó—. Me deseas tanto como yo a ti. No luches más contra mí, mi dulce salvaje. No necesitamos más juegos...
Inclinó la cabeza y la besó apasionadamente en la boca, el cuello y la clavícula antes de volver a sus senos para acariciarlos con los labios y la lengua hasta que ella jadeó excitada.
—Tienes unos senos tan bellos —murmuró él ronco, contra su piel —. Un cuerpo tan bello... —su boca empezó a descender hacia el estómago de ella y su lengua trazó un húmedo sendero de placer al rodear su ombligo y continuar descendiendo.
Beth abrió mucho los ojos, pues Vernon, hacía tiempo quiso hacerle lo mismo, pero ella no se lo permitió; la sola idea le desagradaba. Sin embargo, con Uzziah sus muslos parecieron separarse por voluntad propia y arqueó la espalda para oprimir su acalorada carne contra los sedientos labios de él. Dejó escapar un grito al

sentir esos besos gloriosamente íntimos, aceptándolos con un abandono que debió sorprenderla.
Allí estaba, atada en la cama de un bárbaro y, en teoría, obligada a ceder a sus exigencias. ¿Pero estaba luchando, o gritando? No. Al contrario, se sentía hundirse en un mar de erótico placer, pensando que así debería ser siempre el acto de hacer el amor... Dejó escapar un leve gemido cuando la boca de Uzziah siguió deslizándose, pero pronto volvió a jadear con suavidad, preguntándose si sería posible morir de placer. Un sollozo brotó de sus labios y sintió los ojos anegados en lágrimas de felicidad. Esta a punto de suceder el milagro que tanto soñó, pero que jamás espero.
De pronto Uzziah se apartó, irguiéndose para contemplar su rostro bañado en lágrimas.
—¿Estás llorando? —quiso saber—. ¿No te agrada esto? ¿No es lo que querías? —rozó la seda que sujetaba sus muñecas y ella se ruborizó. Había olvidado que él pensaba que era una especie de pervertida.
Movió la cabeza con violencia y su felicidad se desvaneció ante una oleada de vergüenza.
—Quiero que me desates —musitó.
—¿Por qué sigues mintiendo? —le preguntó él, mirándola exasperado— Acabo de hacerte enloquecer de placer y no dudo que podría volver a hacerlo en cuestión de segundos —deslizó una mano sobre las cimas de sus senos, haciéndola temblar de nuevo.
—No... por favor, no lo hagas. Oh, tú no comprendes. Debo reconocerlo... nunca había sentido nada parecido. ¡Jamás! Pero eso no tiene nada que ver con el hecho de que estoy atada. A decir verdad, lo había olvidado, hasta que tú me lo recordaste.
—¿Entonces a qué se debieron las lágrimas? —preguntó él, escéptico.
—Me sentía feliz —gimió frustrada—. ¡**Feliz**! Sólo he estado con un hombre una vez en mi vida y lo odié. ¡Durante años pensé que era frígida! Mis lágrimas eran de alivio y de alegría. Por favor, Uzziah, no es necesario que me ates. No volveré a arañarte ni trataré de huir. Te lo prometo...
El la estudió durante largo rato.
—Juras que me estás diciendo la verdad?
—Sobre la tumba de mi madre —gimió ella.
Una sombra cruzó por el rostro de Uzziah.
—¿Tu madre falleció?
—Sí —murmuró ella con una expresión de dolor— También mi padre.

—¿Estás sola en el mundo? —quiso saber el frunciendo el ceño.
Ella asintió, pero luego negó con un movimiento de cabeza.
—Tengo a Pete.
—¿Quién es Pete? ¿Tu hermano?
—No, no tengo hermanos ni hermanas. El es... un amigo.
—Pero no tu amante.
—¡No!
Uzziah se rodó sobre la cama y Beth suspiro aliviada. Ahora la desataría, pensó. ¡Pero él no lo hizo! Simplemente se acostó a su lado y, apoyado sobre un codo, sonrió con una expresión de inmensa satisfacción.
—Así que después de todo yo tenía razón. Tuviste una mala experiencia que te hizo odiar el sexo y a los hombres. Fue algo lamentable, pero no temas... ya te he demostrado que no hay nada que temer y que es posible experimentar un gran deleite. Y tú me has demostrado que eres una mujer muy sensual, a quien muy pronto volveré a excitar.
Cuando se inclinó sobre ella, la joven gimió sorprendida.

—¿Q... qué estás haciendo? ¿No vas a desatarme?
El echó la cabeza hacia atrás y en sus ojos apareció un destello perverso al mirarla.
—Ya hemos establecido que el hecho de estar atada no es una barrera para tu excitación. Por mi parte, acabo de descubrir que me agrada tenerte a mi merced, pues eso le añade un placer extra al momento. De esta manera no tienes otra opción, como no sea ponerte en mis manos. Debes creerme, cuando quiero, pueden ser muy suaves. Confía en mí...
¿Confiar en él? ¡Una cosa era que él la atara al principio, cuando creía que a ella le agradaba eso, y otra que la mantuviera así ahora que se había calmado y él sabía que no era esa su idea de diversión! Eso demostraba que en realidad era un bárbaro y no comprendía por qué el cuerpo de ella respondía a él como lo hacía. ¡Ese hombre era una víbora! De pronto él rompió a reír.
—Si sólo supieras lo atractiva que te encuentro cuando me miras así. Eres como un potro brioso que se niega a que lo monten, que lucha a muerte con el peso en su silla, ignorando que no hay nada que temer. No te lastimaré, te lo prometo. Mi único deseo es hacerte el amor de la manera más bella...
Ella lo miró, desesperada por decir algo hiriente, cualquier cosa que lastimara el maldito orgullo de ese hombre. Pero perdió toda esperanza de hablar cuando él deslizó una mano, con la palma

hacia arriba, desde su hombro hasta el estómago, pasando sobre uno de sus senos. Ella se puso rígida y retuvo el aliento, odiándose por sentir lo que sentía, despreciándose por desear que volviera a hacerlo. Al fin exhaló un suspiro de torturado placer.

—En realidad te agrada, ¿no es cierto? —murmuró él, mirándola con fijeza mientras repetía el movimiento, primero del lado izquierdo y luego del derecho, a veces evitando sus pezones, pero casi siempre rozando las traicioneras cimas que se erguían ansiosas bajo el contacto. Y no eran las únicas partes de su cuerpo que acariciaba, ya que con cada movimiento de la mano seguía descendiendo hacia el triángulo entre los muslos, acariciando al fin los suaves rizos rubios que guardaban su femineidad.

Cuando ella apretó las piernas, él reaccionó abandonando toda su actividad. Beth abrió los ojos y lo miró.

—¿Quieres que siga haciendo eso? —le preguntó con un exasperante tono amable—. ¿No?

Ella vislumbró una leve sonrisa antes que él inclinara la cabeza.

—No, no lo hagas —gimió.

Uzziah ignoró la protesta. Despacio e inexorablemente, desechó sus vanos gritos de indignación, sus temores, y la joven se olvidó de todo pensamiento coherente. Se convirtió en una mujer despojada de todo fingimiento y de toda inhibición, en un ser sensual y excitado que ansiaba el contacto de él, que ansiaba ser poseída.

Volvió a la realidad un breve momento cuando él se detuvo para buscar una protección anticonceptiva y eso la desconcertó. Ni siquiera había pensado en tomar precauciones, pues estaba demasiado excitada e impaciente por experimentar todo lo que le prometía el cuerpo de Uzziah, ya que sabía que lo que sintió antes no era nada en comparación con el placer que los aguardaba.

Cuando al fin él se movió y la poseyó, ella pronunció su nombre en un suspiro de placer sensual. Con Vernon no sintió nada, pensó aturdida. ¡Absolutamente nada! Arqueó la espalda con deleite voluptuoso y alzó las caderas para aceptar en su interior el deseo de él.

Uzziah jadeó, luego alzó los brazos para colocarlos al lado de los de ella y el peso de su cuerpo le oprimió los senos. Su boca rozó los labios hinchados, los cuales humedeció con la punta de la lengua.

—Abre la boca —le ordenó con suavidad.

Ella obedeció y sus sentidos se excitaron más cuando él deslizó la lengua en el interior de su boca. Automáticamente, sus labios cerraron alrededor de ella y cuando la succionó con suavidad, se percató de que Uzziah se estremecía y se sintió aturdida por el

intoxicante placer que le produjo la reacción de él. Uzziah también parecía sorprendido, ya que alzó la cabeza para contemplar el rostro ruborizado de ella.
—Increíble —murmuró y, estirando los brazos, la desató— Quiero que me abraces —murmuró sobre sus labios—. Tócame, muévete conmigo...
La pasión en su voz hizo que Beth se estremeciera.
—Sí —aceptó ella sin aliento y clavó las yemas de los dedos en la amplia espalda, El tembló de nuevo, emocionándola hasta lo más profundo de su ser.
No obstante, esta vez no tuvo tiempo de seguir explorando su recién descubierto poder femenino, ya que de pronto Uzziah empezó a besarla con una pasión devastadora. Su lengua y su cuerpo siguieron un ritmo paralelo que era increíblemente excitante. Beth respondió con una cadencia instintiva propia, alzando las caderas mientras él se incrustaba en ella cada vez más hondo. No pensó en sofocar sus gemidos ni en controlar su agitada respiración. Había perdido el control de sus sentidos, cayendo en espiral, en un mundo donde no existía nada que no fuera ese placer enloquecedor, donde sólo podía haber un final.
A pesar de eso, por su inexperiencia, no estaba preparada para la intensidad de su clímax y abrió mucho los ojos cuando su cuerpo empezó a convulsionarse bajo el de Uzziah. Apartó la boca y pronunció el nombre de él en un jadeante grito de sorpresa. La respuesta de él fue un profundo gruñido de satisfacción. Aceleró su ritmo y sus poderosos movimientos pronto lo llevaron a una explosiva conclusión. Arqueó la espalda, echó atrás la cabeza y entre abrió los labios, dejando escapar un gemido de liberación.
Cuando al fin se desplomó encima de ella, Beth lo abrazó, le acarició el cabello y suspiró satisfecha. Después Uzziah se rodó para quedar boca arriba, arrastrándola consigo, de manera que ahora Beth quedó encima de él, cercada por sus brazos.
—Fantástico —murmuró él— Simplemente fantástico...
Ella se sintió envuelta en una oleada de deleite al escuchar esas palabras. Se quedó quieta, con la mejilla sobre el pecho de él, escuchado los latidos de su corazón, que poco a poco volvían a la normalidad. Jamás se había sentido tan feliz como en ese momento. No deseaba moverse, quena permanecer donde estaba, segura en los brazos de Uzziah, tratando de revivir en su memoria ese momento maravilloso de lo que acababa de suceder. Pero la lánguida secuela de su tórrido episodio se adentraba hasta sus huesos y dejó escapar un bostezo de agotamiento físico y mental.

—Duerme, querida —la arrulló Uzziah, mientras sus manos la acariciaban con movimientos arrulladores— Duerme…
Lo último que ella pudo percibir fue que él la recostó sobre los cojines y luego la cubrió con algo sedoso.

Beth despertó al sentir un leve roce en su rostro y entreabrió los párpados para ver a Uzziah apoyado sobre un codo, contemplándola con una sonrisa sensual mientras deslizaba la yema de un dedo sobre su mejilla. De inmediato notó que su cuerpo desnudo estaba cubierto con un edredón de satén azul pálido, pero que él estaba recostado desnudo encima de la tela. Su reacción al ver de nuevo ese magnífico cuerpo fue sorprendente e inmediata y sintió que su pulso se aceleraba.
—Has dormido durante horas —comentó él—. Pronto amanecerá.
Ella lo miró y en su mente insinuó el repentino pensamiento de que debería estar furiosa con él por lo que le hizo la noche anterior, por manipular de esa manera, atándola y luego reduciéndola implacable a una insensata criatura sensual.
Ciertamente la mujer que era hacía veinticuatro horas se había enfurecido, pero Beth ya no era esa mujer. Lo único que sentía al contemplar el rostro arrogante, pero en extremo atractivo, era alegría y gratitud. El había descubierto a la mujer que había en ella, había liberado su espíritu de la amargura y el cinismo. Le había demostrado cómo Podía ser el acto de hacer el amor. Hasta el día de su muerte, lo recordaría con gratitud. Y sí, con… agrado. Aisha tenía razón: Uzziah le agradaba, tal vez demasiado.
—No frunzas el ceño —murmuró él, besándola en la frente.
Beth se puso rígida al sentir la descarga eléctrica que provocó el contacto. Santo Dios, podría volverse adicta a eso, pensó preocupada. Por mucho júbilo que sintiera al ver que al fin había descubierto su sexualidad, comprendía lo fácil que le sería perder el control de esos nuevos deseos. Había disfrutado mucho cuando Uzziah le hizo el amor… era evidente que era un experto… y sin duda repetirían esa experiencia antes que terminara ese fin de semana. Pero no quería engañarse.
—Creo… que me gustaría darme una ducha —declaró al percatarse de las sensaciones que provocaban en ella el. cuerpo desnudo de Uzziah y queriendo tener algún espacio para respirar. Sentía un nudo en el estómago y estaba segura de que se había sonrojado.
—Es lo mismo que yo estaba pensando —respondió él con una sonrisa seductora—. Aunque prefiero un baño. Ya está preparado para nosotros —se bajó de la cama, apartó el edredón y le tendió la

mano—. Vamos...

Perturbada ante la facilidad con que él la manipulaba, Beth miró a su alrededor, buscando algo que ponerse. El rió divertido cuando le tomó las temblorosas manos y la hizo ponerse de pie.

—No necesitarás ropa —señaló y alzándola en sus brazos, se dispuso a cruzar la vasta habitación—. Si de mí depende, no cubrirás para nada tu hermoso cuerpo durante las próximas treinta y seis horas.

Beth lo miró y parpadeó. **¿Hermoso?** ¿Su cuerpo demasiado alto y antes excedido de peso, de grandes senos, caderas anchas y muslos sólidos?

—Sí, hermoso —repitió él con voz ronca y la besó en la boca, abierta en una expresión de sorpresa—. Es la primera vez que me acuesto con una mujer sin sentir el temor de aplastarla bajo mi peso.

CAPITULO 11

EL baño de Uzziah era un soberbio ejemplo de impresionante opulencia. Tan grande como un salón de baile, el suelo era de mármol negro. Había una enorme bañera, que podría ser piscina, un pequeño gimnasio, una mesa para masaje, una ducha donde cabían seis personas, un tocador con tres lavabos, y tantos espejos que Beth podía ver incontables imágenes de ella. Se sintió aliviada cuando Uzziah la sumergió en el agua tibia y le permitió alejarse, para liberarse de su abrumadora presencia física.

Beth huyó hacia el otro lado, donde unos chorros de agua brotaban de las paredes de azulejos. Al encontrar un borde debajo del agua, se sentó y fingió disfrutar del baño mientras trataba de recobrar la compostura.

Por fortuna, Uzziah se quedó en el otro extremo, nadando indolente, y luego se apoyó contra la pared, con los brazos extendidos. Ella fingió ignorar su escrutinio, pero el corazón le latía apresurado al sentir su mirada fija en ella. Sin embargo, el silencio de él le permitía pensar y por su mente cruzó una pregunta desconcertante.

¿Por qué él? ¿Por qué no Vernon? Este era muy bien parecido y además un amante experimentado? Trató de excitarla, pero cuanto más la acariciaba, la actitud de ella era más fría. Al final, perdió la paciencia y simplemente continuó con el acto, sin importarle si la lastimaba. No lo hizo, ni en un sentido físico, y Beth apenas se dio cuenta de cuando la poseyó. Uzziah, en cambio la hizo temblar de deseo antes de poseerla.

La joven alzó la mirada, confundida, y tropezó con dos penetrantes ojos negros que se acercaban a ella.

—De nuevo tienes el ceño fruncido—comentó él y se irguió, apartándose de la cara los largos mechones de cabello, mientras el agua chorreaba de sus codos. Cuando al fin dejó caer los brazos a los costados, Beth lo contempló admirada con un franco deseo.

Era tan hermoso, pensó con la garganta reseca, mientras el corazón le latía apresurado. Tan terriblemente atractivo... Deslizó la mirada sobre el rostro masculino, maravillándose de nuevo ante los rasgos exóticos, los ojos hundidos y magnéticos, la boca amplia e inflexible. Se tensó al pensar en las sensaciones que podían producir esos labios.

Tragó saliva, nerviosa, y su mirada descendió de la barbilla agresiva a la bien proporcionada estructura del poderoso cuerpo. Al fin sus ojos bajaron hasta los vellos oscuros que desaparecían en el agua.

No necesitaba ver su sexo para saber cómo era. Un hombre entre los hombres, había dicho Omar, y no se equivocó.
Se estremeció y sintió que la piel se le erizaba. Se alarmó al reconocer que incluso la vista de ese hombre podía excitarla a tal grado. ¿Estaría a punto de convertirse en una hedonista, esclavizada por los placeres de la carne? Esperaba que no.
—No es posible que tengas frío —comentó él con una sonrisa seductora.
—No —negó ella, y casi rió ante la ironía. ¿No podía ver que lo deseaba, que si él la tocaba ahora, ardería?—. Tal vez alguien caminó sobre mi tumba —señaló con un voz tan fría que no parecía la suya.
El la miró unos segundos antes de alejarse, y por suerte no la vio suspirar aliviada. Volvió a sumergirse en el agua tibia y nadó hasta una esquina cercana, donde también se sentó sobre el borde debajo del agua, extendiendo los brazos con una envidiable actitud relajada. Su mirada era impasible cuando volvió a detenerse en ella.
—Hábleme más de ti. ¿Cuándo fallecieron tus padres y quién es ese Pete del que me hablaste?
Beth se sintió feliz de hablar, si eso lo mantenía alejado un rato. Necesitaba tiempo para recobrarse, para acostumbrarse a su nuevo "yo", que sólo tenía que mirar a ese hombre para experimentar esas necesidades que tanto había luchado por controlar. Así que le contó todo, desde la época en que falleció su madre, cuando ella tenía ocho años. Le habló de su padre, quien durante los años siguientes se dedicó a beber hasta que eso le causó la muerte, mientras ella se consumía de dolor y se convertía en una desdichada adolescente excedida de peso. Le reveló cosas acerca de esos infortunados años, cosas que nunca había comentado con nadie, ni siquiera con Pete, y habló sobre todo de lo infeliz que se sintió cuando además de su exceso de peso empezó a crecer demasiado, hasta que sobrepasó en estatura a sus compañeros de clase.
—No era obesa —señaló—, pues hacía bastante ejercicio, pero en comparación con las demás jóvenes, me sentía enorme. Tal vez si hubiese tenido un rostro hermoso...
El sonido desdeñoso de Uzziah la hizo mirarlo a los ojos con irritación.
—Si dices que soy bella, yo. ..
—No lo diré —la interrumpió él con brutal honestidad—. ¿Pero para qué quieres ser bella? La estructura ósea de tu rostro es perfecta, con carácter y clase. ¡Serás una mujer atractiva todavía cuando todos esos rostros bellos se hayan arrugado!

Beth sintió en los ojos el escozor de las lágrimas y experimentó una opresión en el pecho. Luego le dirigió una sonrisa un tanto sardónica.
—¿Siempre sabes lo que debes decirle a las mujeres?
El ceño fruncido de él reveló que su comentario la había herido.
—Yo no diría eso, pues jamás he practicado los halagos. No ha sido necesario… —la miró un momento antes de continuar—. Háblame más de tu época en la escuela. ¿Qué fue lo peor que te sucedió durante esos años? El recuerdo que más te duele.
—Eso es muy fácil —respondió ella con una risa insegura—. Era cada vez que la escuela organizaba un baile. Oh, Dios, odiaba a todas las chicas de la escuela en esos días, cuando las oías planear felices el vestido que se pondrían esa noche y reían nerviosas al pensar en los muchachos que asistirían al baile… Por supuesto, yo nunca asistía. Me quedaba en casa, hartándome de chocolates y caramelos y después de eso me iba a la cama y lloraba hasta que me quedaba dormida. De no haber sido por mis caballos —terminó con voz apagada—, no sé qué habría hecho.
—Lo entiendo, pues los caballos son grandes compañeros. Igual que todos los animales, te aman por lo que eres, no por tu apariencia, por quiénes fueron tus padres o por tus riquezas.
La inesperada amargura en la voz de él la conmovió. Ella se sorprendió y luego se sintió intrigada por la gama de emociones que ese hombre podía provocarle. ¿Quién habría creído que ese individuo tan fuerte y poderoso pudiera sentirse herido por otras personas? Sin embargo, era evidente que sí lo habían lastimado…
—Prosigue —le pidió él con brusquedad al notar su mirada curiosa —. Cuéntame cómo llegaste a quedar al frente de esa escuela de equitación de la que me hablaste.
Beth carraspeó y empezó a narrar de una manera concisa y menos emocional cómo, después de la muerte de su padre, abandonó el colegio para tratar de revivir la escuela de equitación que su madre inició y su alcohólico padre casi había arruinado. Incluso le habló de las clases de equitación que les daba una vez al mes a los niños con impedimentos físicos.
—No tienes idea de lo mucho que esos pobres chicos disfrutan el tiempo que pasan con los caballos. Sus ojos se iluminan con una verdadera felicidad, en especial los de los niños con parálisis espástíca. De pronto pueden moverse sin dar la impresión de que son torpes y faltos de coordinación.
—Supongo que es un cambio agradable —observó Uzziah, apesadumbrado—, después de que todos los miran y se ríen de

ellos. ¡Si hay algo que me irrita es la forma en que los seres supuestamente civilizados miran a cualquiera que es un poco diferente, que no se ajusta a su idea de lo que es normal!
— "Yo diría que se siente algo más que irritado", decidió Beth al observar los puños apretados y el ceño fruncido del hombre. No le agradaría despertar el lado malo de su temperamento, de eso estaba segura. Y le gustaría tenerlo de su lado si se encontraba en problemas, o si corría algún peligro. De pronto cruzó por su mente el comentario de Omar acerca de que en una ocasión Uzziah le salvó la vida.
—¿Ahora puedo preguntarte algo? —dijo— Es decir, si me prometes que no te enfadarás.
—¿Por qué debería enfadarme? —preguntó él, desconcertado.
—No estoy segura... es sólo que Omar parecía pensar que...
—¿Omar? —repitió él, ceñudo—. ¿Qué te ha dicho de mí ese hombre infernal? Debería corregir sus errores, en vez de andar por allí hablando de los míos.
—No lo hizo —lo defendió Beth—. Sin embargo, mencionó que tienes cierta aversión a que les hable de ti a las mujeres, a un nivel personal.
—Y con justa razón —murmuró él— Cuando un hombre le dice algo a una mujer, a la larga ella tratará de usarlo en su contra.
—Dudo que eso se aplique en mi caso, Uzziah —replicó ella, vivaz —, puesto que el lunes desapareceré para siempre de tu vida.
El volvió a fruncir el ceño, inquieto y malhumorado. Era evidente que no le agradaba que lo interrogaran o le hicieran comentarios desafiantes, pero Beth se negó a retroceder. Sentía demasiada curiosidad.
—Omar me comentó que en una ocasión le salvaste la vida y yo me preguntaba cómo sucedió.
—¿Salvarle la vida? —Uzziah rió, lo cual la sorprendió—. ¡Santo cielo, ese hombre es un incorregible exagerado! ¡Salvarle la vida! —volvió a reír—. Vaya una historia. No obstante, algunas persona podrían decir que lo salvé de un destino peor que la muerte, aunque eso me parece dudoso. Nada se compara con la muerte.
De nuevo, una expresión de amargura cruzó por sus atractivos rasgos. La joven lo miró especulativa. ¿La muerte de quién pudo afectarlo de manera tan profunda y trágica? —se preguntó. Pero luego desapareció del rostro de él esa expresión perturbadora. Su mirada era inescrutable cuando se fijó de nuevo en ella.
—Estoy divagando —se disculpó con tono amable—. Ahora prosigo. Cuando éramos niños, nos enviaron a Omar y a mí a la misma

escuela, un lugar para niños privilegiados en el sur de Inglaterra. Verás, el padre de Omar era un acaudalado comerciante que pensó que una educación inglesa era esencial —para su segundo hijo, un niño muy brillante. Por desgracia, Omar era muy pequeño para su edad y eso, sumado a sus rasgos afeminados, lo convirtió en el blanco de ciertos alumnos de la escuela. Dos días después de nuestra llegada, descubrí que estaba a punto de ser... **iniciado...** por un par de estudiantes de más edad. ¿Entiendes lo que quiero decir? —preguntó, alzando una ceja en un gesto sardónico y ella asintió, con la boca seca—. Puesto que me opongo a la violencia de cualquier clase, intervine de inmediato y me proclamé el defensor de Omar, según la antigua tradición de los caballeros ingleses. Por suerte, yo era un muchacho muy desarrollado y desde mi primera infancia me enseñaron a defenderme. Verás, los beduinos son un pueblo de guerreros. Debo decir que les di una golpiza a mis contrincantes, aunque mí abogado no se sintió muy contento cuando tuvo que pagar las cuentas médicas y los daños para impedir que me llevaran ante los tribunales. Omar se mostró muy agradecido y durante el resto de nuestros años escolares me seguía a todas partes como un perrito, lo que por desgracia dio origen a ciertos rumores acerca de nuestra relación, que en ocasiones yo me veía obligado a explicar.

Beth no tuvo ningún problema para imaginar cómo exactamente se en. cargó él de aclarar cualquier malentendido.

—Sin embargo —continuó Uzziah, despreocupado—, he sido muy bien recompensado por mi valor. Cuando Omar obtuvo con honores su título en la Facultad de Administración de Empresas, lo contraté como mi secretario personal, y consejero financiero. Debo decir que es un empleado muy leal y un genio para las inversiones, aunque su tendencia a demostrarme en público su gratitud a veces me resulta un tanto irritante.

—¿Quieres decir que no fuiste tú el de la idea de que te llame amo?

—Santo Dios, no. El disfruta de las especulaciones que despierta entre mis invitados y conocidos de negocios con su actitud devota. Tiene una mente perversa. Lo que me recuerda que debo hablar con él acerca de cierto asunto, para asegurarme de que haga lo correcto... Pero ya basta de hablar de mi pasado, me interesa más el tuyo. Dime, ¿en dónde entra en escena el tal Pete?

Beth suspiró, pues se moría de curiosidad por saber algo más del pasado de Uzziah, pero sabía que no podría enterarse, de nada por el momento. Se veía obligada a satisfacer la curiosidad de él y a dominar la suya.

Pete, le explicó era el pensionado inválido que fungía como su cocinero y "ama" de llaves, a quien ella empleó poco después de que falleció su padre, porque fue el único solicitante que pudo permitirse contratar. El se ofreció a trabajar sin recibir ningún salario durante seis meses, a cambio de una habitación y alimentos. Se entendieron muy bien de inmediato, pues ambos eran personas sensatas y con el mismo sentido del humor. Pete, un ex soldado que nunca se casó, pareció encontrar en Beth la hija que nunca tuvo y siempre compartía con ella su sabiduría, por medio de máximas cínicas como la que ahora resultaba irónica: "No hay nada como algo seguro".

—Me da la impresión de que es un hombre sensato —comentó Uzziah con un guiño.

—Así es, pero yo no estaría aquí si lo hubiera escuchado.

—¿No? —preguntó él y su voz se convirtió en un murmullo sensual.

La joven sintió que su corazón dejaba de latir cuando se miraron a los ojos. El se acercó, la tomó de la cintura para bajarla del borde y la estrechó con fuerza contra su pecho. El corazón de ella latió apresurado al percatarse de que el deseo de él se había renovado y reconoció que el suyo en ningún momento había desaparecido realmente.

—Habrías sido mía —afirmó él con voz apagada—, sin importar si hubieras ganado o perdido esa carrera.

Su arrogancia la dejó sin aliento. No obstante, era esa misma arrogancia la que le parecía terriblemente atractiva. Aturdida, Beth pensó que había una debilidad elemental en las mujeres que respondían a esa clase de masculinidad. Y aunque a su mente le repugnaba el pensamiento de que un hombre la dominara de una manera tan completa, su cuerpo cedía bajo la actitud voluntariosa de Uzziah. Sin embargo, el resto de su orgullo la incitó a tratar de sacudir esa ufana confianza de él.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? —lo desafió.

—Es muy sencillo —él sonrió—. Desde el momento en que te bajé del helicóptero supe que me deseabas tanto como yo a ti.

—¡No seas ridículo! —estalló ella— ¡Eso no es cierto!

—Por supuesto que sí.

—¡Eso es absurdo! Ni siquiera remotamente pensaba yo en el sexo cuando llegué aquí. ¡Sólo pensaba en tus caballos! ¡Deseaba tener tu potro, no a ti!

—Tu mente pensaba en los caballos —insistió él con exasperante certidumbre—. Tu cuerpo buscaba el sexo.

Beth guardó silencio al recordar que al principio no podía dejar de mirarlo, que tuvo que apartarse de su contacto, como si la quemara. ¿Así que era tan sencillo como eso? La química corporal de una persona provocaba chispas en otra. ¿Cuántos hombres habría en el mundo, se preguntó, a quienes ella podría responder como lo hizo con Uzziah? ¿Dos? ¿Cincuenta? ¿Cien?
Sintió que el corazón se le oprimía. Era extraño... no le agradaba pensar que hubiera tantos. ¡No quería pensar que había siquiera uno. Sólo quería a **ese** hombrea ningún otro. El era su único amante verdadero, el que descubrió sus más íntimos secretos. El y sólo él la había visto con los ojos muy abiertos en el momento del clímax, escuchó sus íntimos gemidos de placer y sintió su carne tensarse de éxtasis. ¡Era impensable sentir lo mismo con otro hombre!
—Odio verte fruncir el ceño así —refunfuñó él.
Ella estudió su rostro atractivo y se dijo que no debería ser tan romántica e ingenua. Uzziah había tenido un sinnúmero de mujeres gimiendo de placer en sus brazos. Beth Carney no era nada especial. ¿Por qué entonces se hacía ilusiones? Eso era absurdo y autodestructivo. Debía pensar en él sólo como una aventura durante las vacaciones, una aventura erótica y apasionada; el próximo martes ella estaría volando a Australia y jamás volvería a verlo. ¡Al fin había hablado el sentido común! ¿Por qué entonces de pronto se sentía tan desdichada?
—Quiero ver una sonrisa —señaló él.
Beth necesitó hacer un considerable esfuerzo para complacerlo, pero luego se sintió mejor. En especial cuando él correspondió a su sonrisa.
—Ahora rodéame el cuello con los brazos —le ordenó él—, y cuéntame cómo fue posible que ese maldito vecino tuyo lograra derribar tus defensas. ¡No más mentiras! Quiero escuchar la verdad.
Con cierta renuencia, ella empezó a contarle la historia de su Pérdida de peso hacía cinco años y del repentino interés de Vernon en ella, incluyendo su indiferente despedida a la mañana siguiente.
—Vaya un cerdo egoísta —masculló Uzziah cuando ella concluyo, y luego le dirigió una mirada de reproche—. ¿Pero cómo diablos pudiste llegar a la conclusión de que cualquier futura relación sexual sería algo desagradable para ti, sólo porque la primera vez fue así? ¡Creí que eras más inteligente!
—La inteligencia no tiene nada qué ver en eso, Uzziah, pues toda mi vida me sentí carente de atractivo y nunca esperé nada del sexo opuesto, excepto burlas y rechazos. Incluso cuando adelgacé no me sentía atractiva, y los hombres tampoco parecían impresionarse

conmigo.
—¡Qué absurdo! Eres muy atractiva, con un cuerpo increíblemente sensual. No me digas que durante estos últimos años nunca has sido objeto del deseo masculino.
Beth se ruborizó al recordar las ocasiones en que los hombres la abordaban en la taberna y ella rechazaba sus invitaciones con miradas duras y comentarios cáusticos.
—Creo que en realidad yo no era receptiva —reconoció despacio—. Tal vez aún me sentía herida después de todos esos años de carecer de amor y sentirme indeseable. Incluso mi padre acostumbraba decirme que debí ser niño, que no era nada femenina ni agraciada.
Uzziah la miró a los ojos y en las negras profundidades Beth pudo ver lo mucho que la deseaba.
—Ahora ya sabes que estabas equivocada, ¿no es cierto? —murmuró él, enmarcando su rostro entre las manos y besándola con infinita dulzura—. Te deseo más que a cualquier mujer que conozco. ¿Por qué crees que no te permití regresar a El Cairo, por qué crees que pensé en esa desigual apuesta? Estaba loco por ti, completamente loco...
Beth tembló bajo su apasionado beso.
—Ahora regresaremos a la cama —indicó él con ese tono que ella adoraba— Y tú me harás el amor.
—¿Yo? —lo miró a los ojos y sintió que la cabeza le daba vueltas.
—Sólo tendrás que decir sí a todo.
Ella asintió, con la boca reseca.
—Te colocarás encima de mí.
Beth tragó saliva.
—Y me enloquecerás.
Ella se estremeció cuando Uzziah se apoderó de nuevo de su boca.

CAPITULO 12

—DEBE de ser muy tarde —comentó Beth.
—¿Y qué importa? Podemos quedarnos todo el día en la cama si queremos. Si tienes hambre, puedo pedir que nos envíen una bandeja .
—Oh, no, no lo hagas —suplicó ella de prisa—. Yo... me sentiría avergonzada.
La risa de Uzziah fue cálida cuando la estrechó más contra su cuerpo. La besó primero en el lóbulo de la oreja, luego en el cuello y el hombre deslizó las manos por su espalda para después acariciarte los senos. Beth se sorprendió al sentir que de nuevo respiraba agitada.
—Uzziah, esto es una locura. No podemos volver a hacerlo. Yo...
—¿Qué harás? —murmuró él a su oído.
Pero la discusión se interrumpió cuando alguien llamó a la puerta de pronto. Sonaba como una clave. Tap—tap; tap, tap, tap; tap, tap.
—Maldición —masculló Uzziah.
—¿Quién es? —le preguntó Beth.
—Omar.
—¿Qué crees que pueda querer?
—Me temo que quiere verme. Me olvidé de que hoy es el primer domingo de mes.
—¿Y?
—Acostumbro encabezar una especie de tribunal para el pueblo el primer domingo de cada mes. Escucha, iré a decirle a Omar que dentro de poco estaré con él. ¡Tú te quedarás aquí! —le ordenó, haciendo a un lado las mantas y poniéndose de pie, totalmente desnudo. Luego tomó su túnica negra, se la puso y salió a toda prisa.
¿Un tribunal para el pueblo? Beth esperó impaciente su regreso, pues se sentía invadida de curiosidad. Por suerte, no tuvo que esperar mucho tiempo, ya que Uzziah regresó poco después, con el ceño fruncido.
—Por lo visto, este mes hay una larga hilera de personas descontentas —le informó antes de dirigirse al baño—. Trataré de terminar tan pronto como me sea posible—añadió por encima de su hombro.
El ruido de la ducha le indicó a Beth que no podría sostener con él una conversación en ese momento. Uzziah salió unos minutos después, vestido con una larga túnica de fino, blanca como la nieve, los pies calzados con sandalias y el cabello húmedo peinado hacia

atrás y sujeto con un nudo en la nuca.
—Trataré de no demorarme mucho —le dijo a modo de disculpa.
—¿No puedo ir a ver?
—¿Qué objeto tendría? —él rió sorprendido— Es algo tedioso. Debo representar el papel de Salomón y resolver pequeñas disputas.
—Me **agradaría** verte en el papel de Salomón.
—Eres una mujer muy extraña —observó él, ceñudo— Cualquier otra preferiría quedarse en la cama y dejar que la mimaran. Estaba a punto de pedirle a Aisha que te trajera una bandeja con el desayuno.
—Preferiría desayunar después —replicó ella—. Contigo.
—Puedes acompañarme si me prometes pasar desapercibida —indicó él después de mirarla un momento— ¡Y no dirás una sola palabra!

Beth trató de ser discreta y se apoyó en una de las columnas de mármol, fascinada por lo que la rodeaba y por los procedimientos. La asamblea se efectuaba en el salón de baile, con su suelo de mármol blanco y su espléndido domo de vidrio de colores en lo alto. Uzziah estaba sentado en un amplio sillón, semejante a un trono, en un extremo del salón, y los litigantes formaban una larga hilera delante de él. Omar estaba de pie a la derecha de su amo, explicándole cada problema en voz alta, con su tono pomposo pero por desgracia, no en inglés.
No obstante, Uzziah parecía un juez firme porque no hacía demasiadas preguntas, y sólo escuchaba a las personas, o a las dos partes, según el caso y luego dictaba su sentencia. Su fallo era bien aceptado, como si todos supieran que era un juez justo e infalible. Sólo una vez un hombre alzó la voz para protestar. Uzziah se puso de pie de un salto, gritando algo en árabe y señalando colérico hacia las puertas dobles en la parte posterior del salón. El inconforme dejó escapar un grito de angustia y se dejó caer a los pies de Uzziah, besándolos una y otra vez. El jurisprudente suspiró, volvió a sentarse y apoyó una mano con suavidad sobre la cabeza y sonrió aliviado.
El acto afectó mucho a Beth, quien sintió que los ojos se le anegaban de lágrimas, sorprendida, parpadeó para ahuyentarlas. Luego reflexionó que el incidente reflejaba su propia situación. A ella también la despedirían pronto, expulsándola de los dominios de Uzziah, igual que ese hombre estuvo a punto de ser desterrado. Uzziah no necesitaba de modo permanente a una mujer. El no se enamoraba, y jamás se casaría. Simplemente recibía... a sus

invitadas. Si ella se arrojara a sus pies y le suplicara que le permitiera quedarse, ¿la compadecería como acababa de hacerlo con ese hombre? Lo dudaba.
Una repentina conmoción en el fondo del salón la distrajo de los sentimientos de intensa desolación causados por los pensamientos.
—¡No seas ridícula! —decía alterada una voz femenina cuando se abrieron de par en par las puertas dobles— Por supuesto que puedo entrar ¡Jovencita, soy la madre de Uzziah!
¿La madre de Uzziah? Beth parpadeó al ver a una mujer de elevada estatura y cabello gris, vestida con un conjunto azul marino que entró en el salón seguida de Aisha, cuya expresión era ansiosa.
—¡Uzziah! —exclamó la recién llegada—. ¡Explícale a tu joven sirvienta quién soy yo! Debe de ser nueva aquí, puesto que no me reconoció.
Despacio, Uzziah se puso de pie, con una expresión inescrutable. Se volvió para hablar brevemente con Omar, quien asintió y salió del salón, llevándose consigo al último quejoso y a Aisha. Las puertas dobles se cerraron y Uzziah se quedó a solas con su madre.
O por lo menos eso fue lo que pensó la dama. Beth se preguntó si Uzziah se había olvidado de que ella estaba allí.
—Hace más de un año que Aisha trabaja para mí, madre —informó él con tono amable y Beth pensó que trataba de disimular su irritación—. ¿puedo preguntarte a qué se debe tu inesperada visita? Después de la última vez, pensé que no regresarías aquí.
—Tengo una buena razón —señaló ella.
—¿Otra buena causa? —preguntó él con tono seco— ¿De qué se trata esta vez? ¿De otro hogar para adolescentes que han huido de su hogar? Sabes muy bien que pudiste enviar un cable pidiéndome el dinero, madre. Te habría resultado más económico que venir hasta aquí, incluso si usaste mi helicóptero.
—Vine en el vuelo que trae tus provisiones semanales y pagué mis pasaje desde Londres. ¿Nunca has pensado, Uzziah, que deseo verte por otras razones, no sólo para pedirte dinero?
—No —replicó él con frialdad—. Sólo dime cuánto necesitas. ¿Doscientos mil dólares? ¿Medio millón? ¿Cuánto necesitas para salir de aquí en menos de media hora?
Beth dejó escapar un jadeo de sorpresa, que hizo eco en el salón. La madre de Uzziah se dio la vuelta y la vio de inmediato. Unos ojos de un tono gris acerado se clavaron en su largo cabello rubio, que caía desordenado sobre la túnica negra de Uzziah. Beth se encogió, lamentando su decisión de cubrir su desnudez con lo primero que encontró.

—¡Vaya! —exclamó la mujer mayor y sus delgados labios se curvaron en un gesto desdeñoso—. Así que esta es la razón por la cual deseas que yo salga de aquí de inmediato. ¡Tienes alojada aquí a una de tus desvergonzadas mujerzuelas!
Beth se quedó boquiabierta ante esa actitud tan grosera y miró a Uzziah, quien parecía querer asesinar a su madre
—Ya basta —estalló y un rubor de cólera tiñó sus mejillas— No te permito expresar tus hipócritas escrúpulos religiosos en mi hogar, ¿Me entiendes? Una mujer que se entrega a un hombre por amor no es una desvergonzada y tampoco una mujerzuela.
—¿Qué es, entonces? —inquirió su madre con acritud— ¿Una santa?
—Tal vez.
—¡Yo diría más bien que es una prostituta!
—Sólo en tu enfermiza mente —replicó él, furioso—. Quiero que sepas que Beth es la mujer más genuina, amante, cariñosa y maravillosa que jamás he conocido! Me siento privilegiado por haber tenido el honor de conocerla y por ser lo bastante afortunado para experimentar el deleite de poseer su encantador cuerpo. Sólo espero poder reparar el daño que acabas de causar con tu mordaz lengua. ¡Es una lástima que no te hayas visto obligada a compartir la cama con mi padre un poco más! ¿Tal vez si él hubiese tenido el tiempo suficiente, habría podido atravesar esa capa de concreto en la que envuelves tu corazón en nombre de la virtud?
Beth se sintió conmovida por los cumplidos que Uzziah le había dirigido, pero al mismo tiempo estaba consternada por la furia de él al atacar a su madre. ¿No podía ver que la sangre parecía haber desaparecido del rostro arrugado, o la expresión acosada en sus ojos? No, pensó al notar la helada furia en su rostro. No podía ver nada debido a su cólera. Sin embargo, era terrible quedarse allí y verlo atacar a su madre. Tal vez ella era tan intolerable y tenía una mentalidad tan estrecha como él decía; pero también era una mujer de edad avanzada.. . por lo menos tendría setenta años... y sin duda era víctima de la estricta educación religiosa que fue tan común en su época,
¿No comentó **monsieur** Renault que era misionera cuando la secuestraron y se la entregaron al padre de Uzziah? ¡De ser así, la experiencia de ser ultrajada cuando tal vez aún era virgen y ya no muy joven debió de ser algo horrendo! Beth no se sorprendió por el punto de vista de la vieja mujer acerca del sexo. Era una lástima que Uzziah no pudiera mostrarse más comprensivo e indulgente.
—¡Uzziah! —empezó a decir Beth con tal firmeza que él se volvió a

mirarla—. No creo que sea el momento ni el lugar para hablar de cosas tan privadas y personales. Estoy segura de que puedes ver que has alterado mucho a tu madre. ¿O no te importa? ¡Entonces no eres el hombre que yo creí que eras! —se adelantó para tomar del brazo, con suavidad, a la mujer mayor—. Vamos, la llevaré a mi habitación mientras su hijo recuerda sus buenos modales. Uzziah, ¿quieres ordenar que nos lleven una bandeja de té? Después, cuando te hayas calmado, podrás reunirte con nosotras.
Le dirigió una última mirada de reproche antes de alejarse con la anciana que parecía tan desconcertada como él.
—Mi nombre es Beth —le informó a la madre de él tan pronto como salieron del salón— Y si se pregunta a qué se debe mi acento, soy originaria de Australia. ¿Cómo debo llamarla?
La anciana se detuvo y la miró, parpadeando.
—Yo... mi nombre es Irene.
—Irene —Beth sonrió y le dio una palmada en la mano—. Vamos, no permita que Uzziah se altere. Es un fanfarrón y sólo quiso desahogarse. Por supuesto, como su madre, usted debe comprender que ahora es un adulto y que puede vivir como mejor le plazca. Tal vez usted no está de acuerdo con ciertas cosas que él hace, pero no se lo debería decir, no si quiere mantener una buena relación con él.
Cuando siguieron caminando, Beth tropezó con el borde de la túnica negra, demasiado larga para ella. Eso le recordó que no llevaba nada debajo, y también cómo la llamó la madre de Uzziah.
—Irene —le explicó cuando llegaron frente a la puerta de las habitaciones para huéspedes—, quiero que sepa que no acostumbro pasar la noche con un hombre. Pero su hijo, Uzziah... bueno... es el primer hombre que me ha hecho sentir lo que sentí anoche y sólo puedo decir que...
No pudo continuar, pues la anciana estalló en llanto y sepultó la cara entre las manos, con el cuerpo sacudido por los sollozos. Beth se quedó sin saber qué hacer. Al fin la hizo entrar y la instaló en uno de los divanes, antes de dirigirse apresurada al baño en busca de la caja de pañuelos desechables. Pero al ver la figura encorvada, con los hombros temblorosos, lo único que pudo hacer fue sentarse a su lado y estrecharla en sus brazos, rezando para encontrar la manera de consolarla. Por suerte, la llegada de Aisha con la bandeja del té hizo que Irene se controlara, con la típica renuencia de las mujeres inglesas a mostrar en público sus emociones.
—Gracias ,Aisha —dijo Beth cuando la empleada depositó la bandeja sobre la mesita—. Por favor, infórmale a Sidi Uzziah que su

madre se siente mejor ahora y que espera que venga a reunirse con nosotras.

Dando muestras de diplomacia, la chica no hizo ningún comentario; sólo asintió y se retiró. Beth rompió el difícil silencio al servir el té y comentar:

—Por lo menos es té ingles y no de menta. ¿Lo toma con leche y azúcar, Irene?

La anciana sólo pudo asentir temblorosa.

—Eres... tan amable —murmuró—. Yo... no lo merezco.

—¿Por qué no?

Irene alzó la vista; en los ojos grises había una expresión de sorpresa al fijarse en Beth.

—¿Qué ha hecho de malo —prosiguió la joven—, como no sea amar a su hijo y cuidar de él en circunstancias que imagino debieron de ser muy difíciles? Sé cómo fue concebido Uzziah y le aseguro, Irene, que la comprendo muy bien.

—No... tú no comprendes —replicó la anciana, moviendo despacio la cabeza—. Las noches que pasé con el padre de Uzziah fueron...

—Terribles, estoy segura —terminó Beth por ella.

—No —negó temblorosa la dama—. Fueron m. .. maravillosas...

Beth parpadeó asombrada, pero no hizo ningún comentario.

—Tú... no puedes imaginarlo. Yo era una solterona de cuarenta años y nunca en toda mi vida un hombre se había fijado en mí. Era demasiado ordinaria, demasiado alta y robusta. Y de pronto me encontré en el harén de un jeque árabe tan atractivo que habría hecho que cualquier mujer perdiera la cabeza. No sólo eso, sino que fue tan amable, tan... galante. Esa primera noche se sentó a charlar conmigo y me explicó que tenía que llevarme a su cama, de lo contrario, deshonraría a la tribu que me entregó a él como un regalo, pero que sería bueno conmigo...

Hizo una pausa, como saboreando el recuerdo.

—Desde el primer momento en que me tocó, me sentí... hechizada, pero traté de no demostrarlo. Intenté resistir, pero fracasé... —dejó escapar un suspiro desgarrador y de nuevo los ojos se le anegaron de lágrimas—. Me sentí tan avergonzada a la mañana siguiente —le dirigió a Beth una mirada suplicante. No podía saber que la joven podía comprender mejor que nadie lo sucedido—. Juré que jamás le permitiría volver a tocarme. Pero la siguiente noche, cuando me mandó llamar, me sentí tan... **halagada** al saber que me quería a su lado por segunda vez, que cedí. Creo que esa noche me enamoré de Rachid. No, no lo creo, sé que me enamoré. Pero al mismo tiempo, lo odié por hacerme sentir y hacer cosas que yo pensaba que eran

perversas.
—Pero no lo eran —objetó Beth con suavidad—. ¿Acaso no puede comprenderlo ahora?
—Sí... creo que al fin lo he comprendido. Comprendí la verdad cuando tú me hablaste de lo que te hizo sentir Uzziah. Sin embargo, eres buena, puedo verlo. Mas es tan difícil ignorar lo que se te inculcó desde la infancia. El sexo sin matrimonio era tabú en mi familia, y cuando cedí y además experimenté un gran placer, fui invadida por los remordimientos. Cuando me enteré de que estaba embarazada, me sentí tan culpable y desesperada que mi amor se convirtió en odio.
Suspiró, profundamente emocionada, y continuó.
—Entonces sí me negué a que Rachid volviera a tocarme. Antes él me había prometido que me dejaría en libertad después de un par de meses, pero al enterarse de mi embarazo, me obligó a quedarme hasta que nació Uzziah, temeroso de que yo hiciera alguna tontería. Aunque no lo habría hecho; a mis ojos, eso habría sido un crimen más grande que el que ya había cometido.
—¿Y al fin le permitió llevarse con usted a Uzziah, de regreso a Inglaterra?
—Sí, aunque él no tenía intención de apartarse para siempre de su hijo. Insistió en que el niño debía pasar a su lado una parte del año. Cuando me negué la primera vez, hizo que secuestraran a Uzziah. ¡Jamás había sentido un dolor y un tormento así! Cuando varias semanas después me devolvieron al niño, convine en hacer lo que Rachid quería, de manera que desde entonces compartimos a nuestro hijo.
—Bueno, creo que eso fue lo más sensato, ¿no le parece?
—Yo no manejé bien la situación —aceptó Irene, estremecida—. Pobre Uzziah... sufrió mucho durante sus años de crecimiento. .. dividido entre dos culturas diferentes, dos religiones diferentes. Yo sabía lo mucho que amaba a su padre y sin embargo trataba de envenenar su joven mente en contra de él. No fue una actitud muy cristiana, ¿verdad? Y Rachid no actuó mucho mejor, diciéndole siempre que yo no lo quería tanto como él. Acostumbraba burlarse de mis creencias religiosas y trataba de imponerle las suyas al niño, haciendo todo lo posible para corromperlo y hacerlo desdeñar mis valores. ¿Sabes que le obsequió una mujer el día que cumplió trece años? Era una mujer experimentada, que lo adiestró en las artes eróticas.
Beth movió la cabeza, con los ojos muy abiertos. No era de sorprender que Uzziah fuera un amante experto, pensó, irónica. Era

algo que le enseñaron desde que era apenas un niño.

—Por supuesto —Irene suspiró—, cuando volvió a casa y se jactó de ello, me enfurecí. Decidí traerlo para enfrentarme a su padre. Veníamos en camino cuando eso sucedió.

—¿Qué sucedió?

—Una bomba mató a Rachid y a toda su familia.

—¡Oh, Dios, qué terrible! ¿Pero quién... por qué?

—Fueron terroristas —explicó Irene y se encogió de hombros—. Nunca descubrieron cuál grupo fue el culpable. Rachid no era muy apreciado entre su pueblo. Consideraban que sus opiniones eran demasiado liberales y que se mostraba excesivamente amistoso con Occidente.

—Pobre Uzziah—murmuró Beth.

—Sí, sufrió mucho. No sólo murió su padre, sino también sus medios hermanos y hermanas y las madres de estos. Las únicas personas que quedaron del lado árabe de su vida, fueron los miembros de una tribu de beduinos con quienes estaba muy unido y de los que aprendió amar a los caballos. Insistió en pasar algún tiempo con ellos y yo no tuve el valor para negarme. Pensé que si lo hacía, él encontraría la forma de ir a verlos sin mi permiso. De pronto, antes de cumplir los catorce años, se convirtió en un adolescente muy rico, maduro y en extremo cínico. En una ocasión me comentó que el dinero que había heredado de su padre con el tiempo le daría el poder necesario para alejarse de este mundo, de despreciarlo como se lo merecía.

—Oh, Dios —musitó Beth, entristecida.

—Sí —continuó Irene—. Uzziah se convirtió en un hombre duro, pero yo vivía con la esperanza de que algún día cambiaría, de que los años ablandarían su corazón. En una temporada albergué grandes esperanzas de que así fuera, cuando conoció a una joven descendiente de una opulenta familia inglesa y se enamoró de ella. Pero por los visto la familia de ella no quiso aceptar como yerno a un hijo ¡legítimo, que además llevaba en su sangre una mezcla de dos razas. La joven no quiso oponerse a la voluntad de sus padres. Después de eso, Uzziah se volvió más cínico y cada vez pasaba más tiempo aquí. Ha tenido muchas mujeres diferentes, todas del mismo tipo, superficiales y fáciles. Al fin tuve que aceptar que no tiene la menor intención de contraer matrimonio ni de tener hijos. Tal vez yo soy la culpable, pues no he sido una buena madre y no le he dado un buen ejemplo.

—No se juzgue con tanta dureza —la tranquilizó Beth—. Quizá Uzziah es un tanto cínico en lo que concierne a las mujeres y el

matrimonio, pero es noble y generoso y usted debe estar orgullosa de él. Entiendo que se sienta decepcionada con algunos aspectos de su vida, pero como adulto, tiene el derecho de vivir como mejor le parezca. Deje que lo haga y quiéralo a pesar de todo.
—¡Pero lo quiero! —exclamó Irene—. Lo amo hasta dar la vida por él.
—Entonces trate de no sermonearlo; de cualquier forma, no podrá cambiarlo. Yo aprendí eso en muy poco tiempo. ¿Quién sabe? Tal vez... algún día... él decida cambiar.
Irene se le quedó mirando.
—¿Cómo es posible que seas tan joven y sin embargo tan sabia?
—No soy tan joven —respondió Beth con ironía—. Y tampoco son tan sabia, pero conozco a su hijo. No sólo bíblicamente hablando —añadió con una sonrisa—. Tiene la fortaleza moral y el carácter de usted, más de lo que cree y, lo mismo que usted, puede ser obstinado y rígido en su manera de pensar. Las personas que trabajan para él lo tienen en un alto concepto; lo respetan y admiran; **confían** en él. También lo he visto tratar a un potrillo recién nacido con tal ternura que dan ganas de llorar. Usted no educó mal a su hijo, Irene, de ninguna manera...
—Sí sólo se enamorara de una joven como tú —murmuró la anciana con profunda sinceridad y Beth sintió el corazón oprimido.
—Si sólo —repitió, y luego se detuvo con un sobresalto. "Oh, no", se dijo con cierto grado de conmoción. Oh, no...
La verdad encajó en su lugar como la última pieza de un rompecabezas. Esa era la razón por la cual respondió de una manera tan absoluta a Uzziah, no como sucedió con Vernon. Por eso el pensamiento de marcharse la hacía sentir un amargo vacío. Porque se había enamorado.
Irene la observaba atenta.
—Tú lo amas, ¿verdad?
La jóvenes tuvo a punto de negarlo, pero se detuvo. ¿Por qué debería negarlo? Toda su vida había albergado la esperanza de enamorarse.
—Con todo mi corazón —confesó, sintiendo un nudo en la garganta.
En ese momento alguien llamó con fuerza a la puerta y Beth tragó saliva.
—Debe de ser Uzziah.
—¿Qué... qué le diré? —preguntó Irene, invadida de pánico.
—Creo que puede empezar por decirle todo lo que acaba de decirme a mí.

—Sí... —respondió la anciana, despacio—. Sí, creo que lo haré. ¿Y tú, querida mía? ¿Le dirás que lo amas?

Beth movió la cabeza y en sus ojos apareció una expresión de pesar.

—No creo que sea una buena idea. Mañana me iré de aquí y el martes estaré volando de regreso a Australia.

CAPITULO 13

PERO el martes Beth no iba en el avión de regreso a Australia. En vez de ello, estaba hablando por teléfono a su hogar en Galston Gorge.

Escuela de Equitación Carney —respondió, Pete con su ronca voz—. Habla Pete.

—Pete, soy Beth

—¡Beth! ¿Cómo estás, querida? Pensé que podrías ser tú cuando escuché el timbre del teléfono. ¿Qué sucedió? ¿Tu avión se ha retrasado?

—No, es sólo que decidí prolongar un poco más mis vacaciones.

—¿Todavía no has encontrado al garañón de tus sueños?

La ironía de esa pregunta hizo que Beth se sonrojara.

—No... todavía no —respondió, sorprendida al percatarse de lo poco que había pensado últimamente en los caballos—. Pero tengo la oportunidad de quedarme una semana mas en un criadero de caballos árabes en Marruecos —prosiguió apresurada—. De hecho, ahora me encuentro aquí.

—¿En Marruecos? —preguntó Pete con un dejo de inquietud—. Pero eso está en el otro extremo de África, ¿no es cierto? ¿Cómo diablos pudiste pagar el avión hasta ese lugar? Pensé que sólo llevabas el dinero suficiente para pasar una semana en Egipto.

—Pues bien, a decir verdad, el viaje no me costó nada, Pete. Verás, estoy aquí como una invitada y...

—Vamos, Beth —la interrumpió él con brusquedad—. No hay nada como una comida gratis. Tú lo sabes tan bien como yo.

—Sí, Pete —respondió ella con un suspiro—. Lo sé.

—¿Beth? No pareces la misma. Creo que será mejor que le digas al viejo Pete qué es lo que está pasando. ¿Tienes problemas?

—Santo Cielo, no —negó ella, decidida a tranquilizarlo—. Tuve la oportunidad de ver unos caballos excelentes y no quise desaprovecharla. Le hice a su dueño un favor y...

—¿Qué clase de favor? —quiso saber Pete, por lo visto nada tranquilo.

—Monté uno de sus caballos. Logré que un rebelde potro negro saltara tan bien unos obstáculos que lo vendieron en una pequeña fortuna y el propietario se mostró muy agradecido conmigo.

—¡Vaya! Esos típicos ricos son siempre unos malditos. Son hombres de inundo y, por lo general, mujeriegos. Como tú sabes, no se muestran reacios cuando se trata de acostarse con cualquier joven.

—Vamos, Pete —ella rió temblorosa—. ¿Honestamente crees que un

hombre así pudiera llegar a primera base conmigo?
—¿Por qué no? Vernon lo logró.
—¡Pete!
—¿Crees que no estoy enterado de eso? Lo vi en tu rostro, querida, al día siguiente. Necesité todo mi control para no ir a golpear a ese maldito cerdo. Lo único que me detuvo fue le pensamiento de que al hacerlo, tú te enterarías de que yo lo sabía. Y pensé que necesitabas un poco de tiempo para superar ese dolor.
—Oh, Pete... —exclamó ella a punto de romper a llorar.
—No quiero que te vuelvan a herir, querida. Así que ten cuidado, ¿me lo prometes?
—Sí, Pete.
—Gracias a Dios él no podía ver su rostro bañado en lágrimas.
Beth colgó el auricular un momento después de que Pete le aseguró que podría salir adelante solo una semana más. Sentada sobre el borde de la cama, trató de convencerse de que no actuó como una tonta al aceptar la invitación casual que Uzziah le hizo el día anterior, de quedarse unos días más. Pero no había nada de casual en lo que hacían los dos en aquel momento.
—Tú... vaya manera que tienes de elegir el momento...
—¿Quieres una pequeña pausa para meditar? —él sonrió perverso.
—Si te detienes ahora, te estrangularé.
—Entonces di que sí de inmediato —le pidió él con apasionada urgencia.
—Sí —respondió ella, sofocada— Oh, Dios, sí...
Desalentada, Beth sepultó la cabeza entre las manos al comprender que era cera blanda en manos de Uzziah, en especial cuando empezaba a acariciarla. A veces resentía con amargura su amor por él, sobre todo porque minaba su fuerza de voluntad. Durante los dos últimos días, un par de veces se resistió con deliberación a las acometidas de él, tratando de recuperar el control de su vida. Pero al final, siempre cedía.
Una de esas ocasiones fue el domingo anterior, poco después de que él sostuvo una charla en privado con su madre. Cuando los vio salir sonrientes, la joven pensó que Uzziah se había ablandado, cambiando su dura decisión de enviar de regreso a su madre antes que transcurriera media hora; pero por lo visto no fue así. Poco después, el helicóptero despegó hacia Casablanca, llevándose a Irene. Beth se sorprendió al ver la forma tan fría en que él se deshizo de su madre y se lo dijo tan pronto como estuvieron solos en las habitaciones principales.
—Le entregué un cheque por una suma considerable para un nuevo

asilo para mujeres —fue la sardónica respuesta de él— ¿Qué más podría ella desear?
—¿Qué más podría desear? Por Dios, ¿sabes que eres muy inhumano? Es tu madre y te ama. Es obvio que el asilo fue sólo un pretexto para venir a verte y hacer las paces contigo.
—Eso fue lo que me dijo.
—¿Y no le creíste?
Por los ojos de él cruzó un destello sombrío.
—Es difícil borrar una actitud de treinta años con una confesión tardía. Básicamente, ella sigue siendo la misma mujer que era cuando llegó aquí. ¿Has olvidado cómo te insultó?
—Por supuesto que no lo he olvidado, pero comprendo que haya pensado como lo hizo. Es una mujer de profundas creencias religiosas y vino aquí en una misión de caridad cristiana, sólo para encontrarte con quien parecía una mas de tu interminable sucesión de mujerzuelas sedientas de sexo. ¿Qué esperabas que pensara de mi?
—¡Mujerzuelas sedientas de sexo! —estalló él, volviéndose a mirarla furioso—. Quiero que sepas que las mujeres con quienes comparto mi cama son todas....
—Sí, lo sé —lo interrumpió ella con tono cáustico—. Todas son mujeres genuinas, amantes y maravillosas, estoy segura.
—¡Tal vez no, pero no son mujerzuelas! —replicó él, colérico—. ¡Por lo común son mujeres ricas por derecho propio, hijas de millonarios!
Los celos hicieron a Beth perder el control.
—De acuerdo, no son mujerzuelas —aceptó mordaz—. Son encantadoras, atractivas y ricas y, debes creerme, también son unas arpías que sólo te consideran un exótico pasatiempo. Imagino lo que dicen después. ¿Adivina con quién me acosté este fin de semana? ¡Con Uzziah, el garañón! Oh, sí, es tan bueno como dicen. ¡Un hombre entre los hombres, un verdadero semental! Un ...
—¡Basta! —espetó él con los puños apretados y la mirada centelleante de furia.
En los ojos de Beth también había un destello de cólera, pero iba dirigida contra ella, no contra él. ¿No se advirtió que no debía enamorarse de ese hombre? Por mucho que ahora supiera lo que a él le agradaba, debió evitar a toda costa involucrarse emocionalmente con él. Pero ya era demasiado tarde. ¡Lo amaba! ¡Amaba a ese maldito!
—Si el sombrero te queda, póntelo, Uzziah —declaró furiosa—. ¡Si actúas como un estúpido garañón sin alma, así será como te traten!

El extendió las manos para estrecharla con fuerza.
—¡No me hables de esa manera!
Ella se soltó, temerosa de que incluso un abrazo violento pudiera debilitar su decisión de decirle lo que pensaba de él.
—¿Por qué no? ¿Acaso no es cierto? Sólo hay que ver tu forma de vestir. La mitad del tiempo pareces salido de un escenario de **Kismet** en Hollywood. ¿Cómo puedes esperar que cualquier mujer te tome en serio?
—No quiero que ninguna mujer me tome en serio —replicó él con helada furia—. Y tampoco me importa lo que piensen de mi apariencia. Me visto con ropa que me parece útil y cómoda. Si mi atuendo tiene el beneficio adicional de excitar a mis huéspedes del sexo femenino, tanto mejor. Después de todo, para eso las traigo aquí. Por eso te traje aquí a **ti,** mi querida Beth. Pero soy yo quien decide con qué mujeres me acuesto, no al contrario. Créeme, no soy juguete de ninguna mujer. Yo establezco las reglas y yo decido las jugadas. ¡No lo olvides!
Deslizó la mano alrededor de la cintura de ella y la estrechó con fuerza, alzando la otra mano para acariciarle el cuello en un movimiento que pudo ser amenazador, pero que resultó increíblemente sensual. Luego rozó con las yemas de los dedos la piel que dejaba ver el profundo escote. Cuando Beth jadeó, él entornó los párpados en una apasionada respuesta. Deslizó las manos debajo de la túnica para acariciarle los senos.
—No tienes conciencia —gimió Beth.
—No me parece que hacerte el amor sea una cuestión de conciencia —replicó él y empezó a deslizarle la túnica negra sobre los hombros. Ella supo que en cuestión de segundos estaría desnuda y recostada sobre el diván, y a pesar de que la imagen mental de lo que ocurriría entonces hizo que el pulso le latiera apresurado, un último vestigio de orgullo le exigió que lo detuviera.
—¡No, no lo hagas! —gritó y con manos temblorosas le arrebató la túnica y se cubrió con ella hasta el cuello. Luego retrocedió dos pasos, pero las piernas le temblaban y trató de dirigirle una mirada de reproche—. ¡Por todos los cielos, Uzziah! Tal vez tu madre exagera en su actitud puritana hacia el sexo, pero tú te vas al otro extremo. Dices que no eres el juguete de ninguna mujer; pues bien, yo tampoco quiero que me trates como si fuera tu juguete. Te exijo que me respetes. No soy un juguete, sino un ser humano, con sentimientos. Lo que quieres ahora no es hacer el amor. ¡Para ti es sólo un intercambio sexual! Lo que sucedió anoche fue algo muy especial para mí Uzziah —prosiguió con voz ronca—. No lo arruines

convirtiendo lo que compartimos en algo sórdido y vulgar.
El frunció el ceño en un gesto de frustración.
—No me agrada que me hagas sentir culpable por lo que considero un instinto natural. No hay un momento o un lugar decretado para que un hombre y una mujer hagan el amor. ¡Y tampoco es algo sórdido o vulgar!
—Tal vez no lo es el hecho de **hacer el amor,** Uzziah—replicó ella sintiendo un nudo en la garganta— Pero sí lo es una simple relación sexual. Yo lo sé muy bien...
—De nuevo estás pensando en tu experiencia con ese maldito. Eso te dejó traumada.
—Todos los seres humanos tenemos experiencias que nos trauman hasta cierto grado —señaló ella, con mordacidad.
El hizo una mueca y luego suspiró.
—Tal vez tienes razón. Sí... tal vez. Escucha, le escribiré a mi madre y veré si de ahora en adelante podemos llevar una buena relación. ¿Te complacería eso?
—Mucho —respondió ella con el corazón aligerado.
Un destello diabólico brilló en los ojos de Uzziah al ver su placer. Se adelantó y volvió a estrecharla en sus brazos.
—¿Es suficiente para que yo pueda reclamar mi recompensa?
Beth jadeó cuando él se inclinó para besarla en el cuello con labios suaves y seductores. De forma automática echó la cabeza atrás, trémula.
—Omar no es el perverso—Jadeó—. Tú sí que lo eres.
Uzziah alzó la cabeza y la miró a los ojos.
—¿Entonces permitirás que te haga el amor? ¿Aquí, en el diván?
—¿Aceptarías un no como respuesta?
—Quizá no.
—Eso fue lo que pensé. Sigues actuando como un bárbaro...
El aún reía cuando la besó en la boca. Ella lo recordaba ahora muy bien, como recordaba todas las veces que cedió. En realidad no debió quedarse, Su dolor sería terrible cuando se marchara el próximo lunes. Con un suspiro, se puso de pie y salió de la habitación.

—¿Pudiste comunicarte? —le preguntó Uzziah cuando ella lo encontró afuera del establo de Amir.
Beth asintió y los ojos oscuros estudiaron su expresión.
—Estuviste llorando. ¿Sucede algo malo en Australia?
—No —negó ella y tragó saliva—. Creo... que el hecho de hablar con Pete me hizo añorar mi hogar.

—Lo entiendo —dijo Uzziah—. Cuando estaba en el internado, añoraba las arenas del desierto —le enmarcó el rostro entre las manos y la besó con tal dulzura que la joven estuvo a punto de llorar—. Haré que te olvides de tu hogar —murmuró él sobre sus labios y trató de llevarla hacia un establo vacío cercano con una intención obvia cuando deslizó las manos hasta las asentaderas de ella.
Beth se apartó, furiosa con él y consigo misma, pues estaba a punto de ceder.
—No aquí, Uzziah. Alguien podría venir en cualquier momento; además, me prometiste que esta mañana saldríamos a cabalgar juntos.
—Te agrada incitarme y hacerme esperar —observó él irónico—. ¿En realidad quieres ir a cabalgar? Bien, supongo que ahora Flashy te aceptará, pues ya tuvo lo que quería con Amir —se dio la vuelta para acariciar el cuello del garañón bayo— Pero creo que tú tendrás que quedarte aquí, muchacho. Esa yegua no se comporta bien cuando estás cerca de ella.
—No me has contado la historia de Flashy y Amir —le recordó Beth mientras esperaban a que ensillaran sus caballos, feliz de encontrar una distracción que la hiciera olvidar su torbellino interno.
—Esa yegua siempre ha sido un problema —Uzziah suspiró—. Sólo Dios sabe por qué me decidí a comprarla.
—¿Por qué lo hiciste?
—Fue un impulso. Me encontraba en Inglaterra, para vigilar la entrega de un par de mis caballos a su nuevo propietario, cuando mi cliente me persuadió de que lo acompañara a una venta local de equinos de un año. Flashy me atrajo de inmediato; era tan bella, tan briosa que antes de darme cuenta ya la había comprado. Se la encargué a uno de los mejores entrenadores de Inglaterra y, como sabes, ganó varias carreras. Pero siempre se mostraba briosa y al fin los veterinarios me aconsejaron que la dedicara a la cría.
—¿Fue entonces cuando la pusiste a disposición de Amir?
—¡Santo Dios, no! La envié a aparearse con el mejor semental de pura sangre que existía en Inglaterra, pero ella lo rechazó. Aun cuando la sujetaron y la hicieron aparcarse por la fuerza, no pudo concebir. Después de un fracaso similar con otro par de garañones el siguiente año, pedí que me la enviaran aquí y decidí volver a entrenarla. Pero tan pronto como vio a Amir, se enamoró de él, si es que es posible que una yegua se enamore. Se dedicó a dar coces hasta que abrió un agujero en el establo y saltó una interminable serie de vallas para llegar a dónde él estaba. Tú montaste el

resultado en Egipto.
—¿Y ha tenido más hijos con Amir? —preguntó Beth, pensando que la historia era romántica y encantadora.
—Todavía no. Una vez que se confirmó que estaba preñada por primera vez, la envié de regreso a Inglaterra. Después de que nació el potrillo y lo destetaron, ordené que volvieran a entrenarla. Ganó varias carreras más, pero por lo visto añoraba a Amir y ya no quería correr. Así que al final cedí y la traje de regreso, pensando que le permitiría cruzarse de nuevo con él. ¡Hasta que vi la infortunada actuación de ese potro en Egipto! Yo no crío caballos indisciplinados. Pero es evidente que mi opinión no cuenta, ya que Flashy de nuevo impuso su voluntad, igual que muchas mujeres temperamentales.
—¿Eso crees? —Beth se enfrentó a él con las manos en las caderas, desafiante.
—Sí, eso creo —reafirmó él observándola con los ojos entrecerrados —, Pero a veces, las mujeres se encuentran con un hombre cuya voluntad es mas poderosa que la de ellas. Vamos, monta y después de nuestro paseo, te mostraré la torre.
—¿La torre? ¿Cuál torre?
—¿Siempre debes hacer tantas preguntas? Por una vez, haz lo que te digo sin discutir.
Ella le sonrió mientras se instalaba en la silla y siguió sonriendo hasta que él volvió la cabeza y le correspondió. Poco a poco, sus sonrisas se convirtieron en muecas y cuando se alejaron a todo galope, los dos reían, mientras el joven caballerango marroquí los contemplaba con una expresión perpleja.
Cabalgaron durante una hora y después regresaron al castillo para darse una ducha, cambiarse y comer, antes que Uzziah cumpliera su promesa de mostrarle la torre. La guió a lo largo de un laberinto de corredores interiores y luego por una escalera en espiral, hasta que salieron a las almenas que bordeaban el lado de la fortaleza, que veía hacia el mar.
Por un momento, Beth se distrajo con la brisa fresca y la vista del océano, agitado por el viento del oeste. Las grandes olas grises y amenazadoras se estrellaban en la base de los riscos allá abajo, lanzando hacia el aire un rocío de espuma y agua salada, pero no lo bastante alto para llegar hasta donde ellos estaban. La joven se estremeció y miró a Uzziah, quien estaba de pie muy cerca de ella, observándola con fijeza.
—¿No tienes frío? —le preguntó ella,
El vestía el holgado pantalón de seda negra y la chaquetilla corta de

piel que llevaba puesta el día que Beth llegó, pero esta vez sin la faja. No era que eso fuese una concesión a las anteriores críticas de ella sobre su gusto por la ropa exótica. Seguía vistiendo igual que siempre y el efecto aún era impresionante. A ella le resultó difícil apartar la vista del pecho musculoso y bronceado, que no alcanzaba a cubrir la chaquetilla.

—No, no tengo frío —respondió él con tono divertido— Ven, te traje aquí para que admiraras la torre, no el océano.

Diciendo eso, la tomó de un codo y la guió; subieron otros escalones más y dieron vuelta en una esquina.

—Bien, ¿qué te parece? —le preguntó entonces, haciendo un vasto ademán con el brazo izquierdo, mientras que con el derecho la sujetaba con firmeza de la cintura. Ella arqueó el cuello para mirar hacia lo alto.

La torre le recordó la imagen que tenía cuando era niña, de la torre de Rapunzel. Alta, angosta y con un pronunciado capitel y unas sombrías aberturas rectangulares que hacían las veces de ventanas, a través de una de las cuales Rapunzel dejó, caer su cabello.

—Parece algo salido de un cuento de hadas.

—¿Eso crees? —Uzziah sonrió—. ¿Te gustaría subir? La vista es impresionante.

—Podría sentir vértigo. No me agradan mucho las alturas.

—No te preocupes —la tranquilizó él, acercándola a su costado—. No te dejaré caer.

Una pesada puerta de madera en la base de la torre daba hacia una escalera interior en forma de espiral. Al fin llegaron a una habitación circular con suelo de madera.

—Era la atalaya de los piratas —le explicó Uzziah mientras Beth contemplaba el espectacular panorama a través de una de las ventanas, que no eran tan angostas como ella pensó al verlas desde abajo—. Si alguno de los vigías se quedaba dormido, lo arrojaban a los riscos.

Beth lo miró, pensando que Uzziah no habría estado fuera de lugar en esos tiempos. Era tan despiadado como el pirata que vivió allí, e incluso tenía el aspecto de un pirata. Sin embargo, ella se había enamorado de él, perdida e irrevocablemente. Se estremeció y se dio la vuelta, apoyándose contra el antepecho de la ventana, con los puños apretados. ¿Qué sería ahora de ella? El corazón le latió apresurado cuando sintió a Uzziah muy cerca a su espalda. El le apartó de la nuca el largo cabello rubio y se inclinó para besar el pulso en la base de su cuello.

—No eres tan dura como aparentas, ¿verdad? —murmuró—. En tu

interior, eres toda calor y suavidad. Tan femenina...
El estómago de Beth dio un vuelco cuando percibió la excitación masculina.
—Nadie subirá aquí —prosiguió él con voz ronca, mientras con dedos hábiles le desabotonaba la blusa, dejando los senos a merced de las caricias de sus manos—. Estamos solos, tanto como podríamos estarlo en mi habitación.
Ella se puso rígida, consciente de lo que él le pedía, y de nuevo se rebeló ante la idea de ceder tan fácilmente. Pero mientras él le acariciaba los senos, oprimiendo su necesidad contra la suave curva de las caderas femeninas, la invadió una oleada de amor por él. "Sólo por esta vez—, pensó, "le demostraré mi amor. No esperaré hasta que me persuada y me seduzca. Me entregaré libremente, sin renuencia, sin inhibiciones .
Con un suave gemido de abandono, se dio la vuelta en los brazos de él y alzó las manos para enmarcarle el rostro y ofrecerle su boca. Le correspondió, beso por beso, caricia por caricia, lo desnudó y luego se desvistió ella misma con manos temblorosas hasta que los dos estuvieron libres de obstáculos, recostados en el suelo.
Durante un largo momento él la miró desconcertado, pero de inmediato ella lo incitó a acercársele, haciéndolo olvidarse de todo, excepto del placer que los aguardaba. Lo oyó retener el aliento y lo vio cerrar los ojos; después ella cerró los suyos y su corazón y su cuerpo se remontaron con Uzziah a un mundo de tempestuosa excitación, que la hizo olvidarse de su amor no correspondido. Por lo menos durante un tiempo...
Más tarde, lo estrechó con fuerza contra ella, soñando por un momento que él la amaba, que no podría olvidarla tan pronto. Pero la olvidaría; era seguro. Tal vez le tomaría una semana, un mes, incluso un año. Pero con el tiempo, la olvidaría. ¿No lo hacía siempre?

—¿Tienes que irte mañana? —le preguntó Uzziah, irritado. Beth sintió que su pecho se contraía, pero mantuvo una expresión serena.
—Ya me he quedado más tiempo de lo que en un principio era mi intención, Uzziah. Por muy placentera que haya sido mi estancia aquí, tengo responsabilidades que no puedo ignorar.
El no insistió, pero la joven tuvo la impresión de que su respuesta lo había molestado. ¿Le habría parecido ofensiva la palabra "placentera—? ¿O el hecho de que una mujer se negara a acatar sus deseos? ¿Sería posible que por una vez sus emociones estuviesen comprometidas? "Si te importo un poco—, pensó desesperada,

"dímelo ahora, por el amor de Dios. No me dejes ir así. **¡Oblígame** a quedarme!
Pero él guardó silencio. Se encontraban de pie junto a una valla, contemplando al potríllo que había estado a punto de morir. Aún estaba delicado, pero cada día cobraba más fuerza, tanto que Uzziah los había cambiado esa mañana a él y a su madre a un establo con un pequeño corral a un lado.
—Beth —dijo él de pronto.
—¿Sí? —preguntó ella con renovada esperanza y él se volvió a mirarla.
—Quiero que te lleves a la yegua, a Flashy. Como un regalo... Beth se desalentó. Hacía una semana habría aceptado la oferta de muy buen grado. Pero no ahora... eso sería como ponerle precio a su amor por Uzziah. Además, lo último que quería era un constante recordatorio de él y eso sena Flashy, más que cualquier otro caballo.
—Gracias, pero no, no puedo aceptar.
—¿Por qué no? —preguntó él con brusquedad— ¿Crees que es una forma de pago por entregarme tu cuerpo? Si eso te hace sentir mejor, puedes pagarme una suma por ella, la misma que estabas dispuesta a dar por ese garañón que querías. Es mucho más valiosa y estoy seguro de que está preñada, pues volvió a aparearse con Amir. Tal vez dé a luz un potrillo negro igual al potro que tanto admiraste.
—No. Gracias de nuevo, pero después de todo he decidido comprar un caballo australiano —mintió la joven con decisión.
—Eres una mujer muy obstinada.
—Sí—convino ella.
—¿De veras no quieres aceptar la yegua?
—No.
—¿Y tampoco quieres quedarte un poco más de tiempo?
—No.
—No pienso suplicarte —replicó él, mirándola colérico.
—No espero que lo hagas.
—Tampoco correré detrás de ti.
—Por supuesto que no.
El la miró ceñudo un momento antes de volver a hablar.
—A veces creo que no me agradas, Beth Carney.
—Y tú tampoco a mí —"pero es porque te amo", pensó ella.
Uzziah siguió contemplándola.
—¿De manera que sólo nos queda un día, entonces?
—Eso parece. —No deberíamos desperdiciarlo discutiendo.

—Creo que estoy de acuerdo contigo.
—Pones a prueba mi paciencia —señaló él, estrechándola en sus brazos.
—No es mi intención —respondió ella, sofocada sintiendo un nudo en la garganta al percatarse al fin de lo que le depararía esa mañana.
—Beth, yo ...
—No digas nada más —lo interrumpió ella con voz quebrada y sintió que el corazón le daba un vuelco—. Tenemos tan poco tiempo. Sólo bésame, Uzziah. Bésame...

CAPITULO 14

EL helicóptero quedó suspendido durante breves segundos sobre el suelo adoquinado antes de elevarse y luego dirigirse veloz hacia el mar.
Beth apoyó el rostro bañado en lágrimas contra la ventana, mirando hacia atrás, los riscos y el castillo en lo alto. Sus ojos se vieron inevitablemente atraídos hacía la torre donde ella y Uzziah hicieron el amor de una manera tan apasionada. Sintió que se le revolvía el estómago.
—Oh, Uzziah —murmuró contra el vidrio— Mi amor... querido mío...
Mientras las lágrimas seguían deslizándose por sus mejillas, una mancha roja en una de las ventanas de la torre hizo que el corazón le diera un vuelco. Esa mañana, a la hora del desayuno, Uzziah llevaba puesta una camisa roja.
Se había negado a ir a despedirla personalmente, alegando que ya se habían despedido la noche anterior. También se negó a salir a cabalgar con ella a primera hora de la mañana, como acostumbraban hacerlo todos los días, argumentando que debía trabajar después del desayuno.
—He descuidado mis obligaciones durante tu estancia aquí —fue su comentario, en un tono casi de reproche, mientras tomaban el café con panecillos—. Ya es hora de que las cosas vuelvan a la normalidad. Tu helicóptero saldrá dentro de una hora, así que te suplico que estés preparada a tiempo. Omar debe hacer un vuelo de conexión a Londres.
—¿No... volveré a verte? —le preguntó ella con un nudo en la garganta.
—No —negó él, brusco.
—Pero ...

—¡Sólo vete! —estalló él.
Terriblemente herida por esa breve despedida, Beth casi corrió hacia su habitación, donde se encontró con que Aisha ya había preparado su equipaje. La chica estaba a punto de cerrar la maleta cuando Beth entró corriendo en la habitación. Se miraron a los ojos; los de Beth estaban brillantes por las lágrimas no derramadas y los de Aisha tenían una expresión de tierno afecto que resultaba conmovedora. Beth cerró la puerta y caminó despacio hasta un lado de la cama.
—Gracias por hacer mi equipaje, Aisha. Todo el tiempo que estuve aquí cuidaste de mí como si fuera un bebé. Te echaré de menos.
—Y aquí todos la echaremos de menos, **mademoiselle** —respondió la jovencita con voz sofocada.
Entonces Beth hizo algo que jamás había hecho con ninguna otra mujer: abrazó con fuerza a la joven marroquí.
—Gracias—le dijo con voz apagada.
—Oh, **mademoiselle...**
Beth se apartó, estremecida por una emoción que estaba a punto de destrozarla.
—Por favor, no llores. Si lo haces, estoy segura de que yo también empezaré a llorar. Y no debo hacerlo. ¡No debo! Cuando acepté quedarme más tiempo aquí, sabía que Uzziah no me amaba, que algún día tendría que irme. Pero no me arrepiento del tiempo que pasé a su lado —continuó, sincera—. Fue... una maravillosa experiencia y la atesoraré durante el resto de mi vida. Así que por favor... no te sientas triste por mí. Quiero que seas feliz, que vivas una vida plena con Omar y tu bebé. ¿Harás eso por mí?
Aisha trató de sonreír entre lágrimas.
—Oui, mademoiselle, pero... no estoy muy segura de que Sidi Uzziah no la ame. El... ha sido diferente con usted, no como con las demás mujeres.
—Tal vez, Aisha —murmuró Beth—. Pero me temo que no lo bastante diferente. Todavía quiere que me vaya. Así me lo dijo.
La chica movió la cabeza.
—Pero un hombre no siempre dice lo que tiene en el fondo de su corazón, **mademoiselle,** en especial un hombre acostumbrado a ser amo de sí mismo. A veces él necesita... cómo dicen ustedes... un pequeño empujón.
—No creo que Uzziah reaccione a un **pequeño** empujón —Beth suspiró— Es el señor de su propio destino.
—Tal vez, pero...
—Por favor, Aisha, ya no digas más. Si Uzziah sintiera algo por mí,

habría venido a despedirme, pero se negó. Ni siquiera me dio un beso de adiós. No quiero que sigamos hablando de él.
"Pero **sí** vino a despedirme", pensó Beth ahora, al ver la torre y la mancha roja que desaparecía con rapidez en la distancia. "¡Sí lo hizo!" La cabeza le daba vueltas y los pensamientos se arremolinaban en su mente. ¿Y si Uzziah la amaba? ¿Si su brusquedad esa mañana era el resultado de su propio dolor, no de una indiferencia hacia ella? ¿Si ese amor inesperado, esa emoción desconocida para él, lo hizo actuar con crueldad esa mañana, debido a una actitud defensiva muy arraigada en él?
Después de lo que le contó Irene, la joven comprendía por qué Uzziah guardaba su distancia para no enamorarse. El amor podía ser algo muy doloroso.
—Señorita Carney ...
Beth dio un salto en el asiento. Había olvidado que Omar estaba sentado a su lado.
—¿Sí?
—Yo... me gustaría disculparme con usted...
—¿Por qué? —preguntó ella, sorprendida.
—Cuando la invité a venir aquí en nombre de mi amo, pensé... supuse... —se encogió de hombros—. Estaba equivocado acerca de usted —confesó con sencillez—. Es usted la dama más agradable que ha pisado el hogar de mi amo. Yo... espero que algún día regrese.
Beth se conmovió por el generoso cumplido.
—Yo también estaba equivocada respecto a ti, Omar —reveló apesadumbrada y lo vio parpadear, desconcertado.
—Pensé que eras un hombre demasiado pomposo —declaró ella, sincera.
—¿Y ahora, señorita Carney?
—Ahora —respondió ella con una mueca burlona—, creo que sólo eres un poco pomposo.
Durante un segundo él se quedó perplejo y luego también le dirigió una mueca burlona.
—Dime, Omar —prosiguió Beth, decidida a aprovechar la nueva relación entre ellos—. Si Uzziah se opone tanto al matrimonio, ¿por qué insistió en que Aisha y tú se casen? Vamos, no adoptes esa expresión de sorpresa. Estoy enterada de lo del embarazo y todo lo demás, pues Aisha y yo nos hicimos muy buenas amigas.
La expresión de Omar era de consternación, pero al fin se controló.
—Ya veo... pues bien, señorita Carney, el hecho es que mi amo...
—Oh, llámalo Uzziah —lo interrumpió ella, impaciente— ¡No

soporto que lo sigas llamando amo!
La fachada servil de Omar se vino abajo al escuchar esa exclamación e incluso se echó a reír.
—Ahora entiendo por qué tuvo usted tanto éxito con Uzziah. Pero él no se opone al matrimonio. ¿Qué la hizo pensar eso?
—Aisha me lo dijo.
—Ah, entiendo. Bien, tal vez eso es cierto con la clase de mujeres que ha recibido aquí en el pasado. Algunas eran bastante francas en cuanto a sus ambiciones de convertirse en la señora de la casa, de manera que Uzziah siempre hablaba de su aversión al matrimonio. Pero a decir verdad, siente un gran respecto por esa institución. Si su padre y su madre se hubiesen casado, su vida habría sido diferente.
Se detuvo un momento y prosiguió:
—Uzziah sólo siente aversión por las personas que tratan de imponerle sus ideas y opiniones a los demás, ya sean religiosas o políticas. **Su domaine** ha llegado a ser famoso en Marruecos como una especie de paraíso donde pueden refugiarse las personas que han sufrido a causa del fanatismo y la intransigencia de otras. A quienes vienen a vivir aquí se les informa con mucha firmeza que, aunque tienen el derecho de vivir conforme a cualesquiera reglas que consideren apropiadas, no deben herir a los demás, ni tratar de imponerle a nadie sus propias convicciones.
—¿Eso fue lo que hizo ese joven? —preguntó Beth— El que se presentó ante el tribunal e hizo que Uzziah se encolerizara.
—Ah, sí... Mahmoud. Ha estado trabajando en los viñedos, pero no aprobaba el hecho de que elaboremos nuestro vino. Se quejó de que el alcohol no está permitido por su religión y dijo que no quería contribuir a prácticas pecaminosas. Uzziah le hizo ver de inmediato que su religión no prohíbe el alcohol y también le informó que en su **domaine** no hay cabida para la intolerancia y el fanatismo. Ante la idea del exilio, Mahmoud de inmediato se calmó. Todos los trabajadores aquí saben que no hay en todo Marruecos un hombre mejor que Uzziah.
—Ciertamente, todos lo respetan —murmuró Beth.
—Y lo aman.
—Sí —convino ella.
Hubo un breve silencio antes que Omar volviera a hablar.
—¿Le ha hablado usted de su amor por él? —preguntó en voz baja.
Beth negó con un movimiento de cabeza.
—Es una lástima —fue todo lo que dijo el marroquí antes que ambos volvieran a guardar silencio. Ninguno de los dos pronunció

otra palabra hasta que el helicóptero estaba a punto de aterrizar en el aeropuerto de Casablanca. De pronto, Beth se volvió en su asiento para enfrentarse a Omar con una expresión de intensa excitación.
—¡Omar! ¿Cuándo regresará el helicóptero a los dominios de Uzziah?
—Tan pronto como consigamos las provisiones de la semana. ¿Por qué?
—¿Sería posible que yo regrese también?
—No veo por qué no —respondió él, abriendo mucho los ojos.
—Gracias a Dios.
—¿Está segura de lo que va a hacer, señorita Carney?
—No, pero de cualquier modo, lo haré. Debo averiguar cuáles son los verdaderos sentimientos de Uzziah hacia mí, de una forma o en otra. No puedo alejarme simplemente y desaparecer de su vida, con la eterna duda de si desperdicié mi única oportunidad de encontrar la felicidad al lado de un hombre. **¡Debo** regresar!

Uzziah no se encontraba en el castillo cuando volvieron en el helicóptero. Aisha les informó que había salido a cabalgar.
Beth fue a cambiarse de ropa. Se puso un pantalón de mezclilla y una blusa blanca y luego corrió hacia los establos, donde ella misma ensilló a Flashy. Era mucho más fácil que tratar de explicarles a los caballerangos qué era lo que quería, sobre todo porque ellos no hablaban mucho inglés; sólo el personal doméstico dominaba ese idioma. Pero sí logró averiguar en qué dirección se había ido Uzziah.
Espoleando a Flashy para que se lanzara a todo galope, se dirigió hacia las montañas, siguiendo el sendero a lo largo del río antes de cruzar por un desencajado puente de madera para luego internarse en una extensa ladera cubierta de hierba. Se detuvo en lo alto de la primera loma y miró hacia el horizonte.
—¡Allí está! —exclamó al descubrir la camisa roja en una colina distante.
Supuso que Uzziah la vio acercarse porque se quedó inmóvil hasta que la fogosa yegua llevó a Beth hasta el lugar donde él esperaba con una expresión de sorpresa.
—En nombre de Dios, ¿qué estás haciendo aquí? —inquirió, exacerbado.
—Tuve que regresar —respondió ella con calma, — Hay algo que debo decirte.
El sólo la miró, con los párpados entrecerrados y la espalda tensa. Beth le devolvió la mirada y pensó que nunca le había parecido más

atractivo ni más atemorizante y remoto que en ese momento. Tragó saliva y decidió que no había otro camino excepto empezar a hablar antes que le faltara el valor.

—Te amo —declaró valerosa y osada, aunque la voz le temblaba—. Sé que no quieres que ninguna mujer te ame, pero me temo que no hay nada que puedas hacer para evitarlo, porque ya estoy enamorada de ti.

—¿Es cierto eso? —preguntó él en un tono que pudo ser seco, de no ser porque su voz sonaba apagada.

—¡Sí, es cierto! ¿Y sabes qué? Creo que te agradará la idea, una vez que te acostumbres a ella. Me parece que ya estás harto de esa interminable sucesión de mujeres en tu dormitorio. Ya estás preparado para tener una sola mujer, Uzziah, aunque tal vez aún no para el matrimonio. Quizá sería un cambio demasiado grande y repentino para un hombre que ha pasado su vida huyendo de un compromiso con alguien, porque piensa que eso sólo puede causar dolor. Oh, no adoptes esa expresión de sorpresa. Lo sé todo acerca de ti y de tu pasado. ¡Tu madre me lo contó!

Lo vio abrir la boca para decir algo, mas se apresuró a continuar, antes que Uzziah pudiera pronunciar una sola palabra.

—Hay otras clases de dolor, Uzziah, más grandes que el dolor del rechazo o incluso de la muerte. Y el peor de todos es el causado por la soledad.

—Algún día envejecerás, tú lo sabes—, algún día no tendrás la misma apariencia que ahora y no podrás atraer tan fácilmente a las mujeres. ¡Acabarás convertido en un viejo cínico y solitario, sin hijos, sin una esposa, sin nada!

Aspiró una bocanada de aire y prosiguió decidida.

—Pero no voy a permitir que eso le suceda al hombre que amo. Seguiré regresando aquí, Uzziah, hasta que reconozcas que no puedes vivir sin mí. Aún me quedan cincuenta mil dólares en el banco; una buena suma para pagar varios pasajes en avión a Marruecos. Sí, regresaré aquí una y otra vez, a tu lado y algún día, que dios me ayude, tendré un hijo tuyo y entonces, Uzziah, no podrás darme la espalda tan fácilmente. Me mirarás y desearás mi amor, querrás a tu hijo. ¡Nos necesitarás a los dos con tanta desesperación como yo te necesito!

Beth ni siquiera se percataba de que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Todo lo que podía ver eran los ojos de Uzziah, esos bellos ojos oscuros que la miraban como si ella hubiera enloquecido. El silencio era eléctrico, roto sólo por los relinchos de impaciencia de Flashy. Como en cámara lenta, Uzziah obligó a su

caballo a adelantarse, cerrando el espacio entre ellos, y le dirigió a Beth una mirada penetrante que hizo que el corazón le latiera con estremecedora anticipación.

—¿Ya terminaste? —preguntó.

—S… sí —respondió ella con repentina humildad. Era como si, ahora que había concluido su discurso, toda su fortaleza y valor la hubiesen abandonado.

—Bien, porque también hay algo que yo quiero decirte.

—¿Q… qué?

—Tienes mucha razón.

Beth parpadeó.

—Lo supe tan pronto como te vi alejarte en ese helicóptero. Lo supe aquí… —se tocó la sien—. Y aquí… —con un ademán brusco, señaló hacia su entrepierna— Pero sobre todo aquí… —con un gesto solemne, apoyó una mano sobre su corazón.

Beth volvió a parpadear, sin atreverse a creer lo que él decía.

—Jamás había sentido un dolor tan agudo —continuó él con su sorprendente confesión— El pensamiento de que jamás volvería a verte, de que no volvería a tenerte en mis brazos ni podría decirte lo que significas para mí… —deslizó una mano alrededor de su cuello y la atrajo para besarla apasionado—. Te amo, Beth —murmuró sobre sus labios hinchados—. En el momento que el helicóptero desapareció de mi vista, juré que iría a buscarte y te traería de regreso. Vine aquí para planear mi curso de acción.

—¿Y cuál es? —preguntó ella, aturdida.

—¡Iba a seguirte a Australia y a seducirte de la manera más descarada hasta que no pudieras vivir sin mí!

—¿Eso ibas a hacer?

—Pensé que lo que sentías por mí era una simple atracción física. Después de todo, me acusaste de ser una especie de garañón, así que por supuesto que pensé que mi experiencia sexual era mi principal atractivo para ti. Por lo tanto, decidí que explotaría eso para llevarte a la situación en que quiero verte.

—¿Y cuál es esa situación?

—Embarazada.

—¡Embarazada!

—Pensé que si eso le dio resultado a Aisha, también con nosotros funcionaría.

—¡Santo Dios!

—Si todo lo demás fallaba, tal vez me vería obligado a secuestrarte y mantenerte atada a mi cama para siempre.

—Mmm. Esa idea no me parece tan mala.

—No deberías decir esas cosas —protestó él—. ¡Me enloquecen! —y volvió a besarla hasta que los movimientos impacientes de Flashy los obligaron a separarse—. ¡Esa yegua es una molestia infernal! —exclamó Uzziah, mirando ceñudo al animal.
—Está nerviosa —Beth rió—. Necesita más ejercicio.
—¿Eso crees? Pues bien, te reto a una carrera hasta la próxima colina.
—¿Y si gano? —preguntó ella, burlona—. ¿Qué obtendré?
—Si ganas, me casaré contigo.
—¿Y si pierdo?
Uzziah dejó escapar un dramático suspiro y sonrió burlón.
—¡Ay de ti si pierdes! ¡Entonces tú tendrás que casarte conmigo!
—¿Cómo iba perder? ¡Estoy apostando a algo seguro!
De pronto en el rostro de Beth apareció una expresión de tristeza, pues recordó a Pete y su escuela de equitación allá en Australia. No podía abandonarlos, a pesar de lo mucho que amaba a Uzziah. Oh, santo dios, ¿por qué no pensó antes en eso? ¡Su sueño era imposible! pero Uzziah pareció leerle la mente.
—No te preocupes —la tranquilizó con suavidad y alzó una mano para acariciarle la mejilla—. Ya pensaremos en algo. Tal vez podamos vivir en los dos países. O bien, podríamos traer aquí a Pete y tus caballos. El amor siempre encuentra una solución, amor mío.
Beth sintió que el corazón le daba un vuelco. Uzziah la amaba, de veras la amaba. Santo Dios, si no hacía algo pronto, rompería a llorar.
—No **permitirás** que yo gane, ¿o si? —preguntó para cambiar de tema—. Quiero decir, la carrera hasta la colina.
La expresión de él le dijo que su sugerencia era absurda.
—No puedo imaginar que algún hombre te **permita** hacer algo, Beth Carney. ¡Vamos!
El caballo gris emprendió el galope primero y la yegua negra lo siguió veloz. Cabalgaron colina abajo y cruzaron el valle, uno al lado del otro, pero la yegua era demasiado veloz. Se adelantó y la joven gritó jubilosa al llegar a la cima de la colina con varios cuerpos de ventaja.
—¡Gané, gané! —gritó feliz y triunfante, con el largo cabello rubio agitado por el viento y una mirada chispeante en los azules ojos.
Uzziah detuvo su caballo a un lado y en su mirada apareció un destello de amor.
—Sí, querida mía —respondió con un tono de apasionada posesión—. ¡**Tú** ganaste, pero **yo** obtuve el premio!